

MORUENA ESTRÍNGANA

MI ERROR

FUE

*No ser yo
misma*



7

Parte 1

Click
EDICIONES

Índice

Dedicatoria

Prólogo

MI ERROR FUE NO SER YO MISMA PARTE I

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Agradecimientos

Biografía

Próximamente

Créditos

Click

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*Dedico esta serie a mis lectores.
Gracias por estar conmigo en cada libro
y por vuestro cariño y apoyo constante.
¡Un escritor no es nada sin vosotros!*

PRÓLOGO

El pueblo entero estaba invitado a la boda del príncipe Liam y su prometida, Elen. Habían habilitado los jardines de palacio para el evento y todos estaban pletóricos por el enlace, especialmente los novios, que no podían dejar de buscarse con la mirada en todo momento.

Entre los asistentes estaba Allison Warhol, una joven de dieciocho años que había visto como en pocos meses su vida se desmoronaba y los que creía que eran sus amigos — y aún peor, el que creía que era su novio— la utilizaban solo por su posición y por lo que ella representaba.

De vez en cuando sentía que alguno de los muchos fotógrafos que habían asistido al evento aprovechaba para hacerle instantáneas. Desde los catorce años había sido perseguida y fotografiada por la prensa rosa, salía en miles de revistas y había perdido la cuenta de la gente que usaba la ropa del sello de su padre, KGM King Greenmeadow, solo porque ella se la ponía. Le satisfacía poder ayudar a su padre, pero en su interior se sentía tremendamente sola. Siempre lo había estado, pero ese sentimiento no se había intensificado tanto hasta ahora. Todavía no había podido olvidar la imagen de su novio besándose con la que creía su mejor amiga mientras se burlaban de ella. Cuando los pilló, él solo le dijo: «¿Qué esperabas? Tú solo eres una mujer de revista. No eres real».

Sus palabras la marcaron, pues pensaba que ellos la conocían..., pero en ese momento se dio cuenta de que no era verdad. Puede que nadie la conociera realmente, salvo sus padres tal vez. El problema es que desde entonces era consciente de que nunca podría ser ella misma, pues cada vez que alguien se acercara a ella, siempre pensaría que solo lo hacía por lo que representa, no por lo que ella era.

Allison dejó su puesto y miró con cierta envidia a los príncipes. Nadie podía negar que se querían. Elen estaba en estado, no habían ocultado que adelantaban la boda precisamente por ese motivo, pues ambos estaban tan felices que en cuanto lo supieron quisieron compartir la noticia con sus seres queridos y esta no tardó en filtrarse. Además a Elen se la veía en muchas ocasiones con la mano en la tripa protegiendo al futuro heredero. Allison no tenía duda de que ese niño sería muy querido. Realmente los envidiaba. Ella estaba segura de que nunca encontraría algo así con nadie.

Llegó hasta unos árboles y se apoyó en uno de ellos disimuladamente. No tardó en sentir un *flash*. Estaba cansada de los *paparazzi*, pero simplemente se quedó impasible.

Observó el ambiente una vez más y por un momento pensó en desaparecer, en ser otra persona, en empezar de cero... Ser desconocida. Solo quería un respiro. Solo había una cosa que la echaba para atrás: tenía el mal presentimiento de que siendo desconocida se sentiría aún más sola. ¿Qué podía ella ofrecer a alguien?

—¡Estás aquí!

Su padre se acercó a ella con una bandeja de dulces. Se deleitó mirándolos, pero cuando él le dijo que cogiera uno, se negó. Se debía a su imagen, era lo único real en ella.

—¿Qué piensas?

—En desaparecer. —Tanto su padre como Allison hablaban en susurros.

Su padre sonrió y no comentó nada. Era un genio de los negocios. Hacía poco se había asociado con unos empresarios del pueblo y estaba muy contento. Aunque la moda era el negocio que más beneficios le dejaba, no era el único al que se dedicaba. Allison estaba muy orgullosa de él y quería ayudarlo en lo que pudiera. Se lo debía.

—Hazlo. Siempre puedes dejar esta obsesión tuya por ser perfecta.

—¿Y de qué serviría? No sé quién soy.

—Pues empieza de cero y descúbrelo. Esta semana empiezas en el nuevo instituto. Ve allí y sé como eres...

—O podría... —Allison empezó a pensar una idea—, podría ser otra persona...

—Allie...

—Ser libre. Así afrontaría cuanto antes el hecho de saber que no soy buena para nadie.

—Eres maravillosa, Allison. Es una lástima que tú no puedas verlo.

—¿Tan genial como para que tu novio y tu mejor amiga se rían de ti? —dijo susurrando aún más.

—Hija, puedes irte y demostrarte a ti misma...

—... Que tengo razón aun siendo otra persona.

—No me parece buena idea.

—¿No me merezco un respiro?

Su padre la miró sintiéndose culpable, pero no supo qué decir. Allison empezó a idear un plan. Tenía que descubrir cuanto antes la verdad, saber que su vida no consistía solo en ser una joven de revista. Estaba convencida de que si era ella misma y nadie sabía quién era en verdad, nadie se acercaría ni se interesaría en ella. Cuanto antes lo aceptara, mejor sería para su maltrecho corazón. Aunque le dolía tanto esa certeza, que en el fondo rezaba para estar equivocada.

**MI ERROR FUE
NO SER YO MISMA
PARTE I**

CAPÍTULO 1



KEVIN

Al entrar en mi casa, enseguida me llega el olor de la cena que ha preparado Blanca, la madre de Adair. Me costó mucho llamar «casa» a su hogar, pero después de tres años es lo único que me sale al referirme a ella. Blanca y su marido, Jorge, nos han dado más cariño a mí y a Neill del que jamás nos dieron nuestros padres; sobre todo mi madre, que era la que más tiempo pasaba con nosotros... si es que vernos un rato al día se puede considerar pasar tiempo con sus hijos. Desde que estamos viviendo aquí, Neill pasó de ser un niño «maduro» a ser simplemente un niño. Y a sus nuevos padres —porque él los considera sus padres— les encanta pelearse con él para que coma o haga los deberes. Han sido una bendición para nosotros. Aun así, yo trabajo en mis horas libres para poder ayudar con los gastos de la casa. A Blanca nunca le gustó la idea, pero me dejó seguir haciéndolo si no descuidaba mis estudios, y hasta ahora he podido con todo.

Paso por la cocina para decirles que ya he llegado. Adair me saluda con la mano. Lo que más me costó fue aceptar que tenía un hermano. Yo siempre había sido el mayor, había cuidado a Neill porque era mi responsabilidad. Cuando apareció Adair en nuestras vidas y quiso hacerse cargo de nosotros como hermano mayor, me resultó difícil hacerme a la idea. Sin embargo, después de tres años juntos, nos hemos conocido y le he llegado a querer como a un verdadero hermano.

—¿Qué tal el trabajo? —me pregunta, ofreciéndome patatas de la bolsa que tiene abierta.

—Bien. Como es domingo, no había mucha gente en el centro comercial y pude escaparme antes.

—Me alegra, porque Laia y yo queremos comentaros algo en la cena.

—¿Me vais a hacer tío? —le pregunto sonriente e ilusionado con la idea, pero Adair niega con la cabeza.

—No, ya lo sabrás.

—¿No piensas darme ninguna pista?

—No te va a contar nada aunque lo interrogues —comenta su madre entrando en la cocina—. ¿Qué tal el trabajo, hijo? —Como siempre me pasa, me siento raro cuando me llama así, pero no digo nada.

—Bien, como siempre.

—¿Y preparado para empezar mañana tu último año de instituto? ¿Lo tienes todo preparado?

Adair se ríe ante el interrogatorio de su madre y lo miro serio.

—No me mires así, yo ya he pasado por eso.

—Sí, lo tengo todo preparado.

—Bien, te irá muy bien.

—Eso espero. —Cojo unas cuantas patatas, me las como y me voy a mi cuarto a cambiarme. Antes era el de Adair, pero cuando nos acogieron lo arreglaron para mí; no sirvió de nada que me negara.

Dejo el móvil y las llaves sobre el escritorio, enciendo el ordenador y, mientras se enciende, me pongo un chándal cómodo para estar en casa.

Estoy mirando el correo cuando entra Neill y se sienta en la cama con su consola.

—¿Qué tal el día, enano? —le pregunto volviéndome con la silla hacia él. Parece mentira que ya tenga ocho años. Aún me acuerdo de cuando no era más que un bebé y temía lo que pudiera pasarle si mi madre no lo cuidaba.

Alza los hombros sin apartar los ojos de su consola.

—Neill... —Le incito, y por fin alza la vista y me mira con sus ojos oscuros.

—El cole es un asco, como siempre.

—Pero gracias a él no serás un ignorante.

Él se encoge de hombros nuevamente, como si eso le fuera indiferente. Abro la boca para hablar, pero la voz de Blanca anunciando la cena me corta.

—Vamos, enano.

Neill sale delante de mí sin soltar la consola. Cuando llega al salón y Blanca dice su nombre con ese tono de advertencia en su voz, Neill no necesita que le diga nada más. Apaga la consola y la deja sobre la estantería.

—Hola, Laia. —Me da dos besos y me mira sonriente. Aunque siempre sonrío, es evidente que lo que tienen que decirnos la hace muy feliz.

Nos sentamos a comer y Blanca no tarda en preguntarles qué es eso tan importante que tienen que decirnos. Adair le sonrío y Laia asiente.

—¡Que nos casamos!

Blanca se emociona tras escuchar a su hijo. Jorge se levanta y les felicita dándoles la enhorabuena, yo hago lo mismo y Neill sigue comiendo como si nada.

—Espero que no sea una boda como la de Jenna y Robert...

Jenna y Robert se casaron poco después de Ángel y Dulce en una boda íntima que celebraron en los jardines de la casa de los padres de Jenna. Fue todo muy precipitado, y pronto supimos que se debía a que Jenna esperaba un bebé y querían casarse antes de que naciera.

—No —contesta Adair—. Aunque Laia diga que le da igual que sea una ceremonia sencilla, la conozco lo suficiente como para saber que prefiere una boda de ensueño.

Espero que no me salga muy cara —bromea Adair. Laia ríe feliz y le da de broma en el brazo.

—Tampoco estaba pensando en nada extravagante...

—¿Seguro? ¿Y el coche de caballos para ir la iglesia? —comenta Adair.

—¡Ooohhh, qué bonito! —dice la madre de Adair, que solo de pensarlo se está emocionando—. Vas a ir tan guapo, hijo, y yo a tu lado como tu madrina..., porque seré la madrina, ¿no?

—¿Acaso lo dudas?

Blanca sonrío y mira feliz a su marido.

—Esto hay que celebrarlo. Ahora mismo voy a por una botella de sidra.

Al terminar de cenar, brindamos por los novios y su felicidad. Me alegro mucho por mi hermano. Sé que su relación no empezó de la mejor manera posible y me alegra ver como lo superaron y siguen juntos. Nos sentamos para tomar unos dulces en los sofás del salón, donde estamos más cómodos.

—¿Y qué tal tus clases, Laia?

Laia acabó el año pasado su carrera de profesora infantil y ha tenido la suerte de poder conseguir una plaza en el colegio de Neill.

—Muy bien. Poco a poco me voy haciendo a los niños..., aunque ya no son lo que eran. Ahora saben demasiado —comenta sonriente—. Mañana empiezas las clases, ¿verdad, Kevin?

—Sí, no me lo recuerdes —respondo con un bufido.

—Vaya, no parece que tengas muchas ganas. ¿No será por tener que ver a Sindy?

Me tenso, pero niego con la cabeza. Sindy fue mi error. Empecé a salir con ella pensando que era una buena chica. Acababa de mudarse al pueblo y se integró muy bien en mi grupo de amigos. Pensé que me quería, pero cuando Jack empezó a triunfar, comenzó a fijarse en él —todos sabemos que Jack llegará lejos con su música, es solo cuestión de tiempo que alguien se dé cuenta y apueste por él—. Después supe que lo único que le interesó de mí fue que era el capitán del equipo de baloncesto. Corté con ella y, aunque me dolió lo sucedido, no sentí una profunda pena. Lo nuestro estaba destinado a acabar. Y lo mismo me pasó cuando Becca me dijo que seguía amando a Matt. Lo acepté sin más, no lo pasé mal por la pérdida ni por lo que pudo ser y no fue. Tal vez no esté hecho para amar a una persona hasta el punto de no poder vivir sin ella, o tal vez lo que no quiera es ser como mi madre y estar tan obsesionado con esa persona que no exista nada más. Solo pensarlo me da escalofríos. No creo que el amor deba ser una obsesión. Pero yo vi a mi madre ir tras mi padre cuando él regresaba y olvidarse de que tenía dos hijos que mantener.

Prefiero no pensar más en eso, es agua pasada. Dejo aparcados mis pensamientos y me centro en la pregunta de Laia.

—No, me es indiferente.

—A mí nunca me gustó —alega Laia—. Cuando te vuelvas a interesar por alguien, nos la tienes que presentar para darle el visto bueno.

—¿Y que la asustéis? —contesto refiriéndome a los amigos de Laia y Adair—. Si ya se sorprendería de ver la mirada seria de Adair, los demás no serían menos. Y si no, vosotras. Una de dos: o la fusiláis a preguntas, o la atiborráis a cócteles explosivos de comida basura. No sé si podría sobrevivir a cualquiera de las dos cosas —le digo sonriente. Laia me saca la lengua y replica:

—Qué mal nos pintas.

—No, era broma. Pero tranquila, no pienso enamorarme por el momento.

—Malo. Cuando alguien dice eso, acaba haciendo justamente lo contrario —alega Jorge.

Neill alza la vista de la consola y pone cara de asco, como siempre que se habla de enamoramientos y cosas por el estilo. Ya cambiará.

—No en mi caso —le digo sonriente.

En el fondo sé que es muy difícil que me enamore. Ya he creído estarlo muchas veces pero nunca ha sido amor. No era lo que tienen Adair y Laia. Creo que en mi interior temo estar así de colado por una persona. He visto desde niño de lo que era capaz el amor. Aunque soy consciente de que no todo el mundo es igual, una parte de mí teme darse por entero a alguien, amar a una persona hasta el punto de no poder vivir sin ella.

—Voy a preparar mis cosas para mañana —comento levantándome del sofá—. Enhorabuena otra vez.

—Gracias. Por cierto, este fin de semana tenemos partido de baloncesto en tu antiguo barrio. No te olvides.

—No podría hacerlo. Dulce no para de mandarme mensajes para recordármelo —le digo sonriente a Adair antes de despedirme de todos y retirarme.

* * *

Me levanto temprano y, tras darme una ducha, me pongo un vaquero y una camiseta blanca algo ajustada. Cuando salgo para ir a clase, Blanca me detiene diciéndome que me ha preparado el desayuno. Sonrío y me lo tomo, aunque no tengo mucha hambre —nunca la tengo por la mañana—, pero no le voy a hacer a Blanca el feo. Además, sé lo valiosa que es la comida como para tirarla.

Media hora después, llego al instituto con mi coche de segunda mano. Tal vez no sea el mejor coche del mundo, pero para mí es perfecto. Aparco al lado del de Jack, uno negro de alta gama. Aunque sea el hijo adoptivo de un marqués, Jack y su hermano han tenido que luchar para que las riquezas de su padrastro —o, como ellos lo llaman, su abuelo— no cayeran en la bancarrota. La única hija del marqués gastó toda su fortuna, o casi toda, pues la desheredó hace años. A Aiden y a Jack les quedó la tarea de sacar a flote las empresas sin tener ni idea de cómo se llevaba un negocio, solo con las nociones que su abuelo le había dado a Aiden desde niño para que un día pudiera hacerse cargo de ellas. No fue

hasta que conocieron recientemente a su hermano Albert y se asociaron con él y con otras personas en un gran proyecto cuando empezaron a remontar un poco. De hecho, ese coche se lo dio Albert para que la gente no pensara que su abuelo pasaba por problemas económicos. Necesitan tener una buena posición social para seguir prosperando y la gente solo ve lo que quiere ver. A Jack le da igual llevar este coche u otro, pero viendo cómo se comporta últimamente, nadie lo pensaría. Desde que se enteró que su novia le engañaba, no ha vuelto a ser el mismo.

Entro al instituto y no tardo en ver a Jack rodeado de varias jóvenes. Muchas son nuevas y están pidiéndole un autógrafo; otras están a su lado para ver si él se fija en ellas. Jack ha montado un grupo de música hace poco. De momento solo han dado unos pocos conciertos por el pueblo y las ciudades de alrededor, pero en nuestro pueblo sí es muy conocido y ahora las chicas le persiguen. Cuando me ve, me saluda con un movimiento de cabeza. Yo le devuelvo el saludo y sigo andando; ya tendremos tiempo de hablar más tarde.

—¡Mira por dónde vas, hortera! —Escucho antes de que me caiga en los brazos una joven a la que Sindy acaba de empujar al pasar. La cojo por inercia y ella se estremece bajo mis manos.

—Lo siento —me dice sin volverse.

—¡Kevin!, no te había visto —me dice Sindy. Sé por Jack que, tras intentarlo con él y este no darle más que a otras, se cansó de perseguirlo, pero aun así, le contesto:

—Estarías mirando a Jack.

—No, tú eres mucho mejor.

—¿Sí? Gracias, pero me es indiferente lo que pienses.

La joven a la que ha empujado se separa de mí y coge su cartera. Lleva una camisa bastante ancha y un pantalón bombacho. El pelo negro le cae hacia delante y lleva unas gafas de pasta negras. No la he visto en mi vida, debe de ser nueva.

Sindy hace un gesto altivo y, tras lanzarle una mirada de arriba abajo a la desconocida, se va con sus amigas.

—No le hagas caso. Lo mejor es ignorarla.

—No pasa nada. —Me llega la voz dulce de la joven y se vuelve sonriente hacia mí —. Gracias por cogerme; si no, me hubiera caído.

Me fijo en su piel perfecta, sus labios rosados y, sobre todo, en sus ojos, que no sé muy bien de qué color son. Parecen negros, pero es como si tuvieran un trasfondo de varios colores. Qué ojos más raros. Va maquillada, pero sin llamar la atención en exceso, y no es especialmente baja, debe de medir cerca del metro setenta. Aun así, yo con mi metro noventa le saco bastante.

—¿Eres nueva aquí?

—Sí —no dice nada más y me fijo en que se sonroja. Es tímida, o eso parece.

—¿Qué clase tienes ahora?

Mira un momento el horario que lleva en la mano y se sobresalta cuando se lo tomo para ver a qué curso va, pero no dice nada.

—Estás en mi clase. Tenemos casi todas las materias en común menos dos optativas. La clase que te toca ahora es en la primera aula a la derecha.

—Gracias.

—Por cierto, mi nombre es Kevin.

Ella me mira y abre la boca para hablar, pero duda un segundo antes de decir:

—Allie. Mis amigos me llaman así. Bueno, y los conocidos.

—Encantado. Nos vemos ahora.

Allie se despide y se va en la dirección que le he indicado.

—¿Ya has hecho de buen samaritano hoy? —me dice Jack viniendo hacia mí.

—Jack, ¿te puedes hacer una foto conmigo? —Le corta una chica de primero.

—Claro, no tengo otra cosa mejor que hacer —ironiza, y yo sonrío disimuladamente.

—No sé como la gente te soporta.

—Porque soy tremendamente guapo. El dinero lo puede todo y todos esperan que un día triunfe con mi música y tener algo de lo que presumir, pero si fuera feo... ¿Verdad que sí, preciosa? —comenta haciéndose la foto con la chica. Ella sonrío por su comentario y se sonroja.

—Si eres horrible. Yo creo que hoy no te has mirado al espejo antes de salir.

Jack me sonrío y nos dirigimos a nuestra clase. Aún lleva el pelo negro mojado por su ducha matutina y, cuando pasamos al lado de un grupo de chicas, les oigo decir que encuentran eso muy atractivo.

—Qué pesadas —me susurra entrando en la clase.

—Pero te gusta.

—Sí, bueno, ¿a quién no le gusta que le bailen el agua?, pero no nada más despertarse. Me he levantado con dolor de cabeza y sus chillidos no han hecho más que incrementarlo.

—Eso te pasa por crear un grupo de música tras el éxito de aquella primera noche. — Jack tocó por primera vez con su grupo una noche de fiesta, y a los que estaban allí les gustó tanto cómo sonaban, que decidieron tocar de vez en cuando.

—Sabes mejor que nadie por qué se me ocurrió esa idea.

Asiento y vamos a nuestro sitio. Jack quería ayudar a su familia, aportar dinero a la causa de Aiden y Albert, y lo hizo de la única manera que estaba en su mano: su música. Yo sabía que tocaba la guitarra y el piano, y que también componía canciones, pero solo como *hobby*. Un día me dijo que tocar en grupo o en solitario nunca fue su sueño, pero no me especificó cuál sí lo era.

—Y lo disfrutas —afirmo.

—La mayoría de las veces, sí. Sobre todo porque atrae a chicas bonitas, no como la que tú acabas de rescatar de las garras de Sindy..., aunque reconozco que a veces la belleza no lo es todo.

Nos sentamos en la última fila y echo un vistazo a la clase. Allie está en primera fila mirando por la ventana, ajena a todo.

—Me recuerda un poco a Eimy —digo pensando en voz alta.

Jack se tensa, como siempre que sale el nombre de Eimy, su amiga de la infancia. Él y Eimy crecieron juntos y, por lo que sé, era la única persona con la que Jack podía sincerarse de verdad y mostrar sus sentimientos. Es una lástima que Eimy se fuera. Fue ella quien le advirtió de que Natalia le estaba poniendo los cuernos con Carlos, él no quiso oírla, tuvieron una fuerte discusión y ella se marchó. Jack es demasiado orgulloso para reconocer que la echa de menos, pero algo cambió en él desde su partida. Es como si hubiera perdido el norte.

—Igualitas —ironiza—. Sobre todo por el pelo rubio...

—Me recuerda a Eimy porque ambas se protegen con una coraza. Eimy se aisló de todos cuando empezó en el instituto y tengo la impresión que Allie va a hacer lo mismo.

—La acabas de conocer y, por si lo olvidabas, tu sexto sentido a la hora de catalogar a chicas es una porquería. Si no, recuerda cómo acabaste con Sindy.

—Por favor, no me la menciones.

Jack sonrío y miro una vez más a Allie. Algo me dice que esa chica se siente muy muy sola, pero tal vez, como dice Jack, solo sean imaginaciones mías. Siempre tengo el impulso de ayudar al que lo necesita, no lo puedo evitar, supongo que por todo lo que viví en el pasado... Pero es mejor que lo deje estar y me centre en otras cosas, como aprobar este maldito curso, que preveo no será tan fácil como los anteriores.

ALLISON

Observo el exterior mientras escucho entrar a mis compañeros. No tardo en sentir que alguien se sienta a mi lado, pero lo ignoro y sigo mirando hacia fuera. Tengo el estómago contraído por los nervios; nunca imaginé que me costaría tanto esto. Mientras lo preparaba todo estaba ilusionada con la idea: ser por un tiempo desconocida, alguien normal y corriente. Alguien que no es perseguida a todas horas por la prensa y los fotógrafos. Pero ahora no estoy tan segura. Pese a eso no me quiero echar atrás. Tal vez nunca vuelva a presentármese la oportunidad de tener un respiro como este. Yo elegí ayudar a mi padre con la firma de moda, sabía las consecuencias y no me arrepiento de ello. Lo hice por él y lo volvería hacer una y mil veces.

Cuando entré en el instituto temía que alguien me reconociera, y más al ver a Jack. Lo conozco de vista de las fiestas a las que he acudido este verano, pero nunca hemos hablado..., bueno, en realidad nunca he hablado con nadie. Para ellos yo solo soy un objeto, un maniquí al que hay que admirar e imitar. Así que, tal como esperaba, no me

reconoció, y no me extraña. Llevo unas elaboradas lentillas negras que hacen que nadie pueda ver mis ojos verdeazulados; una peluca de pelo largo y negro oculta mi cabello pelirrojo; y por si esto fuera poco, la ropa ancha y las gafas me dan un aspecto totalmente distinto al habitual. Sí, voy disfrazada, pero no siento que esté haciendo algo que no haya hecho desde que cumplí catorce años.

No me ha sorprendido la actitud de la chica con la que me he cruzado en el vestíbulo. En mi otro instituto también había personas así, pero yo estaba en el grupo de la gente a la que no criticaban. No es que yo criticara a los demás, siempre me mantenía al margen de esas conversaciones, aunque creía que la gente sabía cómo era... Me equivoqué.

Lo que sí me ha sorprendido —además de ver a la chica que se ha metido conmigo vestida con ropa de la marca de mi padre— fue el joven que me cogió, Kevin. No solo porque es increíblemente guapo —su pelo castaño con vetas rubias le caía por la frente y tiene unos ojos verdes como esmeraldas, fascinantes—, sino por la sincera sonrisa que me ha dirigido. Una sonrisa limpia que le alcanzaba los ojos haciéndolos aún más brillantes y que mostraba, a su vez, una perfecta y blanca dentadura. No he visto nada artificial en él, y he tenido una sensación rara. Me he quedado impactada, sobre todo al descubrir que es amigo de Jack. No pegan nada. Jack es tan serio y misterioso, con ese pelo tan negro que parece un pirata, y Kevin, tan rubio, tan jovial y alegre..., aunque quizás sea por eso por lo que se complementan, uno tiene lo que al otro le falta. O al contrario, tal vez la sonrisa de Kevin solo haya sido apariencia. Hasta ahora todo el mundo a mi alrededor, excepto mi padre, me ha hecho vivir una mentira, o directamente no se han molestado en saber cómo soy yo en verdad. «Al menos este respiro me vendrá bien para aprender, endurecerme y aceptar cuanto antes que así es la vida y que yo solo soy una imagen solitaria», pienso con amargura.

Por suerte, el profesor entra en la clase; así podré dejar de pensar esto que tanto me atormenta.

Enseguida pasa lista. Al parecer, no soy la única nueva: mi compañero se presenta. También es nuevo, se llama Pedro. Tiene los ojos y el pelo negros. Parece muy tímido, me ha dicho su nombre sin alzar la vista de su libro. Ya he escuchado comentarios a mis espaldas de que hacemos buena pareja, todos provenientes de la joven morena que conocí antes. Nunca he entendido por qué siempre se meten con las personas que menos sombra pueden hacerles; tal vez para quitarles la idea de que un día decidan salir a la luz y eclipsarlos. Nunca me he creído mejor que nadie, no soy mejor que nadie, eso es algo que mi padre me ha enseñado desde bien pequeña.

Aunque la gente piense que soy una niña mimada y rica, mi vida no siempre fue así. Cuando mi padre heredó un reino destruido y un título, y por consiguiente yo también, todo cambió y, tras la oportunidad de mi padre de crecer económicamente y ser alguien usando lo poco que tenía, mi madre nos abandonó porque no soportaba que la prensa la persiguiera todo el día. Yo tenía siete años por aquel entonces. Me tocó elegir con quién de los dos quería quedarme y elegí a mi padre, pues era el abandonado. Él solo había querido darnos una vida mejor y mi madre se fue porque no podía con los pequeños sacrificios que eso conllevaba. Yo, en cambio, sentía que tenía que apoyar a mi padre. Por eso acabé en esto, exhibiendo los modelos de su socio y mejor amigo; para mí es como un tío, pues lo conozco desde pequeña y siempre ha estado presente en mi vida de alguna forma. Cuando

me dijo que me pusiera un diseño suyo en una fiesta, no lo dudé; tuvo mucho éxito y, cuando me pidió que siguiera usándolos, no le dije que no. Todos tenían una enorme repercusión, las mujeres de la alta sociedad empezaron a hacer encargos de sus diseños, por lo que mi padre decidió apoyar el proyecto y se hicieron socios. La marca de ropa empezó a generar enormes beneficios que mi padre utilizó para reflotar sus otras empresas. Y yo debía seguir ayudándolos, pues igual que el legendario rey que todo lo que tocaba se convertía en oro, en mi caso, todo lo que lucía se transformaba en éxitos de ventas. Nunca me paré a pensar si era eso lo que quería, simplemente era lo que debía hacer, era la forma en que yo podía ayudarle. Poco a poco sus sueños se iban cumpliendo, pero yo nunca me planteé cuál era en verdad el mío.

—Allie Anderson. —Me cuesta un poco reaccionar ante mi nuevo apellido. En realidad es el segundo apellido de mi madre, lo escogí precisamente para que no me resultara tan desconocido, pero aún no me he acostumbrado a él.

—¿Sí? —pregunto nerviosa. Noto como todo el mundo me observa.

—Salga a la pizarra. Quiero ver cuál es su nivel.

Trago el nudo que se me ha formado en la garganta y miro la pizarra. Sé hacer de sobra ese ejercicio de matemáticas, pero ¿debo resolverlo a la primera? En mi antiguo instituto me esforcé para no destacar en los estudios porque no quería ser el bicho raro de la clase... y cuánto me equivoqué. «Pero ahora nadie espera nada de mí —me recuerdo—, nada, puedo hacer lo que quiera». Puedo ser lo que yo quiera... o simplemente ser yo misma y no esperar que a nadie le guste. La pregunta es: ¿quién soy yo en realidad? Llevo tanto tiempo fingiendo, que ya no sé quién soy.

CAPÍTULO 2



KEVIN

Observo a Allie salir a la pizarra y coger la tiza, dudosa. El ejercicio es muy difícil, el profesor lo sabe y no duda en ridiculizar a los alumnos si no consiguen resolver sus ejercicios. Como Allie no sepa hacerlo, no va a tener muy buen comienzo con él y la va a tener enfilada todo el curso.

—Otra a la que va a traumatizar —me susurra Jack, que acaba de realizar el ejercicio en su cuaderno sin ningún esfuerzo.

Salvo por el curso que perdió en el colegio cuando era pequeño porque, según me contó, se negaba a estudiar si su madre no regresaba a casa, Jack siempre ha sido un alumno muy aplicado. Esto se lo debe a su abuelo, que desde niños los ha obligado a ir siempre por delante en los estudios y a saber más de lo que deberían para su edad. Así ha pasado, que el hermano de Jack con mi edad, veinte años, lleva desde los dieciocho haciéndose cargo de los negocios de su abuelo y estudiando a la vez. Sé que los quiere mucho y que Jack y Aiden le deben mucho, pero siempre ha sido muy duro con ellos.

En cierta forma, les envidio. Yo nunca he tenido unos padres que me obligaran a estudiar. Mi madre siempre decía que estudiar era una pérdida de tiempo y que debería trabajar. Pero yo desde bien pequeño sabía que nadie me iba a regalar nada en esta vida, que mis estudios eran lo único a lo que me podía aferrar para salir adelante, y no pensaba dejarlos por nada del mundo... o al menos eso tenía pensado, hasta que me tuve que hacer cargo de Neill.

—Parece que no es tonta —cuchichea Jack sin quitar los ojos de la pizarra y de Allie. Observo cómo va resolviendo el ejercicio y cómo poco a poco lo va completando.

—Eso parece.

—¿Qué esconderá debajo de toda esa ropa? —comenta Carlos—. Eso me pone.

—¿Y qué no te pone a ti? —le responde Jack, mordaz.

Ni Jack ni yo soportamos a Carlos; solo lo respetamos porque juega en nuestro equipo y Jack le habla para que nadie piense que le sigue doliendo que él y Natalia se enrollaran. Ha preferido fingir que Natalia nunca fue lo bastante importante para él como para dejar de dirigirle la palabra a Carlos, aunque lo cierto es que Jack sí lo pasó mal con todo lo que sucedió. Y no solo porque a raíz de aquello perdió a su novia, sino porque también perdió a su mejor amiga, Eimy. Por suerte, Natalia se ha cambiado de instituto y la hemos perdido de vista.

—Ya está. —Allie le devuelve la tiza a un impresionado profesor.

—Al menos no eres tonta.

—Pero sí fea —suelta una de las amigas de Sindy, y toda la clase se ríe.

Allie se sienta en su sitio, ignorándolas. No estoy de acuerdo con ese comentario. Cuando la vi no pensé que fuera fea, algo en ella me gustó. Allie tiene una cara muy dulce, aunque se empeñe en ocultarla tras ese largo flequillo y esas gafas que no la favorecen nada. El problema es que la gente a veces no mira de verdad a las personas, solo ven lo que les interesa, y Sindy prefiere no ver en Allie a una rival.

Termina esa clase y la siguiente, y a la hora del recreo voy a la biblioteca para coger unos cuantos libros que me vendrán bien para realizar uno de los trabajos que ya nos han mandado. Algunos profesores no esperan a que pase el primer día.

Estoy a punto de irme cuando escucho el ruido de varios libros al caer y un ligero quejido. Me acerco a donde lo he escuchado y, al llegar, veo a Allie tocándose el pecho, donde deben haberle golpeado los libros, y rodeada de varios de ellos.

—¿Estás bien?

Allie se sobresalta y aparta la mano del pecho.

—Yo..., se han caído.

Me percató de que lleva las gafas en la cabeza como si fueran una diadema y me hace gracia.

—Eso es evidente.

Me agacho para ayudarla a recogerlos.

—¿Qué libro querías llevarte?

—El que se ha quedado arriba. Ya se podría haber caído como los demás —comenta y sonrío.

—A tu derecha hay una escalera pequeña, por si se necesita.

Allie se vuelve a mirarla y se sonroja.

—Parezco estúpida.

—Pareces perdida, es tu primer día.

Dejo los libros en su sitio y le tiendo el que quería. Es un libro de animales.

—Es bueno. —Se lo doy y le alcanzo otro que está cerca—. Pero este es mejor.

—¿Sí? Gracias.

—¿Te gustan los animales?

—Siempre me han llamado la atención... y quería hojearlo. Me fío de tu criterio.

Coge el libro y deja el otro en su sitio.

—¿Estás pensando estudiar veterinaria?

Alza los ojos sorprendida y se muerde los labios, lo cual hace que me fije en lo perfectos y rosados que son. Luego se encoge de hombros y contesta:

—Nunca lo he pensado..., nunca he pensado qué seguir estudiando. —Lo dice como si acabara de ser consciente de este hecho y la observo sorprendido.

—Bueno, aún tienes un curso por delante para decidir qué estudiar el año que viene en la universidad.

Asiente y me mira seria.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta como si acabara de darse cuenta de que estábamos hablando y eso no fuera posible.

—Te he ayudado con tu libro.

—Sí, pero eres amable —me dice sorprendida antes de ponerse seria y echarse hacia atrás—. Ya sé por qué lo haces. Conozco muy bien a los de tu clase —dice con altivez. Entrecierro los ojos sin entender y mosqueado:

—¿Los de mi clase? ¿A qué clase te refieres?

—¿Qué esperas, que caiga rendida a tus pies porque eres increíblemente guapo y que así la mofa sea aún mayor? Pues no, no me atraes y no pienso caer en ese viejo truco. Sé muy bien lo que buscas.

Me indigno por sus críticas.

—¿Ah, sí? ¿No será que estás prejuzgándome? —le contesto enfadado—. No deberías hacerlo, pero tú misma.

—No me engaña tu gesto de ofendido, lo único que te molesta es que haya pillado tu juego a tiempo.

—Claro, mi juego.

—¿Acaso creías que me iba a tragar que fueras amable conmigo sin conocerme de nada? La gente como tú no existe. La gente no se acerca a alguien sin querer algo a cambio y tú estás aquí solo para reírte a mi costa con tus amigos.

La miro furioso. «¿Quién se cree que es para juzgarme tan duramente?».

—Adiós, Allie.

—Adiós, ya no tienes que seguir fingiendo más.

No sé por qué me molesta tanto, debería darme igual que esta chica a la que no conozco me juzgue, pero no puedo evitarlo. Me voy enfadado, más conmigo que con ella, por sentirme ofendido por su injusto comentario. ¡Menuda estúpida! ¿Qué se ha creído? No me conoce de nada. La gente a veces es amable porque sí, no siempre quieren algo a cambio.

—¿Y esa cara? —me pregunta Jack nada más verme—. ¿Estás cabreado por algo?

—No, Jack, no estoy cabreado por nada.

Y así es como debería ser. Si Allie piensa que solo me he acercado para reírme de ella, pues muy bien, que siga creyéndolo. Es su problema.

ALLISON

Salgo del instituto y voy a mi coche. Para mi desgracia, está aparcado al lado del de Kevin, pues este se acaba de meter en él. Entro sin mirarlo y sintiendo la punzada de la duda en mi interior. He sido muy dura con él, pero sé que tengo razón. No existe gente que sea amable sin querer nada a cambio, yo lo sé mejor que nadie. Lo he aprendido de la peor manera posible y es mejor que no lo olvide. Ya he llorado suficiente por perder a personas que nunca me quisieron, no quiero llorar por nadie más que no se lo merezca. Lo peor de todo es que me gustaba la calidez en la que me envolvía Kevin; fue por eso por lo que tuve que poner freno y ser dura con él, para no sufrir más tarde. Pese a lo lógico de mis razonamientos, esto no hace que mi malestar remita. La mirada dolida de Kevin me ha perseguido el resto de la mañana y sigue haciéndolo.

Llego a mi nueva casa, en la que viviré mientras dure esto. Está a las afueras, en una zona residencial de casas pareadas de dos plantas. Mi padre la compró hace tiempo y se ha encargado de remodelarla y de que estuviera habitable para cuando la necesitara. Tiene una puerta trasera que da a un pequeño camino que desemboca en una carretera apartada; si mi padre me necesita para algún evento, me recogerá allí uno de sus coches y nadie sabrá que he salido. Y si alguien me descubriera, mi padre sabrá qué decir en ese caso. Ha pensado en todo. No está muy convencido de esto y hasta anoche trató de convencerme de que renunciara, pero me mantuve en mis trece y sé que si me deja hacerlo es porque se siente culpable de haberme privado de mi libertad.

Nada más entrar, el olor a nuevo inunda mis sentidos. Me recuerda la casa donde vivía de niña, antes de que mi padre supiera que era el heredero de un reino venido a menos.

Abro la nevera y, como ya suponía, mi padre ha mandado llenarla de comida. Supongo que el congelador estará igual. Me pongo a calentar la comida mientras me cambio de ropa. Mi padre me advirtió que, para evitar que alguien pudiera pillarme, siguiera vistiendo igual y llevando la peluca incluso cuando estuviera en casa. Que era mejor hacer las cosas bien, pero me da calor y me pica la cabeza. Y eso que mi padre me compró una de las mejores. Escucho mi móvil y lo saco de la cartera. Es mi padre.

—¿Qué tal las clases?

—Bien, sigo viva.

—Muy graciosa.

Sonrío y me siento en la mesa de la cocina. Se me hace raro tanto silencio. En la mansión de mi padre siempre se escucha a algún empleado haciendo sus faenas, aunque yo prefiero prescindir de ellos y hacer todo lo que pueda por mí misma.

—Ha ido bien. El nivel es alto, pero puedo con él.

—Eso no lo dudaba. Algo bueno puede salir de esto. Así dejarás de traer cincos cuando puedes conseguir dieces.

—No siempre puedo...

—Sí puedes, pero no quieres.

—Cambiemos de tema. ¿Vale?

No es la primera vez que hablamos de mis notas y él siempre me ha dicho que sea yo misma y que dé hasta donde pueda dar, pero él no iba a mi instituto y no sabía lo crueles que eran con los empollones. Yo solo quería encajar donde se suponía que tenía que encajar...

Me muevo inquieta por la cocina mientras hablo con mi padre, distraída, tratando de no darles más vueltas a las cosas. Le cuelgo no sin prometerle que cerraré bien toda la casa y pondré la alarma antes de acostarme.

* * *

Me despierto inquieta y me preparo para un nuevo día de instituto. Medio dormida, me ducho y luego me empiezo a disfrazar. Primero me pinto las cejas con un lápiz para que se oscurezcan y no se vean tan pelirrojas, luego me pongo las lentillas y, para terminar, me coloco la media con la que recojo mi larga melena pelirroja y me ajusto la peluca negra. Como me pasó ayer, me cuesta reconocerme al mirarme en el espejo, aunque no es nada nuevo; tenía la misma sensación cuando me arreglaban para algún baile. Aparto la mirada y termino de prepararme para ir al instituto, dispuesta a pasar lo más desapercibida posible.

Estoy a punto de entrar en clase cuando mis ojos se cruzan con los de Kevin, que está conversando con sus amigos. No tarda en apartar la vista e ignorarme y, aunque sigue hablando de forma animada, la seriedad se ha apoderado de sus preciosos ojos verdes. Paso de largo sin darle importancia. Tarde o temprano hubiera pasado esto y yo no he venido aquí a hacer amigos.

Me siento en el mismo sitio que ayer.

—¡¡No me lo puedo creer!! ¿Cómo has conseguido el último modelo de Allison Warhol?

Me tenso al escuchar mi nombre y, al girarme, veo a Sindy con un conjunto de falda y chaqueta que estrené hace una semana, exactamente el sábado, y que salió ayer en las revistas. Sindy ha sido muy rápida en hacerse con él. Cuando yo lo luzco, ya están preparados para salir a la venta, pero suelen tardar unos días entre que los distribuyen y los colocan en las tiendas. Sindy debe de conocer a alguien que trabaja en alguna de esas tiendas.

—Una, que tiene sus influencias.

—Es precioso...

—A Allison le quedaba mucho mejor que a ti —le contesta una de la clase, y Sindy la mira mal.

—Eso no es tan difícil. A Allison la han operado para ser perfecta. Yo en cambio soy perfecta por naturaleza.

Miro disimuladamente a Sindy. ¿De verdad piensa que estoy operada? Nunca he pasado por el quirófano. Lo que hacen algunas para creerse superiores.

—¡Pues olé por su cirujano, que menudas peras le colocó! —escucho decir a uno de mis compañeros, que creo que se llama Carlos, y las risas de los que están a su alrededor.

Inconscientemente miro hacia donde está Kevin y me sorprendo al ver que no se ríe; más bien parece ajeno a todo esto.

Me remuevo inquieta en mi sitio y agradezco cuando entra el profesor. Sé que la gente habla de mí, incluso hubo una época en la que leía todo lo que salía en Internet al respecto, pero al ver como se me calumniaba sin conocerme, decidí dejar de hacerlo. Sin embargo, ahora mismo no puedo huir de estas conversaciones. Las mismas que me envidian y me imitan, me critican. Es incomprendible, pero así es la vida, y más entre mujeres. Muchos jóvenes son fans de jugadores de fútbol o baloncesto, los admiran y tratan de emularlos, pero no los critican para ser mejores que ellos. Las mujeres sí, y es una lástima, pues deberíamos apoyarnos entre nosotras.

Suena el timbre y me dirijo a mi siguiente clase. Por el pasillo me cruzo con varias jóvenes que llevan algo de KGM King Greenmeadow: ropa, pulseras, pendientes... Para crear el nombre de la marca, mi padre usó las iniciales de su título de rey y el nombre del castillo que heredó. Nuestros antepasados lo llamaron Greenmeadow por el intenso color verde de los prados que lo rodeaban. Fuimos a verlo hace tiempo, pero allí solo quedan las ruinas de lo que fue.

* * *

Estoy aparcando frente a mi nueva casa cuando me llega un mensaje. Saco el móvil mientras cierro la puerta y lo leo. Es de mi padre. Me recuerda que a las tres y media me esperará un coche en el lugar acordado, para el té que tengo en casa de una de las marquesas de la zona. Sé lo que significa ir a su casa a tomar el té: posar donde ella me diga para mostrar el modelo creado por uno de los modistos de mi padre —aunque los de mi tío son los que más uso, contrataron a más diseñadores cuando la cosa fue mejor para tener más variedad—. Así, cuando aparezca en la revista, la gente verá también la casa de la señora que me ha invitado. Nunca les importa si hablo más o menos, solo que las fotos luzcan bien.

* * *

«Y hoy no ha sido diferente», pienso mientras poso apoyada en un precioso piano blanco muy antiguo. Es evidente que la marquesa quiere que la gente vea lo ostentosa que es su casa y que no se priva de lujos. Solo cuando acaba la sesión me siento a tomar el té, pero ni aun así dejan de tomarme fotos, y las personas invitadas hablan entre ellas ignorándome. La mayoría de ellas me envidian, pero ninguna se ha dignado a hablar conmigo. Ahora mismo me siento como si fuera un mueble que hay que exhibir. Me remuevo incómoda en el sofá. No debería sentir esto ahora..., sé por qué hago esto y hace tiempo que acepté las consecuencias.

Cuando acaba la reunión entro en el coche de mi padre.

—¿Qué tal el té? —me pregunta.

Tiene el pelo cobrizo ya surcado por algunas canas; sus ojos son como los míos. A mi parecer es muy guapo y siempre luce muy elegante.

Alzo los hombros en respuesta a su pregunta. Una vez en casa, lo sigo a su despacho y, en cuanto cierra la puerta, me quito los zapatos y dejo de mantener la postura, porque las cortinas están corridas y aquí nadie puede fotografiarme.

—Cuando vengas a verme puedes ser tú misma.

—Soy yo misma siempre.

—No lo veo así.

—Nunca se sabe si un *paparazzo* se puede colar y hacerme fotos, o alguien del servicio. Ya pasó una vez.

—Ojalá nunca te hubiera permitido hacer esto.

—No me arrepiento. —«¿No?». Aparto esa duda de mi mente y me relajo en el sofá —. Fue mi decisión y gracias a ella pudiste abrir nuevas empresas y contratar a más gente.

—¿Y hasta cuándo va a durar esto?

Miro los ojos de mi padre y aparto la mirada. Eso me lo he preguntado muchas veces y nunca he encontrado respuesta.

—Al menos ahora tengo un respiro.

—Lo sé, por eso te he dejado seguir adelante con esta locura, pero... ¿qué pasará si conoces a alguien de verdad, a alguien que te quiere a ti?

—Eso nunca sucederá, yo no tengo nada que ofrecer a nadie. —En cuanto lo digo me sabe mal sonar tan lastimera, y más cuando mi padre se levanta y viene hacia mí.

—Tienes mucho que dar, Allie, mucho...

—No quiero hablar de eso —le digo recostándome en el sofá. Al menos sé que aquí nadie nos molestará. Mi padre me acaricia el pelo y siento que mis ojos se humedecen por el gesto; no ha dicho nada pero a veces sobran las palabras.

Me froto los pies, pues los zapatos de tacón alto me han hecho daño, y me acomodo mejor en el sofá. Mi padre se pone a trabajar de nuevo. Me gusta estar a su lado mientras lo hace: el ligero sonido al teclear en el ordenador o al pasar las páginas donde toma notas me relaja. Poco a poco la tensión por mi nueva situación se va esfumando y no puedo evitar caer en los brazos de Morfeo.

* * *

Entro en la cafetería del instituto. Ya estamos a viernes y he podido llevar la semana lo mejor posible. Ayer me tocó hacer mi habitual paseo para mostrar un nuevo modelo,

muy económico, que saldría en las revistas del fin de semana. Actué como siempre, interpreté mi papel y los *paparazzi* igual que vinieron se fueron.

Ninguno me habla, nadie me pregunta. Lo mismo desde hace cuatro años.

El modelo que llevé ayer era un vestido de entretiempo. En uno de los lados lucía una gasa transparente, exactamente en el lado del tatuaje. Es una enredadera decorada con colores suaves, que nace en la base de mi espalda, se abre en mi costado derecho y desaparece bajo mi brazo. Elegí ese dibujo porque en el escudo de armas de mi padre aparece una enredadera, y busqué a una gran tatuadora que solo hace tatuajes exclusivos. Si me lo hice fue para llamar la atención de los *paparazzi*. Mi padre se enfadó mucho, pero mi idea para levantar el negocio funcionó: de la noche a la mañana, todo el mundo hablaba de mí y quería ver el tatuaje exclusivo, y mi tío no tardó en hacerme algunos diseños que lo mostraran adrede. Si ya de por sí yo llamaba la atención con sus modelos, aquello tuvo mayor repercusión: los *paparazzi* me pedían que posara enseñándoles el tatuaje, salía en más revistas, la gente hacía más pedidos y, por tanto, comenzamos a ganar más dinero. Y a raíz de esto, mi padre pudo lanzar las empresas que tenía en mente.

Si alguien me lo viera no tendría ninguna duda de que soy yo, pues esta tatuadora nunca repite el mismo dibujo y los colores que utiliza y sus trazos son únicos. Mucha gente ha tratado de imitarme y hacerse un tatuaje igual que el mío, pero nunca sale idéntico. Yo no me lo suelo mirar mucho, la verdad. Sé que lo tengo, pero no le hago caso. Me dolió mucho cuando me lo hicieron y más al ver la cara de reproche de mi padre; tardó en perdonarme que hiciera algo así sin su permiso, incluso a pesar de que las ventas mejoraron considerablemente.

—¿Puedo hacer las pruebas para el equipo de baloncesto?

—¿Tú y cuántos más como tú? Eres un enano.

Me giro a la vez que Carlos se ríe de su gracia con sus amigos. Entre ellos están Kevin, tenso, y Jack. Pedro, que es el que les ha hecho la pregunta, los mira serio y colorado, pero no se aleja.

Esta semana he estado observando a Kevin. Es un chico popular en el instituto, al igual que Jack, pero no he notado que use esa popularidad para estar por encima de los demás. No parece de los que se ríen de nadie ni le he visto mirar a nadie con desprecio... He pensado mucho en lo que le dije y he de reconocer que muchas veces he sentido la tentación de pedirle perdón, pero no me he atrevido por miedo a estar equivocándome y dejándome llevar por las apariencias.

Me siento en una de las mesas cercanas y saco mi pieza de fruta mientras observo la escena.

—Cállate, Carlos. —Kevin observa muy serio a su amigo y este acaba por dejar de reír—. La prueba será esta tarde a las cinco. Puede presentarse todo el que quiera...

—Eso, y así nos reímos de cómo haces el ridículo.

Los amigos de Carlos vuelven a reír a carcajadas. Jack se sienta en una mesa y le replica:

—Tú lo haces siempre fuera de la cancha.

Carlos se calla y le mira con el ceño fruncido.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo nada. Eres imbécil, todo el mundo lo sabe.

Carlos se va hacia Jack, pero Kevin se pone en medio.

—¡Eh! Dejad esta pelea para la cancha.

Jack ni se ha inmutado, sigue a lo suyo, como si le fuera indiferente. Esto enfurece más a Carlos, que le fulmina con la mirada y acaba por irse a la otra punta de la cafetería.

—No le hagas caso —comenta Kevin a Pedro—. Nosotros no tenemos en cuenta la altura, solo el talento, y eso, por desgracia, nos hace tener a Carlos en el equipo. —Se ha asegurado de decirlo lo bastante alto como para que Carlos lo escuche, pero este solo se gira y aprieta la boca.

—Gracias. Hasta la tarde entonces.

Pedro se aleja y, como si Kevin notara mi mirada, se vuelve directamente hacia mí, sobresaltándome. Sus ojos verdes me contemplan muy serios y eso hace que corte enseguida el contacto visual. Debería pedirle perdón y que cada uno siga con su vida. No me sentí bien conmigo misma diciéndole aquellas cosas, nunca he sido tan injusta con alguien. Si me disculpo, dejaré de sentir esta desazón cada vez que lo veo y dejaré de buscarlo con la mirada, o eso espero.

CAPÍTULO 3



KEVIN

Aparco el coche justo enfrente de la casa de Jenna y Robert. Esta noche se han reunido todos para cenar. Neill lleva aquí toda la tarde jugando en el patio con Matthew, al que ahora todos llamamos Matty debido a que su padre empezó a llamarle así y nos lo ha pegado, junto con Erik y Nora, aunque a esta última no la dejan nunca jugar al balón. Su único alegato es que las chicas no saben jugar al fútbol. Bueno, ya querrán estar con chicas.

Toco al timbre y Jenna no tarda en abrirme con un pincel en la mano. Tiene pintura en la cara y su bata de trabajo blanca está llena de pintura seca. Ya se le nota el embarazo, y eso la hace parecer aún más hermosa.

—¿Las fieras te dejan pintar?

—Sí, está Bianca con ellos en el patio.

—Ya me extrañaba a mí.

—Has venido pronto.

—No tenía nada que hacer y pensaba que estabas sola con los «monstruos».

Jenna me sonrío y me acompaña hasta el patio. Bianca me saluda y los pequeños se arremolinan alrededor de mis piernas.

—¡Kevin! ¿Juegas con nosotros? —me pregunta ilusionado Matty.

—Vale, pero con una condición: que dejéis jugar a Nora.

—¡Es una chica! —me recuerda Matty.

—Pues entonces me quedo aquí con Bianca leyendo esta revista. —Me siento y cojo una de las que hay en la mesa.

—¡No vale! —comenta Neill.

—¿Dejáis jugar a Nora?

Ambos dicen que no con la cabeza, así que los ignoro y me pongo a pasar las páginas desoyendo sus ruegos. Nora viene hacia mí y la siento en mi regazo tras darle un beso.

—Estás preciosa con esa diadema.

—Es de princesa. Me la ha traído Bianca.

—¿De una princesa?

—Sí, de la marca de Allison Warhol. Como ella es una princesa, todas las niñas y no tan niñas quieren lo que lleva —me explica muy puesta en la materia.

—No sabía que también tuviera una colección para niños.

—Sí, Allison usa de vez en cuando algún accesorio que luego se vende en la colección de niños.

Dejo a Nora en el suelo y sigo con la revista. Casualmente, al pasar la página, veo a Allison sentada ante un elegante piano blanco en una lujosa mansión. Es como si la hubieran colocado allí como un elemento más de la decoración. Es muy hermosa, eso nunca lo podré negar, pero es como si no hubiera nada más aparte de su belleza.

—Es muy guapa, ¿verdad? —comenta Bianca—. En persona impacta más. Está siempre tan correcta..., nunca habla y la gente la admira como si fuera una joya.

—Y seguro que lo disfruta. Las jóvenes como ella solo quieren eso.

En la siguiente foto de Allison se le ven sus grandes ojos bicolores. No le presto mucha atención, no me gustan las personas como ella.

—No es más que una cara bonita.

—Es una princesa —dice Nora con un claro tono de admiración en su voz.

—Tú sí que eres una princesa, no esta cara perfecta y vacía de sentimientos.

—Kevin, no es propio de ti juzgar así a la gente sin conocerla —me critica Jenna. Eso me recuerda a Allie y lo que le dije el otro día, y rápidamente me tenso, pues aunque me molestó mucho lo que me dijo, no he dejado de seguirla con la mirada esta semana y de buscarla casi sin darme cuenta.

—Vale, no está bien, pero sigo creyendo que bajo esta fachada no hay nada más —comento refiriéndome a Allison.

Enseguida siento una punzada. He conocido a suficientes chicas bonitas que utilizan su belleza para engatusarte y, cuando lo consiguen, te tratan de manipular, como me pasó a mí con Sindy y a Jack con Natalia.

—Pues yo la veo muy sola en las fiestas —comenta Jenna.

—Alguien que no disfruta siendo el centro de atención no sale constantemente en las revistas. No deberías dejar que Nora admirara a este tipo de personas...

—Kevin —me dice Jenna.

—Vale, ya me callo.

No sé qué me pasa con Allison Warhol. La primera vez que la vi quedé impactado por su belleza, pero es tan fría... Nunca sonrío en las fotos, sus ojos nunca traslucen nada. Es como admirar un bello cuadro que no te dice nada. Supongo que me molesta sentirme atraído por alguien así, no poder evitar mirar sus fotos y recordar sus ojos bicolores. Puede que por eso la esté juzgando tan duramente, pero es que yo siempre he valorado más a la persona que a lo que muestra, aunque a veces me equivoque al hacer mis juicios.

—¡Se ha colado la pelota! —chilla Matty mirando hacia la casa del vecino.

—¿Vive alguien? —pregunto. Jenna asiente.

—Esta semana se han instalado, pero siempre que he ido a su casa no había nadie. Lo mismo ahora tampoco están.

—Voy a tocar por si hubiera suerte.

Salgo de la casa de Jenna y toco al timbre de la casa al lado, casi seguro de que no me van a abrir, pero cuando lo hacen, veo delante de mí a la persona que menos esperaba encontrar: Allie.

—¿Allie?

—Tu pelota. —Me pone la pelota en las manos y añade—: Y no me vengas quejándote de que prejuzgo a la gente cuando tú haces lo mismo.

Cierra dando un portazo. Vaya, qué casualidad que lo haya escuchado todo. Y maldita sea, tiene razón. ¡Pero no debería haberme cerrado la puerta en las narices!

Vuelvo a entrar en casa de Jenna y les tiro la pelota a los críos cuando llego al patio. Jenna y Bianca me miran extrañadas.

—¿Y esa cara? Es muy raro en ti ver ese gesto.

—Algunas personas, ¡que sacan lo peor de uno! —digo bien alto, sabiendo que Allie me estará escuchando.

—¡Pues otras presumen de dar consejos y luego ellos mismos no los siguen!

Bianca y Jenna miran sorprendidas hacia el otro lado de la cerca, de donde ha llegado la voz de Allie, y luego a mí.

—¿Qué está pasando?

—¡Yo sí que sigo mis consejos! ¡Es Allison Warhol la que se expone a que la critiquen, no yo!

Estoy perdiendo los papeles, lo sé, pero no puedo evitarlo.

—Kevin... —me dice Jenna conciliadora.

—¿Que se expone a que...? ¡Y tú qué sabrás! Ah, no, claro, tú lo sabes todo.

—¡Al menos yo no me escondo ni huyo de la gente que trata de ser amable!

—¿Qué pasa, Kevin? —me pregunta Matty inocente. Lo miro. Los demás están a su lado y me miran también.

—Nada.

—Es mejor evitar el golpe que llegará más tarde —responde Allie en relación a lo que he dicho antes de que Matty me preguntara.

En ese momento tocan al timbre de Allie y la escucho ir a abrir.

—¿De qué la conoces? —me pregunta Bianca, que me está mirando perpleja y sonriente.

—Vamos juntos a clase —digo sin más.

—¿Y? —me incita.

Los pequeños, al ver que se ha acabado la discusión, siguen jugando al fútbol, y yo sigo preguntándome por qué diablos Allie me saca así de mis casillas. ¡Si no la conozco de nada! Debería darme igual lo que piense, serme indiferente, pero no lo es.

—Esta es Allie, la chica que está discutiendo con Kevin.

Me vuelvo y veo a Allie en la puerta con Jenna. Solo ahora me doy cuenta de que Jenna se había ido y que era ella la que había tocado el timbre en casa de Allie.

—Solamente he venido para decirte que siento haberte prejuzgado, pero tú no eres mucho mejor que yo, y que no me escondo de la gente.

—¿Por eso estás tan sola en clase?

—La gente presupone que no quiero hablar con nadie y me ignoran.

—Y a los que no te ignoran, los espantas. Magda y Luna han intentado hablar contigo y tú solo les contestas lo justo.

—¿De verdad quieres que me crea que fuiste amable conmigo porque sí?

Otra vez me mira con ojos enfadados. Es como si le hubiera dicho algo más, aparte de lo del otro día, que la ha ofendido. Hago memoria, pero no encuentro nada.

—Intuyo que quieres que te pida perdón, pero ignoro por qué.

Allie me mira seria, pero luego agacha la cabeza y niega.

—Tú no prejuzgues a nadie y yo tampoco lo haré. Predica con el ejemplo.

—No suelo prejuzgar a la gente.

—Pues con Allison Warhol sí lo has hecho. Y no sabes nada de ella.

—No, pero ella tampoco quiere que nadie sepa nada de ella, salvo que es hermosa y le queda bien la ropa. No se deja conocer. —Allie me mira seria y los dos nos quedamos en silencio—. Bien. —No digo más, pero es que ahora mismo no sé qué más decir. No me sale pedirle perdón, aunque siento que es lo que espera, no pienso que haya hecho nada malo.

—Bien, eso digo yo —comenta Jenna—. Allie, esta es Bianca, una de mis mejores amigas, y la pequeña que está tratando de que la dejen jugar es mi hija Nora.

La niña se acerca a Allie y esta se agacha para admirar su diadema.

—Soy una princesa.

—Tú eres mucho más bonita que una princesa.

Nora le sonrío. Allie acaba de ganarse a la pequeña. Jenna le presenta a los demás niños. Me sorprende la calidez de Allie, algo que no he visto estos días. Me fijo en que hoy también va vestida con ropas anchas —en esta ocasión se trata de un chándal cómodo— y una vez más lleva las gafas en la cabeza como si fueran de sol y se las hubiera dejado como diadema cuando este no le molesta. Qué chica más rara.

—Le dije a Allie que lo que tuviera que decirte, lo hiciera a la cara, pues yo le daba la razón a ella.

—Lo sé —le contesto a Jenna.

—Allie, ¿quieres algo de beber?

—No, ya me voy. Ya he dicho lo que tenía que decir...

—¡No puedes irte! Acabamos de conocernos —la retiene Jenna.

—Si Jenna quiere que te quedes, acabará convenciéndote para que lo hagas —Allie me mira y al final asiente—. Creo que es mejor que firmemos una tregua.

—Sí, aunque sigo sin creer que de verdad fueras atento sin más.

Me sorprende su comentario.

—¿Por qué?

—Porque no. Te puedo asegurar que hasta hace unos meses era tan tonta como para creer que la gente era sincera conmigo..., pero descubrí que no es así.

—Entonces me has juzgado por lo que te pasó, no por como soy. —Allie abre la boca para hablar, pero la corto—: Aunque te entiendo. Ahora comprendo mejor tus palabras.

—Gracias. En el fondo, no creo que seas como dije —admite a regañadientes—. No te veo capaz de reírte de alguien..., aunque puede que me equivoque.

—Claro, siempre puedes equivocarte. Así no vamos a llegar a ningún sitio, ¿sabes?

Allie alza los hombros.

—Da igual. No tenemos por qué caernos bien.

—Cierto.

Nos quedamos en silencio, un silencio solo interrumpido por los pequeños, ya que Jenna y Bianca se han ido a la cocina.

—Creo que es mejor que me vaya.

—No tienes por qué irte.

—Tampoco tengo por qué quedarme. —Empieza a alejarse, pero antes de que se meta en la casa, no puedo evitar hablarle:

—Siento que te hicieran daño en el pasado, pero no deberías privarte de conocer gente nueva. Te lo digo por experiencia. No le puedes cargar a nadie los errores que cometieron otros.

Allie asiente y se marcha. Escucho a Jenna tratar de convencerla para que se quede, pero sé que tiene la batalla perdida. Pienso en Allie. Tiene algo que me hace querer saber más sobre ella; es como si la rodeara un halo de soledad y misterio. No sé por qué no me puede ser indiferente. A la vista de nuestras conversaciones sería lo mejor, pero hay algo en ella que me atrae.

ALLISON

Observo la fiesta desde mi posición, un poco alejada de los demás. No paro de sentir algún *flash* de vez en cuando. Mi padre viene hacia mí y me trae algo de comer, pero no cojo nada. Nunca me apetece comer en estos sitios; solo en las cenas tomo un poco de lo que me ponen. Pienso en las palabras de Kevin, que solo soy fachada, que disfruto de esto, y eso me hace retroceder cuatro años atrás, cuando empezó todo. Yo intentaba hablar con la gente que me rodeaba cuando iba a las fiestas, pero los invitados no querían escucharme, no les interesaba lo que les pudiera decir, solo querían mirarme como si fuera una carísima joya que hay que lucir. Desde entonces entendí cuál era mi sitio y me mantuve al margen, y hasta ahora nunca se ha acercado nadie a hablar conmigo en este tipo de fiestas. Tal vez yo no deje que nadie me conozca, pero tampoco creo que la gente quiera molestarse en hacerlo.

* * *

Llego al instituto y me fijo en que el indicador de la gasolina está muy bajo. Luego tendré que echarle. Espero aclararme, porque nunca lo he hecho, siempre eran los empleados de mi padre los que se encargaban de llenarme el depósito.

Entro en el instituto y, como si mis ojos supieran dónde deben mirar para encontrarlo, me cruzo casi al instante con la mirada de Kevin. Dudo un momento, pero al final le saludo. Por un instante dudo que él me vaya a responder, pero finalmente me saluda con una sonrisa que me deja desarmada. Sé que sonrío a todo el mundo, es muy alegre, pero no sé si a todo el mundo al que sonrío hace que le lata el corazón tan desbocado.

Me siento en mi sitio y me centro en la explicación del profesor sin querer ahondar en este sentimiento. Kevin solo me desconcierta, es solo eso. Bueno, y tiene algo que me hace querer conocerlo más, pero no sé si eso es bueno...

Estoy llegando a la cafetería cuando una chica sale de una clase y casi me arrolla.

—Lo siento —me dice con los ojos llenos de lágrimas.

Se llama Magda y va siempre junto a Luna. No se parecen en nada. Magda es morena, bajita y algo rellenita, de sonrisa fácil y con unos simpáticos ojos marrones, y Luna es muy delgada, con el pelo largo y rubio, ojos azules, y casi nunca sonrío. Pero siempre van juntas y me extraña no verla ahora con Luna. Sé que cuando se me han acercado estos días les he contestado de manera distante pero, como me pasa con Kevin, temo hacer amistad con ellas y descubrir más tarde que son como todos. Pese a eso, no puedo evitar mirar a Magda y enseguida me doy cuenta de que no está bien.

—¿Qué te ha pasado?

—No me pasa nada.

Se aleja de mí y la veo entrar en el servicio de chicas. Preocupada, la sigo y me paro en la puerta cuando la cierra de un portazo.

—¡Allie!

Me vuelvo y miro a Kevin venir hacia mí.

—¿Has visto a Magda?

—Sí, está dentro de los lavabos. ¿Sabes por qué está así?

—Sí —comenta serio—. Están haciendo las pruebas para animadoras, Magda se quería presentar y Sindy la ha ridiculizado. Venía a ver qué tal estaba. Es muy sensible y Sindy no tenía por qué hacer algo así.

Me sorprende que Kevin haya visto eso en Magda y me quedo mirando, impresionada, sus ojos verdes. ¿Quién es Kevin realmente? La imagen que da no encaja con su forma de ser. Yo mejor que nadie sé que la imagen no lo es todo y que no cuenta nada de cómo es en verdad una persona, pero aun así... Sin embargo, rápidamente suena en mi cabeza la voz de Kevin diciendo: «No me prejuzgues».

—Voy a entrar a ver qué tal está —le digo.

—Vale. Te espero aquí.

Asiento y, sin más, entro en el aseo. Cuando lo hago, me encuentro con Magda tratando de borrar con agua fría los rastros de lágrimas que quedan por su cara.

—Sé lo que ha pasado —le digo sin más.

—Tenía que haber hecho caso a Luna. Ellas nunca admitirían a alguien como yo en su equipo.

Los ojos se le vuelven a llenar de lágrimas.

—Y tú, ¿por qué querrías estar con alguien como ellas?

—¿Por qué...? —Me mira sin comprender, pero mientras piensa la respuesta deja de llorar.

—¿Sí?

—No sé..., quería algo bonito. Formar parte del grupo de chicas guapas..., ser especial. Y además, me gusta mucho bailar. ¿Por qué ni siquiera me dan una oportunidad de probar si tengo talento o no? ¿Tan malo es querer ser como las chicas hermosas que admiras?

«¿Es tan malo?», me pregunto. Mucha gente me admira y yo..., yo ahora huyo de mi vida y engaño a todo el mundo porque quiero ser normal, quiero tener un respiro de mi vida de revista y aprender de una vez que la gente al final va a lo suyo...

—Tú ya eres especial.

—¿Por qué dices eso? No me conoces.

No, no la conozco, y ella tampoco me conoce a mí. La gente me admira. ¿Por qué? ¿Qué pasará cuando ya no sea un físico bonito? ¿Cuando los años pasen y no haya nada que admirar, cuando se pase la moda? ¿Qué será de mí?

—¿Allie?

—Estoy bien.

Tocan a la puerta y Kevin pregunta desde fuera si puede entrar.

—Pasa, Kev, estamos solo Allie y yo.

Kevin abre la puerta y me mira antes de observar a Magda.

—Magda, esto ya pasó el año pasado...

—El año pasado no estaba Sindy. Natalia era la capitana.

—Para el caso, es lo mismo. Ellas nunca dejarán que seas una animadora.

—Lo sé, sabía que esto podía pasar, pero tenía la esperanza de que este año fuera diferente.

—Lo siento, Magda, tú vales mucho más que ellas. Sabes que siempre puedes venir a animar a mi equipo de barrio. Ellos sí saben apreciar a las buenas animadoras.

Magda le sonrío y le da las gracias.

—De nada. Y ahora, no dejes que nadie note lo mucho que te afecta su negativa. Sindy nunca debe saber que te hace daño.

—Sí, tienes razón. No sé como pudiste ser su novio.

Observo a Kevin. Este me mira serio, como si supiera lo que estoy pensando.

—No me juzgues, Allie.

—Es un poco difícil cuando te sentiste atraído por alguien como ella...

Magda sale en defensa de Kevin.

—Bueno, Sindy no era así cuando vino este verano. Parecía una buena chica, y hasta se hizo amiga mía y de Luna. Luego descubrimos que solo era un plan para cazar a Kevin. Él era el chico más popular del instituto y ella lo sabía. Solo quería hacerse famosa para llegar a ser la capitana de las animadoras cuando empezara el curso, y en cuanto lo consiguió empezó a cambiar. Y luego, cuando Jack montó su grupo de música y empezó a ser famoso en el pueblo, dio a Kevin de lado y se interesó por Jack. Es una falsa y una mentirosa.

—Algo que yo odio —añade Kevin.

—La mentira es lo peor que hay —alega Magda dándole la razón.

Bien, genial. No solo he metido la pata al suponer que a Kevin le había gustado Sindy a pesar de su horrible personalidad, sino que ahora sé que si él se enterara de que le estoy mintiendo, me odiaría y ni siquiera dejaría que me explicara... Bueno, tampoco tengo especial interés en contarle la verdad, solo está de paso en mi vida. Luego me iré y ni yo lo recordaré a él, ni él a mí..., aunque esto último lo tengo más claro que lo primero.

—¡Estás aquí! —Luna entra en los aseos. En cuanto ve los ojos de Magda algo llorosos, la señala con el dedo—. ¡Me prometiste que no te presentarías!

—Lo siento..., pensaba que esta vez me cogerían.

Kevin se disculpa y se va del servicio, y yo hago lo mismo. Cuando salgo, me sorprende ver a Kevin esperándome.

—Gracias por hablar con Magda. No se merecía el desprecio de Sindy.

—Nadie se lo merece. No sé cómo pudiste salir con ella... —Kevin abre la boca para hablar, pero sonrío y le corto—. Pero a mí me pasó algo parecido y te comprendo. A veces las personas nos engañan. —«Como yo a ti», pienso.

—Sí, pero al final la verdad siempre sale a la luz.

—No se puede mentir eternamente —digo más para mí que para él.

—No, no se puede.

—¿La querías?

—¿A Sindy?

Asiento. Kevin sonrío y niega con la cabeza.

—No, solo me sentía atraído por ella y por lo que creía que era.

—Es bonita.

—La belleza no lo es todo.

—No, pero gracias a ella mucha gente obtiene más cosas...

—Sí.

Empezamos a andar hacia la cafetería. Me apetece prolongar mi encuentro con Kevin. Tal vez esté disfrazada, en mi vida real también lo estoy, pero he decidido que no voy a mentir a Kevin más de lo necesario; algo me impide hacerlo.

—Y tú, ¿lo querías?

No sé a qué se refiere, hasta que caigo en la cuenta de que me pregunta sobre mi ex.

—No. Cuando me dejó, sentí dolor por su engaño, pero no por perder lo que teníamos. Me di cuenta de que hasta nuestra relación era mentira.

—Estás mejor sin él.

—Sí, eso pienso yo. —Llegamos a la cafetería y nos quedamos en la puerta—. ¿Qué pasó con Magda exactamente?

—Estábamos en el gimnasio haciendo las pruebas de baloncesto cuando escuchamos unas risas. Nada más ver entrar a Magda, Sindy se rio de ella.

—Desgraciada. ¡Tiene el mismo derecho que ella a ser animadora! —Siento rabia porque Sindy se sienta superior a Magda, y digo enfadada—: ¡No es justo!

—No, no lo es. Pero no grites, que se han vuelto algunas personas a mirarte.

Miro a Kevin y este me observa de manera enigmática. Abro la boca para hablar pero el timbre que anuncia el comienzo de la siguiente clase me corta.

Nos dirigimos hacia el aula y cuando llego, pienso en algo.

—Después de lo que te hizo Sindy, ¿tú no juzgas a todos por el mismo rasero? —le pregunto, curiosa e impactada por este hecho.

—No, eso sería darle demasiado protagonismo.

—¿Pero y si...? —Lo miro pero niego con la cabeza—. Nada, da igual.

Entro en clase y me voy a mi sitio, pensando en lo que iba a decirle. ¿Y si la gente me engañó porque yo no me merecía otra cosa? ¿Y si él está equivocado y la gente solo se acerca a uno por interés? Al fin y al cabo él no lo sabe, pero otra vez le han vuelto a engañar, pues yo no estoy siendo sincera con él. Esto me da la razón a mí. Pero tenerla no me hace sentir mejor, solo que mi soledad se intensifique más.

CAPÍTULO 4



KEVIN

Termino de servir otra mesa en la pequeña cafetería donde trabajo. Está dentro de un centro comercial, a menos de media hora del pueblo. Paso tras la barra. Son las siete, aún me quedan dos horas para salir.

—¡Kevin!

Me giro a ver quién me ha llamado y veo a una chica con cuatro jóvenes, más o menos de mi edad, mirándome y saludándome con la mano. Sonrío por educación. Me dijo que se llamaba Clara, viene dos veces por semana, sola o acompañada, y aunque se me ha insinuado más de una vez, nunca le he seguido el juego.

—¿Qué os sirvo?

—Vamos, Kevin. ¿Ni un hola, ni nada? Y yo que hoy me esperaba dos besos — comenta poniendo morros. Sus ojos negros me estudian con interés, sin ocultar nada.

—Hola. ¿Qué vais a tomar? —repito sonriendo, pero ignorándola. Sus amigas me dicen lo que quieren y lo voy apuntando en mi libreta.

—Yo lo que quiero no está en la carta... ¿O sí? —dice cuando llega su turno, pero yo, como si oyera llover.

—¿Te pongo lo de siempre, un refresco de naranja?

—Qué soso eres. Sí, ponme lo de siempre.

Me voy tras la barra a preparar las bebidas y no tardo en regresar a la mesa con su pedido. Clara, una vez más, trata de insinuármeme, pero yo sigo a lo mío.

Estoy limpiando el expositor de la bollería cuando observo por el rabillo del ojo que alguien se sienta en uno de los taburetes de la barra. Alzo la cabeza para atenderla y sonrío al ver de quién se trata.

—Hola, Allie.

Allie se sobresalta y luego me contempla.

—¡Kevin! ¿Qué haces aquí?

—Es que trabajo aquí.

—Vaya, no lo sabía.

Me coloco enfrente de ella y le pregunto:

—¿Qué querías?

—Me apetece un refresco... —Tuerce el morro, dudando. No creo ni que sea consciente de su gesto—. Un zumo de piña.

Asiento y se lo sirvo junto con unas patatas.

—A las patatas invita la casa. —Al zumo también, pero eso no se lo voy a decir de momento.

—Gracias, pero no como patatas.

La miro extrañado y abro la boca para decir algo, pero soy interrumpido por Clara:

—Kevin, ¿puedes venir un momento?

—Qué remedio —le digo flojito a Allie y esta me sonrío.

Voy hacia la mesa de Clara y cuando atiendo su pedido, nuevamente desoyendo sus insinuaciones, me voy hacia otros clientes que acaban de entrar. Mientras estoy en la barra preparando los pedidos, observo a Allie de reajo. Está viendo la tele, pero no parece que los vídeos de música que ponen en ella le interesen. Se toma su zumo lentamente; parece distraída y sola, muy sola. No sé por qué tengo esta sensación, pero no es la primera vez que la percibo en ella.

Le pongo una tapa de tortilla. Allie niega con la cabeza, pero no se la retiro. Cuando tengo a todos los clientes servidos, me pongo a fregar platos justo enfrente de ella.

—Tienes mucho trabajo.

—Y tú, poca hambre. —Solo ha pegado un pequeño bocado a la tapa.

—No debería comérmelo...

—No deberías hacerme el feo de rechazarlo.

Allie me mira con sus misteriosos ojos, finalmente asiento y se la come. Me desconcierta la forma en que lo hace: muy elegante, a bocados muy pequeños.

—No me voy a asustar si te lo comes a dos carrillos.

—Yo... —Me mira dudosa y luego asiento.

—¿Qué hacías por aquí? —pregunto mientras seco unos vasos.

—He venido a dar una vuelta. Me apetece pasear tranquilamente.

—¿Y lo has disfrutado?

—Ha sido raro, pero sí, me ha gustado. Además, he venido en autobús; hacía años que no montaba en uno —lo dice de una forma inocente, como un niño cuando descubre algo nuevo.

La miro intrigado. Sé por sus gestos que no me está mintiendo ni tomando el pelo, pero Allie debe de tener unos dieciocho años. ¿Y hacía tiempo que no montaba en un autobús de línea? Es raro.

—Deberías hacerlo más a menudo.

—Eso haré. Muchas gracias por el montadito, está muy rico.

—De nada.

—¡Kevin!

Me vuelvo hacia Clara y le sonrío como a todos mis clientes.

—Le gustas —me comenta Allie.

—No me había dado cuenta —le respondo irónicamente, y ella me sonrío. Me acerco a la mesa de Clara, que me pide la cuenta. Trato de que no se note lo mucho que me alegra que se vayan. Cuando le cobro, me deja en la mano una nota.

—Nos vemos.

Salen del local y voy hacia la barra, dejo el dinero en la caja y la nota en la basura, como las otras que me ha dado.

—¿Quieres alguna cosa más?

Allie me mira y niega con la cabeza.

—Debería irme a casa.

—Yo salgo a las nueve, no queda mucho. Si quieres, te acerco a tu casa.

Allie se lo piensa y luego asiente.

—Esta mañana me ibas a decir algo, pero te callaste. ¿Qué era?

Allie se sobresalta y niega con la cabeza.

—Nada importante.

—Vamos, Allie. Si te preocupa, es que es importante.

Ella me mira y otra vez veo esa soledad en sus ojos, y también la duda de si decírmelo o no.

—Es... —Me mira con intensidad—. ¿Y si la vida te demuestra una y otra vez que la gente solo es buena contigo porque espera sacar algo a cambio?

La observo intrigado y, cuando me llaman otros clientes, casi maldigo por la interrupción.

—No te muevas de aquí —le digo, como si temiera que fuera a salir corriendo.

Cuando regreso a su lado, Allie está seria.

—No me he ido.

—Pero te ha costado no hacerlo.

Allie se sorprende de que lo sepa y yo, de haberlo adivinado. No la conozco tanto como para entender tan bien sus gestos.

—Sí.

—En respuesta a tu pregunta, lo que suele buscar la gente es no sentirse solo, hablar, compañía, amor, cariño...

—No me refería a eso... La gente que se ha acercado a mí lo ha hecho por interés, no por lo que yo les pueda aportar como persona.

—Siento que hayas vivido eso, pero no todo el mundo es así.

—Yo no estoy tan segura.

—O tal vez no quieras arriesgarte a descubrir que no tienes razón.

—Es mejor dejar este tema...

—No pasa nada porque hablemos.

—Sí pasa. Porque ¿quién me dice que tú no eres como toda la gente que he conocido hasta ahora?... Mira, lo mejor es que me vaya. Esto es una pérdida de tiempo.

—Siento que hablar conmigo lo consideres una pérdida de tiempo. —Allie saca su dinero para pagar—. No, te invito.

—No hace falta. —Me deja dinero sobre la barra y se va casi corriendo.

Otra vez me ha enfadado. ¿Qué tiene Allie que, a la vez que me intriga, me exaspera? No lo sé, pero me sigue dando la impresión de que lo hace solo para protegerse.

Termino mi jornada y me cambio los pantalones negros y la camisa blanca del uniforme por unos vaqueros y una camiseta negra. Recojo mis cosas y me dirijo hacia el ascensor para bajar al aparcamiento. Estoy llegando a mi coche cuando me parece ver a alguien apoyado en él. Al principio temo que sea Clara, que ha descubierto cuál es mi coche, pero enseguida me doy cuenta de que es Allie. La miro extrañado mientras las distancias se acortan. Lleva un vaquero ancho y una camisa bastante holgada de color blanco. Tiene un estilo de vestir peculiar, pero no me disgusta. Está mirando el suelo y una vez más lleva las gafas puestas como diadema.

—Hace poco que te pusieron las gafas, ¿verdad?

Allie se sobresalta y se lleva la mano a la cabeza.

—Más o menos. No me acostumbro, la verdad. —Se las pone sobre el puente de la nariz y me observa seria—. Lo siento. Siento no saber ser de otra manera.

—No pasa nada. Sube, te llevo a tu casa.

Allie acepta y abro el coche para que pueda entrar.

—Pon la emisora que quieras —le comento.

—Esta está bien.

Nos quedamos un rato en silencio hasta que decido romperlo.

—¿Qué te ha ocurrido en el pasado para que pienses así?

Miro a Allie de reojo un momento y me parece ver como se le llenan los ojos de lágrimas. Sin embargo, las contiene sin mucho esfuerzo, lo cual me hace pensar que sabe esconder sus lágrimas y sus sentimientos, que lo hace a menudo.

—Es una historia un poco larga, no sé si te apetece escucharla.

—Si no quisiera escucharla, no te lo habría preguntado.

—Cierto.

Allie se queda en silencio y por un instante pienso que no va a decir nada, hasta que empieza a hablar.

—Nunca he tenido amigos de verdad. Antes creía que los tenía. En realidad siempre supe que no lo eran, pero algo era mejor que nada.

—Lo siento. En cualquier caso, eso no significa que tenga que ser siempre así.

—Ya, pero... no es fácil.

—No, la vida no es fácil. Pero si te encierras en ti misma, no podrás conocer a nuevos y verdaderos amigos. Si yo hubiera hecho eso, no habría conocido a mi hermano ni a su familia.

—¿Tu hermano?

—Te invito a cenar y te lo cuento.

—No hace falta.

—Lo sé, pero no me gusta que pienses así.

—¿Tienes alma de buen samaritano?

—No puedo evitar ayudar a la gente. Cuando yo lo necesité, mucha gente me ayudó desinteresadamente.

—¿Y si yo no necesito ayuda?

—¿Tampoco quieres escuchar mi historia? —le digo sonriente.

—Sí, eso sí.

—No sé por qué insisto en hacerte cambiar de parecer —le comento con una sonrisa.

—Yo tampoco, la verdad. Tú mismo. En el fondo espero estar equivocada, pero tengo miedo de...

—... De quitarte la coraza demasiado pronto.

—Sí, eso mismo.

—Lo que tenga que ser, será.

Allie no añade más durante el trayecto hasta el garaje que está debajo de mi casa. Bajamos del coche y subimos en el ascensor hasta la primera planta, para salir a la calle.

—Conozco un restaurante muy bueno que sé que te gustará.

—Solo quiero una ensalada...

—Y algo más, ¿no? —la corto.

—No, no puedo descuidar mi línea —dice tajante y la miro sin poder evitarlo.

—Aunque lleves ropas anchas, se nota que estás delgada... ¿Tienes problemas alimenticios?

—No soy bulímica ni anoréxica, si te refieres a eso. Como lo que debo, nada más.

—Espero no haberte ofendido.

—No, no te andas con rodeos a la hora de decir lo que piensas.

—No, si quiero saber algo, lo pregunto.

Llegamos al restaurante de Blanca. Jorge, en cuanto me ve, se acerca a nosotros.

—Ella es Allie, una compañera de clase.

—Encantado. Ahora mismo os preparo una mesa. Hoy no hay mucha gente, estaréis tranquilos.

—¿Y Neill?

—Está dentro jugando a la consola.

—Qué raro —ironizo.

Jorge sonrío y se aleja. Por las tardes Neill se queda en casa con una niñera que lo recoge del colegio y le ayuda con los deberes. Luego, sobre esta hora, si no han subido ni Blanca ni Jorge a casa a estar con él, lo baja, pero normalmente sube uno de los dos a casa para que cene y se acueste. Yo también me ocupo de él muchas veces, pero desde que nos vinimos a vivir con Blanca, ella se responsabilizó de Neill. No quiso que yo perdiera más años de mi vida cuidándolo, aunque no puedo evitarlo, es mi hermano y para mí no es perder mi vida. A mí me hubiera gustado en su día tener a alguien que cuidara de mí, ya que mi madre no lo hacía.

Nos sentamos y Allie mira la carta.

—Neill es mi hermano pequeño. Tiene ocho años y es un adicto a las videoconsolas.

—Os lleváis muchos años.

—Doce.

—A mí me hubiera hecho ilusión tener un hermano, pero cuando mis padres se divorciaron, mi padre no quiso estar con nadie más, y mi madre no se casó hasta hace poco... No han tenido hijos de momento, pero sé que pronto los tendrán. Ella aún es joven como para poder volver a quedarse embarazada.

—¿Tu madre vive lejos?

—Sí, la veo cada cierto tiempo. Cuando ella decidió abandonar a mi padre...

Allie se calla, como si se acabara de darse cuenta de lo mucho que me está contando de ella misma.

—No sé qué me pasa contigo. Te acabo contando cosas que nunca le había dicho a nadie.

—Tal vez porque te he preguntado.

Allie abre los ojos y asiente.

—Sí, no siento que no te importe... —La veo agachar la cabeza y volver a su actitud fría.

—Por hoy ya me has dicho suficiente. Ahora me toca a mí.

Asiente, más relajada, y la observo intrigado. No sé por qué algo dentro de mí me incita a querer saber más de ella.

CAPÍTULO 5



ALLISON

Miro a Kevin mientras pide la cena. Me ha sorprendido, no solo el hecho de que él supiera que necesitaba dejar de hablar, sino que yo quisiera hablar con él. Por un instante quise contarle toda mi vida, pero tengo miedo; miedo de que esto que me precipita hacia Kevin me hunda cuando me dé cuenta de que todo es mentira. ¿Lo es? No lo sé. Ojalá no sintiera este miedo, pero no puedo evitarlo. No creo que haya nada en mí que le pueda interesar a Kevin, salvo mi título y lo que yo represento como Allison Warhol. Creo que solo está hablando conmigo porque siente curiosidad por la chica nueva y ya está pero, a pesar de eso, me gusta su compañía. Espero que esta desazón que siento en el estómago se calme pronto. A mí también me intriga mucho Kevin.

—¿Os traigo algo bueno?

—Por mí, bien —contesta Kevin a Jorge.

—Yo solo quiero una ensalada.

—Entonces, que sea una ensalada especial. —Y se marcha sin darme tiempo siquiera a contestar.

—Seguro que tiene de todo menos pocas calorías.

—Por un día que te saltes la dieta no va a pasar nada.

—Supongo. Siempre puedo hacer más ejercicio del habitual.

—¿Preocupada por guardar la línea?

—Es importante para mí.

Kevin me observa serio y luego asiente.

—No diré nada, pero a veces no es malo relajarse y dejarse llevar. Y si te apetece algo que no sea ensalada, comértelo.

—Lo tendré en cuenta.

Jorge nos trae la cena y le dice a Kevin que se va a casa con Neill. Kevin se levanta y se acerca un momento a la cocina. Mientras lo veo alejarse, no puedo evitar admirar su amplia espalda y su cintura estrecha. Cuando mis ojos continúan su recorrido hacia abajo y se posan en su perfecto trasero, aparto la mirada sonrojada y contemplo mi ensalada. Tiene muy buena pinta, eso no puedo negarlo, pero las nueces y la salsa que hay sobre el pollo empanado no son muy ligeras precisamente.

Escucho unas voces y veo salir a Kevin con el que supongo será su hermano porque, pese a ser moreno, se da un aire a él. Va absorto en la consola que lleva en la mano y Kevin tiene que guiarlo para que no se choque con las mesas.

—Vamos, enano, ya es hora de que dejes ese chisme —le regaña Jorge cogiéndole de la mano. Neill solo alza los hombros, ignorándolo.

Kevin se sienta a la mesa.

—Tiene buena pinta —dice refiriéndose a la ensalada.

—Sí, pero debe de engordar un montón.

—No lo pienses.

—Eso intento —digo entre dientes.

Kevin me sonrío y miro de nuevo mi ensalada, decidida a comerme todo lo posible olvidando esa voccecita que me dice que luego no me entrará la ropa que tengo que lucir como Allison Warhol. La remuevo y, cuando la pruebo, reconozco que está realmente rica. Hoy casi no he comido y cuanto más como, más quiero, no puedo parar. Solo la risa de Kevin me hace detenerme.

—Sabía que te gustaría. Blanca es una excelente cocinera.

—Es cierto. Mañana me tocará hacer sesión doble de ejercicios.

—Por si te lo preguntas, ni Blanca ni Jorge son nuestros padres, pero ambos nos cuidan como si fuéramos sus hijos.

—No me lo preguntaba. Soy bastante discreta. Si alguien no quiere contarme nada, no lo sonsaco. —En verdad sí siento curiosidad por saber más sobre Kevin, pero no quiero que lo sepa y tampoco me gusta reconocerlo.

—Pregúntame lo que quieras, no te ocultaré nada. De hecho, todo el mundo en este pueblo sabe mi historia.

Dejo el tenedor sobre la mesa y lo miro. Sé que Kevin pretende que baje mis defensas y le pregunte por su pasado, pero no quiero. Siento tantas ganas de que me cuente su historia, y de contarle la mía, que me levanto de la silla para no hacerlo, seguida por sus ojos verdes, que no pierden detalle de mis gestos.

—Gracias por la cena. —Abro el monedero pero Kevin, que también se ha levantado, pone su morena mano sobre la mía sobresaltándome.

—Invito yo.

—Gracias.

Kevin aparta su mano y siento el cosquilleo que ha dejado su contacto en mi piel. Me la toco para dejar de sentirlo y camino hacia la puerta.

—Siento no poder ser de otra forma.

—Y yo, que te acoraces de esa manera. A nadie le hace daño conocer gente nueva, pero te entiendo. Yo no puedo evitar ser como soy.

—Yo tampoco. Adiós.

Salgo agobiada y triste. Triste porque cuando he dicho que no puedo ser de otra forma, he pensado en la que soy en verdad. Y no soy esta joven despreocupada que va a cenar con un chico al que apenas conoce... Aunque me haya gustado, yo no soy así. El problema es que, cuanto más tiempo paso siendo Allie, más siento que me distancio de Allison Warhol, y ya no sé quién soy realmente. ¿Acaso toda mi vida es una mentira? ¿Me mintieron mis antiguos amigos o yo les mentía a ellos? Ya no sé qué pensar.

* * *

Cuando llego al instituto a la mañana siguiente, aún estoy agobiada. No he podido dormir en toda la noche. Mi padre me llamó y, como notó que algo no iba bien, me pidió que pasáramos la tarde juntos. Sin embargo, no sé si estoy preparada para contarle algo que ni siquiera yo entiendo.

Al entrar en mi clase, veo a Magda con Luna sentadas detrás de mi mesa; se han debido de cambiar de sitio. Me saludan y hago lo mismo.

—No sé cómo lo hace —dice Magda—. ¿Cómo puede conseguir la ropa de Allison Warhol tan rápido? Es una lástima que no haya modelos de mi talla. —Miro a Sindy, y luego a Magda. ¿No hay modelos de su talla?

—¿No los hay? —pregunto; es algo que desconocía.

—No, y aunque los hubiera, no me quedarían bien. Ese tipo de ropa está diseñado para jóvenes perfectas. Como si las demás no quisiéramos lucir bonitas.

Saco mi móvil y me levanto. Tengo que hablar con mi padre enseguida, saber si esto es cierto y por qué.

—¿Dónde vas? El profesor acaba de entrar —me pregunta Magda curiosa.

Me siento al ver que tiene razón. Detrás de él llegan Kevin, Jack y una de mis compañeras de clase que siempre está pegada a Kevin. Este nos saluda y le respondemos. Me mira de manera enigmática y no me extraña; debe de pensar que soy estúpida. Mejor así.

Comienza la clase y aunque tomo apuntes y trato de atender al profesor, sigo distraída pensando en lo que ha dicho Magda. Cuando llega la hora de Educación Física, voy a los cuartos de baño a cambiarme de ropa. Me tiro de la peluca para ver si aguanta. Le comenté a mi padre mi preocupación por mis clases de gimnasia y él enseguida me hizo llegar una peluca reforzada con una nueva técnica que ha ideado mi tío para que no se mueva si tengo que hacer volteretas y parezca pelo de verdad. Y por lo que parece, funciona. Me hago una coleta y salgo de los servicios para ir al gimnasio; casi toda mi clase ya está allí.

La profesora nos hace calentar antes de correr. Llevamos solo unos minutos corriendo cuando Magda se detiene y se va hacia delante. Kevin, más rápido que yo, la coge antes de que se caiga al suelo y la ayuda a sentarse en una silla que ha traído la profesora, que le hace poner la cabeza entre las piernas.

—Relájate —le dice Kevin y luego pregunta a Luna—: ¿Otra vez se ha puesto a régimen?

—Claro que lo habrá hecho —salta Sindy—. Aunque algunas nunca podrán dejar de estar gordas por mucho que hagan.

—Ella al menos no es una bruja —digo entre dientes, pero para mi desgracia, todos se callan en ese momento y se me quedan mirando.

—¿Qué has dicho? —me reta Sindy.

Tomo aire y decido no callarme. Estoy harta de aceptar sin más. Aquí nadie sabe quién soy, no tengo por qué guardar las formas ni callarme lo que pienso.

—Que eres una bruja.

Sindy alza la mano, pero yo soy más rápida y se la pongo tras la espalda haciéndole una llave. Mi padre, temiendo que pudieran lastimarme, me apuntó desde bien pequeña a clases de defensa personal.

—Yo que tú no me golpearía. Si no, la próxima vez te romperé el brazo.

—¡Suéltame!

—No hasta que le pidas perdón a Magda.

—¿Y por qué iba a hacerlo? No he dicho nada que no sea cierto.

Le aprieto, pero la profesora nos separa y me manda al despacho del director. La escucho sorprendida. ¿Sindy casi me pega una bofetada y a ella no le dice nada? En mi otro instituto no era así. Claro que yo nunca hice algo como esto, pero si iba mal en los estudios siempre hacían la vista gorda por ser quien era. Aquí nadie sabe quién soy, me recuerdo. Asiento y salgo del gimnasio para ir a ver al director.

La profesora, que ha venido detrás de mí, le da parte al director de lo que ha pasado y luego nos deja solos. Este me dice que aquí no admiten ese tipo de comportamientos; no me pregunta mi versión ni la profesora ha mencionado que lo hice porque ridiculizó a una compañera y luego quiso golpearme. Es injusto. El director me advierte que si vuelvo a hacer algo así, me expulsará una semana como medida disciplinaria. Asiento y salgo enfadada de su despacho. En mi otro instituto simplemente me dejaba llevar. Muchas veces sentí el impulso de salir en defensa de alguien, pero nunca lo hice. No se esperaba eso de mí y no podía arriesgar lo que tanto me había costado lograr con las empresas de mi padre. Callé muchas veces, miré para otro lado otras tantas, así que no soy mejor que Sindy, y saberlo me hace sentir miserable...

Al entrar de nuevo en el gimnasio, escucho a Sindy comentar que aún les falta una animadora para el equipo y que la profesora les ha dado permiso para hacer la prueba en lo que queda de clase.

—¿Estás bien? —me pregunta Magda, y asiento—. Gracias.

—No tienes por qué darlas —le contesto a Magda.

—Yo creo que sí. Nunca me ha defendido nadie de esa forma, salvo Luna. Ha sido alucinante.

—No ha sido nada.

—No sé para qué piden animadoras, si luego no dejan hacer las pruebas a todas.

Siento que alguien me observa y me vuelvo. Los chicos están jugando al baloncesto y Kevin me está mirando intrigado. Asiento como si fuera eso lo que espera, como si sus ojos verdes me preguntaran si va todo bien, y por lo que parece era eso lo que quería, pues lanza el balón que tenía en las manos y encesta antes de seguir con el entrenamiento.

—Veo que el director te ha dado un aviso nada más —me comenta la profesora y asiento—. Podrías haber usado esa energía para hacer la prueba de animadora.

—No se la hacen a todo el mundo.

—Se la hacemos a todo el mundo que sabe bailar —contesta Sindy.

—Yo creo que más bien se la haces a todo el mundo que, según tú, da la talla.

—Cierto, y tú no la das. Si te pones esas ropas es porque quieres esconder un cuerpo fofo.

—¡Sindy! —la recrimina la profesora.

—Lo siento, pero usted comprenderá que no todo el mundo puede ser animadora.

—Yo creía que el requisito era que supieran bailar —digo.

—Y ser bellas a la vista también. No queremos que el público salga espantado, ¿verdad?

Sus amigas se ríen.

—No lo veo así. Si se sabe bailar, eso es lo que la gente admirará.

—Yo soy la capitana, quien tiene la última palabra sobre quién entra y quién no, y tú no estás dentro.

—No he dicho que quiera estar dentro.

—Ah, claro, tú hablas por hablar. Seguro que ni siquiera sabes bailar, solo golpear y hacer daño. Te has unido al grupo adecuado: la gorda, la palillo y ahora, la rarita.

—¿Y si sé bailar? ¿Y si te demuestro que soy mejor que tú?

—Lo dudo, pero de ser así, me pensaría hacerte una prueba.

—A mí no, a Magda.

La aludida abre los ojos como platos, asustada.

—No, yo no...

—Acepto. No eres mejor que yo. Nadie es mejor que yo.

Asiento y me giro nerviosa, pensando en si me he vuelto loca, pero de todas formas le tiendo las gafas a Magda y hago unos calentamientos. ¿Qué me sucede? Pues sencillamente que estoy harta de las abusonas y que la libertad que me da el anonimato está sacando una nueva faceta mía.

—¿Sabes bailar? —me pregunta bajito Magda.

—Sí, pero odio ser animadora.

Y es la verdad, siempre ha sido así, pero me dejé llevar. Como llevo haciendo desde hace años.

—¿Allie? —Miro a Magda y niego con la cabeza.

—Estoy bien. Vamos a conseguirte una prueba.

—No sé si quiero exponerme a hacer el ridículo...

—Sindy es la única que hace el ridículo, ¿vale? —le digo tajante.

—Ya, pero es la hija de un conde. Al principio lo llevó muy en secreto, pero no tardó en salirle la vena aristocrática. No acudía a los bailes de sociedad porque su padre estaba de viaje, pero él regresó esta semana, así que empezará a acudir a ellos y a presumir de su estatus.

Me tensó y me vuelvo hacia donde están la profesora y Sindy. Me sorprende mucho no haberla visto en los bailes que frecuento; algo no me cuadra. Tal vez sea cierto lo de su padre.

—Le haré una demostración, para que vea que no tiene nada que hacer —la oigo decir.

Me aparto para dejarle espacio y voy hacia donde están Magda y Luna, aceptando su reto.

Sindy pone música y baila delante de todos. Aunque me cueste, debo admitir que es muy buena. Varios chicos de la clase han dejado de jugar al baloncesto y se acercan a mirarla, y por sus caras sé que les gusta lo que ven. Sindy sabe muy bien cómo atraer las miradas de los hombres y además está muy segura de sí misma. Y para colmo, tiene un cuerpo perfecto. Es normal que Kevin se sintiera atraído por ella. Lo busco y lo veo no muy lejos, y él, como si notara que lo estoy observando, me mira. Kevin y Sindy debían de hacer muy buena pareja a simple vista, pero por lo poco que conozco a Kevin, sé que busca algo más que una cara bonita... o eso al menos es lo que quiero creer.

Aparto la mirada al tiempo que Sindy acaba su ejercicio y todos la aplauden.

—No quiero hacer la prueba..., voy a hacer el ridículo. No sé en qué estaría pensando.

Me giro hacia Magda. Su inseguridad me hace coger fuerzas.

—Tendrás tu prueba y la dejarás con la boca abierta.

No digo nada más y mientras ponen la música pienso en qué baile hacer, pero enseguida lo tengo claro: el baile que mi amiga nunca aprobó porque consideraba que no era lo suficientemente bueno para nuestro grupo de animadoras.

Cuando suena la música comienzo a bailar, o más bien a mezclar mis conocimientos en defensa personal con pasos que usaba en mi antiguo equipo de animadoras. Como colofón, me voy hacia el final de la clase, hago varios ejercicios acrobáticos de suelo y, para finalizar, una voltereta en el aire sin usar las manos seguida de un *spagat* en el suelo. Cuando acabo, el silencio de la clase es tan abrumador que, una de dos: o lo he hecho

fatal, o se me ha caído la peluca. La camisa sé que no se ha salido del pantalón y, para asegurarme de que la peluca está en su sitio, me llevo la mano a la cabeza. Está todo correcto. Dudosa, miro el corro de mis compañeros, que por fin empiezan a aplaudir.

—¡Ha sido increíble! —dice uno de ellos mientras me levanto.

Sonrío. Aunque esperaba hacerlo bien, tenía miedo de que, como me dijo mi examiga, fuera un baile horrible.

—Magda tendrá su prueba —alega sin más la profesora—. Y tú, jovencita, deberías pensarte seriamente entrar en el equipo.

—Para eso tendría que estar a gusto con el resto de las animadoras y no creo que sea posible.

La profesora asiente y le dice a Magda que se prepare para hacer su prueba.

—Suerte —le digo cogiéndola de la mano.

—Va a hacer el ridículo —comenta Luna cuando nuestra amiga se aleja—. Habría sido mejor que hubieras bailado mal. Antes o después, Magda se habría repuesto de que no le dejaran hacer la prueba, pero si la clase se ríe de ella, la hundirán en la miseria.

—¿Acaso no se ha preparado la prueba? —digo sintiendo un repentino vértigo en el estómago.

—Oh, sí, muchísimo. Hasta yo me he aprendido los pasos de tanto verla repetirlos —comenta Luna—. Pero la clase no apreciará su talento.

Miro a Magda. Está sonriente y feliz de hacer su prueba, al fin. ¿La habré condenado a un mayor fracaso? Espero que no.

Magda empieza a bailar y lo hace realmente bien, tiene mucha clase y estilo; sin embargo, no tardo en escuchar las risas: Sindy está metiéndose con Magda y la gente de su alrededor la secunda.

Magda, al darse cuenta de las risas, pierde el equilibrio y cae al suelo de mala manera. La gente estalla en carcajadas por la caída, olvidando lo bien que lo estaba haciendo. Dios, ¿qué he hecho? Abandono el gimnasio agobiada. Echo a correr, salgo por la puerta del instituto y sigo corriendo, hasta que alguien me coge del brazo y me detiene. Sé quién es antes de que abra la boca.

—No pasa nada, Allie.

—Sí pasa. Yo no... No esperaba que saliera así... ¡¿Pero en qué mundo he vivido?! ¡Soy una ilusa!

Kevin me gira y me seca las lágrimas. ¿Por qué no he podido retenerlas? ¡Siempre puedo!

—Relájate.

—Por mi culpa se han reído de Magda. Yo solo quería que Sindy le diera una oportunidad, no que se rieran más de ella.

Estoy perdiendo los papeles. Kevin me lleva con él hacia un banco y me obliga a sentarme, sin yo ser muy consciente de ello.

—Respira, vamos, respira.

—Y lo peor es que no soy mejor que Sindy... Yo no quería reírme de nadie, yo solo... —Miro a Kevin, parece preocupado— solo quería encajar.

—Intuyo por lo que dices que en tu otro instituto ibas con el grupo de las populares. ¿Eras animadora también?

Asiento.

—Yo no me burlaba de nadie y no recuerdo haberme reído... Pero estoy confundida...

—No eres como Sindy...

—Sí lo soy. —«Soy igual de mentirosa que ella», pienso, pero esto no se lo digo.

—Sindy nunca hubiera hecho por nadie lo que has hecho tú por Magda, te lo puedo asegurar.

—Pero aun así la quisiste. Algo bueno tuviste que ver en ella.

—No la quería, solo me atraía.

—Bueno, es normal, es muy guapa.

—La belleza no lo es todo. Sigue siendo tan guapa como cuando la conocí, pero su personalidad se ha cargado lo hermosa que pueda ser por fuera; ahora solo veo cómo es ella por dentro.

—¿Y si no hay nada dentro? ¿Y si su belleza es lo único que una persona tiene que ofrecer?... Lo siento, no tengo por qué preguntarte estas cosas. Como si tú lo supieras...

Me levanto y Kevin me responde:

—Si solo tiene belleza exterior, al final la vida hará que se quede sola. La belleza es efímera.

Siento un gran nudo en la garganta. Yo también pienso como Kevin, y el hecho de que hasta ahora mis mejores amigos sean mis padres dice mucho de lo que yo soy en verdad: solo una belleza vacía.

—Gracias por ser tan sincero.

Empiezo a irme, pero Kevin me detiene.

—Allie, tú no eres solo una cara bonita.

Me vuelvo, creyendo que no he escuchado bien.

—¿Me ves bonita? —Estoy casi a punto de decir «así vestida», pero me muerdo la lengua a tiempo.

—Claro, tienes unos ojos rasgados muy bonitos, de un color un tanto peculiar, y una sonrisa preciosa.

—Entonces, solo soy una belleza vacía.

—Es muy triste que pienses eso de ti misma, pero si tú no ves nada bueno en ti, nunca conseguirás que los demás lo vean.

—¿Por qué eres así?

—¿Así cómo?

—Así de sincero, de maduro, de adulto...

—La vida me ha hecho ser como soy. Y si tú crees que eres una belleza vacía, tal vez sea porque la vida te ha llevado a ser eso. De ti depende adónde quieres que te lleve tu vida a partir de ahora y lo que quieras ser mañana.

—Depende de mí... —lo digo afirmándolo, pero en realidad lo siento como una pregunta.

—Sí, para bien y para mal, lo que hacemos y lo que nos ocurre siempre es decisión nuestra. Y ahora vamos a clase si no quieres que el director te llame a su despacho otra vez.

Kevin echa a andar y yo lo sigo como si un hilo tirara de mí. ¿Qué habrá vivido para ser como es? ¿Qué lo habrá hecho madurar tan pronto? No lo sé, pero me muero por descubrirlo. Y lo peor es que cada vez encuentro menos razones para no hacerlo.

CAPÍTULO 6



KEVIN

Llego a casa después de trabajar. Nada más abrir la puerta escucho la voz risueña de Laia y, cuando entro en el salón, la veo frente a la mesa del comedor con un montón de regalos para repartir en la boda.

—Hola, Kevin —me dice Adair—, llegas justo a tiempo.

Miro a Adair, que tras saludarme empieza a irse a la cocina.

—¡Eh, tú, no te escapes! —le dice Laia a su novio, pero este ya lo está haciendo.

—Te dejo en buenas manos, yo ya he cubierto mi cupo por hoy, marea un poco a Kevin ahora.

Laia lo mira seria un segundo, pero no tarda en volverse sonriente hacia mí.

—¿Me ayudas a elegir?

—Claro.

A los cinco minutos sé por qué no hay nadie más en el salón y están todos escondidos en la cocina. Si por Laia fuera, los regalaría todos. Según ella, todos son perfectos. Coge uno, me dice por qué es perfecto, luego por qué no termina de convencerle, y coge el siguiente. Ya no sé cuáles hemos mirado y cuáles no.

—No sé, no soy capaz de decidirme por ninguno...

—Aún queda tiempo —le comento, dando disimuladamente un paso hacia la cocina.

—Sí, pero cuanto antes los encarguemos, mejor. ¿A ti cuál te gusta más? —dice cogiéndome del brazo. No tengo escapatoria.

Miro todos los regalos que hay en la mesa. La mayoría me parecen chorradas que no se usan nunca, pero que tal vez a Laia le gustaría dar. Me fijo en uno; es una cajita con cuatro bombones dentro.

—Este. Así, si no les gusta la caja, siempre se pueden comer los bombones.

—Mira, pensamos igual —comenta Adair saliendo de la cocina con un refresco en la mano.

—No sé... Lo pensaré. ¿Me ayudáis a recoger esto?

Asentimos y salen también los padres de Adair a ayudar. «Ya nadie tiene por qué esconderse», pienso sonriendo. Tras recoger, ponemos la mesa y cenamos hablando de los preparativos de la boda. Laia está muy ilusionada y nerviosa, quiere que todo salga

perfecto, y Adair le sonríe con cariño en más de una ocasión. Yo ya me he acostumbrado a ver lo mucho que se quieren como algo normal, pero antes de conocerles pensaba que el amor era algo enfermizo, algo que te hacía cometer locuras que afectaban a tus seres queridos. Ahora, después de tres años aquí, viendo como Blanca y su marido, Adair y Laia y sus amigos han encontrado a una persona a la que amar y con la que compartir tanto lo bueno como lo malo, me he empezado a replantear si estar enamorado de la persona adecuada no será más algo que te da fuerzas en vez de una obsesión. Quizás un día, cuando sienta esto por alguien, lo descubra... aunque lo dudo. En veinte años no he conocido a nadie que me haga perder la cabeza hasta ese punto y, conociendo a mi madre, no s  si es mejor dejar las cosas como están y no tentar a la suerte, no vaya a ser que yo sea como ella.

Sin poder evitarlo y sin saber por qué, pienso en Allie, pero enseguida descarto ese pensamiento. Hay algo en esa chica que me atrae. Tal vez solo sea la soledad que veo en sus ojos cuando cree que nadie la est  mirando, o quizás sea algo más. Pero no s  cómo es; a veces tengo la sensación de que ni ella misma lo sabe. Siempre actúa con miedo de dejarse llevar, de hacer lo que de verdad siente, y eso me pone alerta. Me hace pensar que solo está interpretando un papel para encajar, una vez más, como ya me reconoció que hizo en el pasado. Pero, a pesar de todo, algo me empuja a seguirla con la mirada y a estar con ella.

* * *

Llego al instituto y aparco cerca de Jack. Como casi todos los días, está rodeado de chicas que quieren sus atenciones o hacerse fotos con él para subirlas a las redes sociales. Poco a poco su grupo de música se est  haciendo más famoso y les han empezado a ofrecer conciertos en otras ciudades.

Cuando Jack me ve, me saluda y viene hacia mí; sus admiradoras lo siguen de cerca.

— Qu  tal? —le pregunto.

—Genial —ironiza.

S  que a Jack no le disgusta que las chicas le persigan, pero solo hasta cierto punto.

Llegamos a clase y nada más entrar, mis ojos van hacia Allie. No comprendo por qué me pasa esto, por qué en cuanto llego al instituto la busco, pero desde el primer día del curso es así. Como si notara que la observo, alza la mirada y me saluda con la mano, pero no sonríe y enseguida intuyo que algo le preocupa. Miro tras ella y veo a Magda con los ojos llorosos y varios compañeros metiéndose con ella.

—Alguien grabó ayer con el móvil el baile de Magda. Ahora todo el instituto se ríe de ella —me comenta Jack en voz baja cuando nos sentamos.

—La gente es imbécil. Magda bail  mejor que muchas animadoras.

—S , pero la gente es así de cruel.

Observo a Magda. Se le nota a la legua cómo le afecta todo esto. Y por la cara de Allie, ella no est  mejor, pues tras nuestra charla de ayer s  que se culpa de todo.

Cuando acaba la clase me acerco a Magda. Esta me mira con los ojos llorosos, y más cuando escucha a alguien de las filas de atrás riéndose con el vídeo que ha puesto en el móvil.

—¿Cómo estás?

—Mal. ¿Cómo va a estar, rodeada de esta panda de estúpidos? —contesta Luna en alto para que la oigan.

—Déjalo —le dice Magda—. Estoy bien, Kev. Nunca debí creerme que podía ser como ellas.

Miro a Allie, que está haciendo unos ejercicios. Parece ajena a todo, pero por la tensión de su espalda, sé que no es así y que nos está escuchando.

—Eres mejor que ellas, mucho mejor.

Magda me sonrío por mi comentario. Desde que entré en el instituto me llevé bien con todo el mundo, nunca he marcado distinciones con nadie. No creo que tenga que pertenecer a ningún grupo, lo veo una chorrada. La vida va más allá de las tonterías del instituto.

—Tranquila. Se les pasará en cuanto alguien haga un ridículo peor que el tuyo y créeme, en este instituto pronto alguien lo hará.

—Sí, o siempre puedes contratar a un *hacker* que entre en todos los móviles y bloquee el vídeo —comenta práctico Jack, que se ha acercado hacia nosotros.

—No tengo dinero para pagar un *hacker* —dice Magda—. La única esperanza es que alguien me sustituya como mono de feria y la gente tenga otra persona de la que reírse.

—A mí me gustó cómo bailaste —comenta tímido Pedro mirando a Magda. Esta lo observa sorprendida y luego le sonrío.

—Gracias.

Allie se levanta de golpe y todos nos quedamos mirándola.

—Ahora vengo... —Está nerviosa. ¿Qué estará tramando?

Voy tras ella, pero enseguida vuelvo sobre mis pasos, pues me siento tonto por tener este deseo de seguirla. Me voy a mi sitio y Jack no tarda en sentarse a mi lado.

—Es muy rara esa Allie.

—Sí —admito—. Pero parece buena gente.

—Yo no me fío de nadie, y si es mujer, menos.

—Tú mismo —le digo resignado, pues sé que desde lo de Natalia es imposible hacerle cambiar de idea. Para él las mujeres son todas unas lagartas y unas mentirosas que solo se te acercan cuando quieren algo de ti.

Poco antes de que llegue el profesor aparece Allie. Está roja y se sienta sin decir nada. Al coger el boli, me fijo en como le tiembla la mano. ¿Qué habrá ido a hacer? «¿Y a mí que me importa?!», me reprendo enseguida. Es mejor que vaya a lo mío, pues aunque

no opino como Jack, una parte de mí me dice que Allie no es lo que parece... Ojalá no sintiera este deseo de querer saber más sobre ella.

ALLISON

Salgo al recreo nerviosa. Cuando Kevin dijo que dejarían en paz a Magda cuando encontraran a otra persona de la que reírse, salí de clase a buscar algo con lo que hacer el ridículo. No puedo quedarme de brazos cruzados viendo como Magda sufre por mi culpa. Solo espero que mi plan salga bien.

Observo a mi derecha mi objetivo y, cerca de él, a varios jóvenes con los móviles en la mano. Es mejor que no lo piense más.

Camino hacia el andamio, distraída. Están restaurando la fachada del edificio y los pintores han dejado los botes de pintura cerca del borde del andamio. Debajo de él han puesto un plástico para no manchar el suelo, de forma que, si lo pisas, hará que el andamio se tambalee y los botes se caigan. Tal vez debería haber elaborado mejor el plan, pero no puedo dejar pasar lo de Magda. Es injusto. Lo más triste es que Allison Warhol nunca hubiera hecho algo así y saberlo me destroza por dentro, pero ahora solo soy Allie y no tengo que preocuparme de cuidar mi imagen para no dañar la de mi padre.

Me acerco hasta el andamio y, haciéndome la tonta, piso con fuerza el plástico. Enseguida noto que los botes de pintura se desestabilizan y, cuando piso con el otro pie, me caen encima. El primero me da de lleno en el hombro haciéndome daño; el segundo cae a un metro de mí, pero salpicándome de pintura todo el cuerpo; y el tercero cae boca abajo y se me queda de sombrero, haciendo que la pintura me resbale por toda la cabeza. No puedo abrir los ojos, estoy temblando y me duele donde me han golpeado los botes. No tardo en escuchar las carcajadas. Uno de ellos grita que lo tiene todo en el móvil, los demás se mofan de mí y, aunque no los vea, puedo sentir como me señalan con el dedo.

Trato de moverme pero, como no puedo ver, acabo enredándome en el plástico y cayendo al suelo. Esto es horrible, me recuerdo por qué lo hago y solo eso retiene mis lágrimas. La gente solo se ríe, nadie piensa que puedo estar lastimada. Intento levantarme, pero me resbalo con la pintura todo el rato. No había contado con esto cuando tracé el plan. No puedo abrir los ojos y no sé cómo levantarme. ¡Vaya idea la mía!

—¡Allie! —Escucho la voz preocupada de Kevin y al poco siento que sus brazos y los de alguien más me ayudan a ponerme de pie.

—¿Estás bien? —me pregunta Magda.

Asiento y noto que alguien me quita la pintura de la cara.

—No abras los ojos, vamos al aseo...

—Es mejor que Allie se vaya a su casa. Va a poner el instituto perdido de pintura. —Abro los ojos y veo al director a nuestro lado—. La pintura la pagarás de tu bolsillo. Los demás, todos a clase. Y cuando digo todos, es todos. Quien no entre tendrá una falta grave.

—No puede ir sola a su casa en este estado —comenta Kevin enfadado.

—Así aprenderá a no ser tan patosa.

—Puedo ir sola —comento mirando a Kevin y separándome de él. Solo un par de pasos, notando como la pintura chapotea en el suelo.

—No lo repito más, todos a clase.

—¡Maldita sea! —Escucho decir a Kevin enfadado. Por lo poco que le conozco, sé que no es fácil para él mirar a otro lado cuando alguien está sufriendo, y seguramente sospeche que lo he hecho adrede... Y así ha sido, podría decir que mi plan ha salido a la perfección, pero no puedo evitar sentirme mal por las risas y las mofas—. Ten cuidado, luego te llevaré tus cosas.

Asiento y empiezo a andar hacia la salida del instituto. Los estudiantes que ya han empezado a entrar a clase me señalan y se ríen; muchos me graban con sus móviles o me hacen fotos. Debería estar acostumbrada a esta parte, pero hasta ahora la gente me fotografiaba porque me admiraban, no porque quisieran reírse de mí.

—Toma, Allie. —Veo ante mí una toalla y una botella de agua, y al girarme, veo a Jack. Es la primera vez que me dirige la palabra y me sorprende su detalle—. Ha sido gracioso. Nos vemos.

Cojo las cosas antes de que se vaya y me dirijo hacia el pueblo. Por desgracia el instituto está en las afueras y mi casa, en la otra punta, y para colmo, hoy no he traído el coche, me apetecía venir dando un paseo. Debería haber meditado más mi plan. Me quito algo de pintura de la cara mojando la toalla. Cuando me adentro en el pueblo, la gente me señala y se ríe con disimulo. Normal, no todos los días se ve pasear por él a una joven con pintura roja y blanca chorreándole por el cuerpo. ¿Y ahora cómo se supone que me voy a quitar todo esto? Al menos la peluca ha evitado que mi pelo se llenara de pintura, aunque espero no haberla estropeado.

Mientras camino, pienso en Magda. Nunca he querido reírme de nadie, pero ahora me doy cuenta de lo mal que se pasa cuando eres el centro de atención, y no precisamente porque te admiren. De pronto, mi mente evoca un recuerdo que no sé de dónde ha salido y me hace detenerme en seco. Estoy yo de niña, evitando que peguen a otra niña de mi clase; me puse delante de ella y recibí yo el golpe. Luego me viene otro recuerdo, avisando a mi profesora de que le habían puesto pegamento en la silla. Por supuesto, eso no gustó a mis compañeros. ¿Por qué me había olvidado de eso? Tal vez hubo una época de mi vida en la que, como ahora, no podía mirar hacia otro lado ante las injusticias, pero el hecho de que lo hubiera olvidado solo me hace pensar que estos cuatro años que llevo siendo la princesa Allison Warhol me han hecho dejar de ser quien era.

De pronto siento un gran desasosiego. Ahora mismo ya no sé quién soy en verdad...

—¿Allie? —Me vuelvo y veo a Jenna—. Vaya, ¿qué te ha pasado?

—Se me han caído unos botes de pintura encima...

—Yo sé cómo quitarte los restos de pintura. Espérame aquí.

La observo entrar en su casa. Está muy ágil para su estado, no sé de qué tiempo, pero parece que de cinco o seis meses.

—Esto te ayudará a limpiarte. —Me tiende un bote que ignoro de qué será, pero confío en ella.

—Gracias. Por suerte, ya está seca.

—Te tirará la piel de la cara.

Asiento.

Jenna me da algunos trucos y entro en mi casa deseando quitarme la ropa y meterme debajo de la ducha.

Nada más llegar a mi cuarto me quito la peluca haciéndome algo de daño, pues está pegada a la piel debido a la pintura seca. La ropa también se ha adherido a mi cuerpo. Me meto en la ducha y con el producto que me ha dado Jenna y siguiendo sus consejos, me restriego con la esponja. Me froto tanto que acaba escociendo. La pintura de la cara me cuesta mucho que salga y sé que me estoy lastimando la piel.

No sé el tiempo que llevo bajo el agua frotando cuando me parece oír el timbre de la puerta. Cierro el grifo y lo escucho de nuevo. Salgo de la ducha y me pongo el albornoz, me recojo el pelo con una toalla para que no se me vea el pelo pelirrojo y, cuando me miro al espejo, pego un grito: tengo toda la piel roja y dolorida, me he hecho una auténtica escabechina. Vuelve a sonar el timbre. Menos mal que no me he quitado las lentillas, pero mis cejas están otra vez de mi color natural, así que me las pinto rápidamente antes de bajar a abrir.

—¡Voy! —grito bajando la escalera y, pensando que será Jenna que ha venido a ver cómo se me ha dado, abro sin preguntar quién es—. Yo... —Me quedo de piedra al ver a Kevin tras la puerta con mi cartera en la mano. Me mira de arriba abajo, lo que me recuerda cómo voy vestida—. Yo... Entra, voy a subir a... ¡ahora mismo bajo...! —grito corriendo escaleras arriba, mortificada y colorada como un tomate.

Escucho la puerta de entrada cerrarse, cierro yo la de mi cuarto y me dejo caer sobre ella. Cuando logro que mi corazón lata a un ritmo normal, busco en el armario algo que ponerme y pillo un chándal, lo primero que encuentro. Mientras me seco, le digo a Kevin que coja lo que quiera de la nevera. Una vez que tengo el pelo casi seco, busco una de las pelucas de repuesto y me la pongo. Pienso si maquillarme o no; finalmente solo me aplico un poco de rímel. Siempre llevo algo de maquillaje, cuando soy Allison Warhol nunca salgo de casa sin maquillar, y ahora como Allie igual, sobre todo la raya negra en los ojos.

Bajo las escaleras esperando encontrarme a Kevin en el salón, pero no está.

—¿Kevin?

Nadie responde. Voy hacia la cocina por si hubiera salido al patio trasero. Al llegar veo una nota en la mesa y supongo que es de él. De pronto, me entristece pensar que se ha ido. Me había hecho ilusión saber que él estaba aquí, esperándome. Sin embargo, desecho enseguida ese pensamiento por lo que pueda implicar y cojo la nota para leerla:

Ahora mismo vuelvo. Kevin.

Sonrío y paso los dedos por su letra, hasta que me percató de lo que estoy haciendo. Saber que va a regresar ha hecho que mi corazón vuelva a latir desenfrenado. Dejo la nota sobre la encimera y voy a la nevera para buscar algo de comer. Al abrirla, la veo llena de verduras y ensaladas. A veces me gustaría poder dejar de llevar mi estricto régimen, poder comer sin preocuparme de si engordo o no, sin la angustia de no ser perfecta, pero no puedo. Me debo a mi imagen y a las personas que esperan ver a Allison Warhol perfecta, sin un kilo de más. Lo tengo asumido desde hace tiempo, pero eso no mitiga mis ganas de comer sin preocupaciones.

He decidido ya qué ensalada comer cuando llaman a la puerta. Voy hacia ella esperando y deseando que sea Kevin, y molesta con mi corazón acelerado. ¿Qué me sucede? Cuando abro me encuentro a un sonriente Kevin cargado con una bolsa de comida. El delicioso olor que desprende hace que mi estómago ruja de hambre.

—He ido a por algo de comer.

Lo dejo pasar y voy hacia la cocina seguida por él.

—No hacía falta. Yo con una ensalada...

—Eso he visto en la nevera, que más que una nevera, parece un huerto. Y sé que no eres vegetariana porque la otra noche te comiste la pechuga de la ensalada.

—No, no soy vegetariana, pero sigo un régimen.

—No voy hacer que te lo saltes, tranquila.

Kevin deja la bolsa sobre la encimera y empieza a sacar lo que ha traído.

—Crema de verduras —dice abriendo uno de los *tuppers*—. A esto no te puedes negar.

—Cierto —admito y miro la crema. Tiene una pinta excelente y huele muy bien—. Gracias por entender que no quiera saltarme el régimen.

—Es tu decisión.

Me relajo por su comprensión y me muestra otro recipiente: pescado al papillote con verduritas asadas.

—He traído de más por si comes con tu padre...

—Como sola. Mi padre tiene mucho trabajo y viaja mucho. —Esto es verdad. Incluso cuando vivo en mi casa real, mi padre sale mucho de viaje o se queda trabajando hasta tarde.

—Entonces hoy te hago compañía.

Sonrío y comenzamos a preparar la mesa. Miro a Kevin de reojo mientras saca los platos, no puedo evitarlo; su mera presencia llena toda la cocina.

Nos sentamos a comer y, antes de empezar a hacerlo, siento la mirada de Kevin posada en mí.

—Sé que no ha sido casualidad que se te cayera la pintura encima.

—Ha sido un accidente... —comento sin mirarle a los ojos.

—Allie...

—Vale, pero era lo que debía hacer —admito, y esta vez sí lo miro a los ojos. No me gusta mentirle..., al menos, no más de lo necesario.

—Lo que le pasó ayer a Magda no fue culpa tuya.

—Yo solo quería que tuviera su oportunidad. Bailó muy bien...

—Sí, y tú también.

—Gracias.

—¿Llevas muchos años practicando defensa personal? Tengo una amiga que da clases de defensa personal.

—Pues desde que era pequeña. Mi padre se quedaba más tranquilo si salía a la calle sabiendo defenderme.

—¿Tenías que defenderte de algo?

Kevin me mira serio y yo pienso hasta dónde contarle.

—Mi padre heredó un dinero y esto le reportó más ganancias. Temía que alguien me utilizara a mí para llegar hasta él.

Aunque el título no nos dio dinero, el tenerlo sí nos hizo poder labrar una fortuna y una posición social, pues mi padre podía entrar en círculos que hasta el momento habían estado cerrados para él. Poco a poco nuestra vida fue cambiando y mi padre quiso que yo estuviera preparada para esos cambios. Además, la prensa sentía curiosidad por nosotros y nos empezó a seguir.

—Es comprensible y siempre es bueno saber defenderse.

—Sí. Aunque no soy agresiva, pese a lo que le hice ayer a Sindy —aclaro.

—No creo que lo seas. De todas formas, Sindy se merecía el escarmiento. Es una lástima que nadie grabara ese momento.

Le sonrío más relajada y seguimos comiendo mientras hablamos de las clases. Cuando terminamos, Kevin recoge la mesa y yo preparo unas manzanillas; una vez las tengo listas, me siento y Kevin hace lo mismo.

—Gracias por la comida y por ayudarme hoy. Supongo que mañana seré el centro de atención. —Sonrío con tristeza.

—Sí. Lo mejor es ignorarlos.

—Eso haré.

—La vida es algo más que las tonterías del instituto. Cuando acabas el instituto, de nada te sirve haber sido el chico o la chica más popular.

—Parece que hablas por experiencia.

—Tú no quieres saber cuál es mi experiencia —me recuerda mientras toma un trago de su taza. Su comentario me hace sentir mal por cómo salí corriendo la otra noche cuando la conversación se puso más profunda. Aunque me aterra conocer más a Kevin, no puedo

evitarlo. Es como si hablar con él, conocer su pasado, querer estar a su lado, fuera lo más real que he vivido últimamente, y no quiero perder eso. El miedo solo me hace ser prudente, pero no mitiga mis ganas.

—¿Qué fue de tu pasado?

Kevin me mira serio, estudiándome, como si quisiera adivinar si de verdad deseo conocerlo. Yo espero que pese a las lentillas sepa leer en mis ojos la verdad.

—Mis padres no han sido un ejemplo de virtudes. En especial, mi padre. —Lo observo con atención sin perder detalle de su mirada, que se ha tornado más seria, es evidente que lo que me va a relatar no le resulta grato—. Antes de que yo naciera, mi padre conoció a la madre de Adair y ella se quedó en estado; por eso se vino a este pueblo y mis abuelos la acogieron. Pero mi padre no tardó en cansarse de esa vida y la abandonó alegando que Adair no era hijo suyo y haciendo que sus padres dieran la espalda a Blanca y a su hijo. A los pocos años conoció a mi madre y nació yo. Ella me cuidó a su manera; pasaba más tiempo solo o con las vecinas que con ella. Siempre que mi padre volvía ella perdía la cabeza, solo existía él, y un día se quedó en estado de Neill. Después, cuando nació mi hermano, nos despreció a ambos, pues tenía que gastar más dinero en sus hijos que en sus juergas. Como yo ya era mayor para hacerme cargo de Neill, muchas veces mi madre nos dejaba solos y se iba varios días. Cuando Neill tenía cuatro años mi padre volvió y mi madre no dudó en irse con él y abandonarnos. Lo peor de todo es que Neill los vio cuando se marchaban... Corrió tras ellos y le pegaron. —Me sobresalto angustiada—. Se fueron sin mirar atrás. Yo cogí a mi hermano y el poco dinero que teníamos y nos marchamos de allí. Dejé el instituto y me dediqué a cuidar de él como mi madre nunca había hecho. Hasta que, cuando yo tenía diecisiete años, apareció Adair. Soy idéntico a mi padre, así que supo enseguida que teníamos la misma sangre... El resto ya te lo puedes imaginar. Se hizo cargo de nosotros y él y sus padres se convirtieron en nuestra familia, algo que nunca habíamos tenido. Yo no me paré a pensar en si saldría bien o no; solo quería que Neill por fin supiera lo que era tener unos padres.

Enseguida sé por qué Kevin me ha dicho esto último. No he dejado de mirarlo en todo el tiempo y ahora, cuando sus ojos verdes me acarician, deseo que los míos le acaricien de la misma manera y quitarle parte de ese dolor por lo que debió vivir. Lo peor es que, en lo más profundo de mi corazón, sé que Kevin tiene razón. Que, pese al miedo, es mejor desear que las cosas no salgan iguales. ¿Y ahora qué? Debería regresar a mi antigua vida... pero no puedo. Ahora tengo la esperanza de que sí puede haber gente buena. Tal vez yo no sea lo bastante buena para ellos, para que me recuerden o me quieran. Pero eso no quiere decir que en el mundo no haya personas que sí merezca la pena conocer.

—Gracias —le digo. Kevin me sonrío—. No sé si era esto lo que esperabas que te dijera... No me alegro de lo que te pasó, pero tampoco creo que quieras mi compasión... y yo...

—Allie, he entendido por qué me has dado las gracias y no, no quiero tu compasión. Lo que he vivido me hace ser como soy.

—Me alegra que seas así. —Me sonrojo y aparto la mirada. Algo azorada por mi confesión me levanto y me llevo mi taza vacía la cocina—. Creo que voy a hacerte caso.

—Me alegra. —Kevin deja su taza cerca de mí y siento su presencia a mi espalda—. Debo irme a trabajar. Nos vemos mañana en clase.

—Claro.

—Te apunto mi móvil por si necesitas algo.

Miro sobre mi hombro y lo veo anotar su móvil en una libreta. Me sonrío. No puedo seguir engañándolo.

—Kevin..., es un placer haberte conocido.

—¿Por qué dices eso? —me pregunta perspicaz, notando que hay algo más detrás de esa frase.

—Por nada. Es mejor que te vayas si no quieres llegar tarde.

Me vuelvo incapaz de seguir mirándolo y me pongo a fregar, como si nada. Puedo sentir como Kevin me observa hasta que decide irse. Solo cuando escucho la puerta cerrarse dejo que las lágrimas que he logrado contener caigan libres por mis mejillas.

CAPÍTULO 7



KEVIN

Paro el coche en la casa de Allie. Llevo toda la tarde en el trabajo dándole vueltas a lo que me ha dicho antes de irme; me ha sonado a despedida, como si hubiera decidido marcharse. Y la verdad es que la idea de que se aleje no me ha gustado, aunque prefiero no ahondar más en ello.

Salgo del coche y llamo al timbre. Nadie contesta. Me echo hacia atrás para ver si hay luz en alguna ventana, pero la casa está a oscuras.

—Hola, Kevin —oigo detrás de mí.

Me vuelvo a saludar a Robert, que acaba de llegar.

—Hola. ¿Qué tal el trabajo?

Me alejo de la casa de Allie, pues es evidente que no está. ¿Se habrá ido? Tendría que haberle pedido su número de teléfono.

—Cansado, pero bien. Últimamente echo demasiadas horas extras.

Abre la puerta de su casa y no tarda en aparecer Jenna para recibirle y darle un beso. Cuando me ve me sonrío y me dice que pase.

—¿Y Nora? —pregunta Robert tras acariciar de manera significativa la tripa de Jenna.

—Castigada en su cuarto.

—¿Qué ha hecho ahora?

Robert se quita la chaqueta y la deja sobre una silla.

—No quería merendar y ha acabado tirando la comida al suelo.

Jenna mira preocupada a Robert, que enseguida intuye que hay algo más.

—Le has hablado del bebé, ¿no?

Jenna asiente y Robert le acaricia la mejilla.

—Cuando vea al pequeño, lo querrá y lo aceptará como a uno más de la familia.

—No sé. Nora ya no es un bebé, temo que piense que la vamos a dar de lado.

—Será solo al principio. Luego le encantará tener un hermanito pequeño —contesto.

—¿A ti te pasó eso? —me pregunta perspicaz Jenna. Asiento—. Espero que sea como dices.

—Voy a verla. —Robert coge sus cosas y, tras dar un beso en la mejilla a Jenna, se va hacia las escaleras para subir a ver a Nora.

—Por cierto, he ido a ver a *tu* Allie esta tarde y no había nadie. ¿Qué le ha pasado para acabar llena de pintura?

Vamos a la cocina y le cuento lo que ha pasado esta mañana, también lo que sucedió ayer, y por qué lo hizo Allie. Ignoro cómo y cuándo ha hablado con Allie, pero prefiero no preguntarle. Seguro que solo me ha sacado el tema para picarme y, si caigo en la trampa, pensará cosas que no son.

—Cuando la vi parecía angustiada, perdida..., es rara. Me cuesta mucho captar qué se le pasa por la cabeza.

—Sí lo es, no se deja conocer. Es como si temiera abrirse a la gente...

—Y te intriga.

La miro. Jenna me sonrío y niego con la cabeza.

—Solo es una compañera, y siento que necesita hacer amigos...

—Ya. —Jenna me ignora y se va a la cocina—. ¿Te quedas a cenar?

—No, tengo que hacer algunos trabajos para mañana.

—Bueno, no te preocupes. Si, como dices, a Allie le cuesta abrirse, dale tiempo.

—Lo haré, si es que no se ha ido. —Jenna se vuelve y me mira seria—. No hay nadie en su casa. Creo que se ha marchado —le explico.

—¿Crees que lo que ha pasado le ha afectado hasta ese punto?

—La verdad, no lo sé.

Jenna reflexiona y me dice:

—En fin, tendrás que esperar hasta mañana para averiguarlo.

Asiento y me despido de ella. Cuando voy hacia la puerta, Robert baja con Nora en los brazos. La pequeña me sonrío y me da dos besos cuando llegan a mi altura. Va a llevar mal lo del hermano, pues desde que nació ha sido el centro de atención de la casa y, para colmo, Jenna tiene la corazonada de que va a ser niña, aunque aún no les han dicho el sexo del bebé. Jenna teme que le pase como a Ainara, su hermana, que nunca ha sabido valorar el amor que le daba su padre. Espero que todo salga bien, pero es inevitable pensar en que las cosas pueden ser así cuando uno lo ha vivido en sus propias carnes.

* * *

Aparco temprano en la puerta de la casa de Allie. Anoche estuve viendo los vídeos que han subido de ella y cómo la criticaban en algunos blogs mis compañeros de clase. No quiero dejarla sola hoy. Toco al timbre esperando que esté, aunque siento en mi interior que, igual que anoche, tampoco habrá nadie. Cuando llamo por cuarta vez, me convengo de lo que hasta ahora me había resistido a aceptar: Allie se ha ido y ayer se despidió de mí.

ALLISON

Me cepillo mi melena pelirroja frente al espejo. No tengo buena cara. No he dormido en toda la noche dándole vueltas a mi decisión de dejar de ser Allie y regresar a casa de mi padre. Incluso esta mañana, cuando fue la hora de empezar la primera clase, me sentí fatal por no ir al instituto. No dejo de pensar en Kevin, en lo bien que me sentía a su lado..., y creo que esa es una de las razones por las que he salido corriendo. Temo este sentimiento que está naciendo en mí, no sé qué nombre darle.

Me levanto del tocador y me siento en el sofá. Es como si, de repente, mi vida anterior estuviera más vacía que antes. ¿Qué es lo que se supone que tengo que hacer ahora? Miro la comida que me han subido los del servicio de habitaciones hace ya un rato y, como me pasó anoche con la cena, no tengo apetito.

—¿Se puede? —dice mi tío Jon tras tocar a la puerta.

—Sí. —Me levanto y lo veo entrar con el conjunto que debo llevar esta tarde.

—Recién salido del horno —comenta sonriente.

—Gracias. Luego me lo pondré para mi paseo.

Lo observo. Es ajustado y enseguida me acuerdo de Magda. Ella nunca se pondría algo así.

—¿Por qué no haces modelos que puedan lucir todas las jóvenes, y no solo las que tengan una figura perfecta? No es justo, todas las chicas son perfectas tal como son.

Jon me mira con sus intensos ojos azules, escrutándome serio, y me siento algo estúpida por haber hecho el comentario.

—Cuando tu padre me dijo en qué andabas metida, me opuse, pero empiezo a ver por qué aceptó.

—No comprendo.

—¿Cuándo fue la última vez que me dijiste algo como lo que acabas de comentarme ahora?

Hago memoria y no encuentro ningún momento en el que le dijera algo así.

—Nunca, Allie, nunca —responde por mí—. Desde que decidiste ser la modelo de mis diseños, nunca te has quejado. Has aceptado sin más, como si no tuvieras nada que decir. ¿Sabes cuántas veces he deseado que dejaras de mostrarte tan... fría?

—Yo...

—Allie, es normal, llevas muchos años dejándote llevar, cuidando las formas para evitar dañar la empresa de tu padre. Estos días que has estado fuera no has tenido que pensar en eso, has pensado solo en ti. Y eso es bueno, niña. Eso es muy bueno.

—Pero estoy fingiendo ser alguien que no soy... La gente buena no se merece que la engañe...

—¿Y cuándo no has interpretado un papel? ¿Acaso no lo haces como Allison Warhol? ¿Una joven que no habla, no opina, no siente, no padece? ¿Un tesoro que hay que lucir? ¿Crees que eres así, Allie? —me quedo callada mirándolo—. Ese es el problema, que no sabes quién eres. Y si en estos breves días has cambiado un poco, deberías seguir siendo anónima y descubriendo quién es Allison en verdad. Y el día que decidas regresar con todas las consecuencias a esta vida, que sea cuando de verdad hayas decidido quién quieres ser, y no lo que los demás quieren que seas.

Lo miro con lágrimas en los ojos y niego con la cabeza.

—Yo... no sé qué hacer.

—En el fondo lo sabes, y lo deseas. Seguir siendo libre.

Lo observo y asiento.

—No sé quién soy.

—Entonces descúbrelo.

—No quiero dejar de lado a mi padre, ni a ti.

—Sé que no lo harás y, decidas lo que decidas, te apoyaremos.

Asiento y miro una vez más el modelo de esta tarde.

—¿Pensarás en lo de hacer modelos para que puedan ponérselos las jóvenes que no tienen un cuerpo diez?

—No sé si sabré...

—Yo sé que puedes. Pudiste hacer diseños para niñas.

—Sí, eso es cierto. —Jon me sonrío y me acaricia la mejilla—. Lo haré.

—Deberías. Hay muchas jóvenes hermosas que no tendrían que adaptarse a las modas, sino las modas a ellas.

—Me encantará escuchar tus ideas. Las que me diste para las niñas fueron buenas.

Asiento, agradecida porque me tenga en cuenta, y Jon se despide para que pueda prepararme para ser Allison Warhol. Cuando termino, pienso en sus palabras mientras me miro al espejo: llevo cuatro años representando un papel. ¿Qué daño haré si sigo interpretando otro que me permita ser yo misma? ¿Que me permita poder descubrir quién soy en verdad? Solo espero estar tomando la decisión acertada y no equivocarme. Aunque piense que seguramente nadie me echaría en falta si desapareciera ahora, temo hacer daño a la gente de mi alrededor, sobre todo a Kevin. Sé que odia las mentiras, aunque sé también que cuando descubra mi engaño podrá seguir con su vida sin que esto le afecte. Él no juzga a los demás por sus actos, no es como yo. Y solo somos amigos... ¿Eso es lo que somos? No lo sé, pero me gustaría mucho que así fuera.

* * *

Entro en mi casa por la puerta trasera. En cuanto enciendo las luces de la cocina, el silencio me acoge y, en cierto modo, me reconforta. ¿Acaso cuando me fui supe que

regresaría? No lo sé.

Al pasar al salón, veo la libreta donde Kevin dejó apuntado su móvil. ¿Me habrá echado en falta hoy? No lo creo. Además, es posible que piense que he decidido encerrarme en casa por lo de la pintura. Al pensarlo me invade la desazón. Regresar a esta vida, a ser Allie Anderson, es afrontar lo que hice, aunque no me arrepiento de mi decisión.

Enciendo la lámpara de la mesita para que le dé más calidez a la casa. En cuanto la sala se ilumina, algo blanco en el suelo de la entrada llama mi atención. Me agacho a cogerlo pensando que es publicidad que han echado por debajo de la puerta, pero cuando le doy la vuelta, me encuentro con la perfecta y varonil letra de Kevin. En cuanto la reconozco, mis manos tiemblan ligeramente y mi corazón late de forma distinta:

Espero que estés bien. No te tengo por una cobarde, ojalá que lo que pasó no te haya hecho huir. Llámame cuando leas esto... si regresas.

Kevin

La leo otra vez y cojo el móvil para llamarlo. «¡¡Claro que no soy una cobarde!!». Kevin no tarda en descolgar y antes siquiera de que pregunte quién es, le digo lo que me ha parecido su nota.

—No soy una cobarde y, sí, he pensado en huir —admito—, pero he regresado y no pienso esconderme.

—Supongo que eres Allie —me dice con voz risueña.

—Sí, supones bien.

—Me alegra que hayas decidido regresar.

—Espero que no te arrepientas de ello más tarde —le digo sin poder contenerme.

—¿Por?

—Por nada. —Me siento en el sofá y nos quedamos en silencio—. ¿Qué tal las clases? ¿Te interrumpo?

—Estoy en mi casa haciendo algunos ejercicios, que, por cierto, deberías hacer.

—Cierto...

—¿Dónde has estado?

—En casa de mi padre, aunque a él no lo he visto. Estaba muy ocupado.

—¿Siempre está muy ocupado?

—Es jefe, mucha gente depende de su buena cabeza para los negocios. Si hubiera sabido que estaba en su casa, habría venido a verme.

—¿Y cuál es tu casa?

—Yo... supongo que esta y la de mi padre.

—¿Te sientes en tu casa en alguna de ellas?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Hablas de la casa de tu padre de forma muy poco cálida.

—La casa es de todo menos cálida, pero yo no necesito mucho. Estoy acostumbrada.

—¿A estar sola?

—No estoy sola... Buenas noches, Kevin.

—Lo vuelves a hacer. Tú misma.

—¿El qué?

—Esconderte en ti misma.

Nos quedamos callados y me recuerdo por qué he vuelto: para descubrir quién soy y quién quiero ser. No tengo por qué callarme lo que piense... pero ¿y si bajo todas las defensas y luego quedo expuesta al dolor? Es un riesgo...

—Sí, estoy acostumbrada a estar sola, a que la gente crea que me conoce y no se preocupe en descubrir cómo soy en verdad. Estoy acostumbrada a ver, oír y callar. ¿Contento?

—Sí.

—Bien, pues nos vemos mañana en clase.

—¿Quieres que pase a por ti?

—No soy una cobarde. Nos vemos en clase.

—Me imaginaba que dirías algo así.

Sonrío por su respuesta.

—Hasta mañana.

—Ahora te envío en un mensaje al chat los ejercicios que nos han mandado hoy.

—Gracias, buenas noches.

—Buenas noches.

Al poco me llega el mensaje de Kevin y subo a mi cuarto a hacerlos. Tras acabarlos, me preparo para irme a la cama. Me cuesta mucho dormirme, pues mi mente no para de pensar en lo que sucederá mañana y, sobre todo, y sin saber muy bien por qué, en Kevin y en su sonrisa.

* * *

Aparco el coche y tomo aire antes de salir. Ya noto que varios compañeros me miran, pero decido ser por un momento Allison Warhol y hacer como si las miradas, las risas y las cámaras no existieran. Salgo del coche, lo cierro y camino hacia el edificio con la cabeza alta. Cuando paso al lado de un grupito, escucho como me dicen que tenga cuidado, no me vaya a tropezar de nuevo, pero ignoro por completo su comentario y entro

en el instituto como si no hubiera pasado nada. Por unos instantes soy Allison Warhol; por unos momentos, mezclo mis dos vidas en una.

Estoy a punto de llegar a mi clase cuando alzo la vista sabiendo con quién me voy a encontrar en la puerta mirándome: Kevin. Me observa sonriente y le devuelvo la sonrisa. A su lado están Magda y Luna.

—¿Qué tal estás? —me pregunta Magda preocupada.

—Genial. A nadie le viene mal un baño de pintura —bromeo despreocupada, aunque por dentro mi corazón martillea con fuerza por los nervios.

—Gracias, pero no deberías haber hecho algo así —me dice Magda seria.

—No sé de qué me hablas. Soy una patosa sin remedio.

Magda abre la boca para contradecirme, así que la corto entrando a clase. Al llegar a mi sitio, veo un pequeño bote de pintura sobre la mesa y oigo la risita de mis compañeros por su gracia. Dejo la mochila en el suelo y lo meto dentro de esta tras comprobar que está bien cerrado.

—Gracias por el bote. Me vendrá muy bien para pintar mi casa.

—O para echártelo por encima —comenta Sindy, y todos, cómo no, se ríen. Yo la ignoro y saco mis libros como si no fuera el centro de todas las miradas.

Al poco entra Pedro y me saluda antes de sentarse. Magda y Luna también se sientan en su sitio, pero yo sigo a lo mío. Solo cuando el profesor entra y empieza la clase y las risas y los comentarios terminan, me permito bajar la guardia y relajarme. Aun así, al coger el boli para tomar apuntes noto como me tiembla la mano. No soy tan indiferente como quiero aparentar; en realidad nunca lo he sido. Trato de prestar atención al profesor, pero estoy distraída. Una vez finaliza la clase, me endurezco otra vez y me escondo en mí misma para que nada me afecte, como he hecho siempre. Magda me habla, pero yo solo asiento mientras hago algunas tareas hasta la siguiente clase. Y así sigo hasta que llega la hora del recreo y guardo mis cosas con ánimo de levantarme, de ir a la cafetería o salir al patio.

—Vamos, no tienes por qué hacer esto sola, Allie.

Me quedo mirando la mano morena de Kevin en mi mesa y veo que Pedro, Magda, Luna e incluso Jack están esperándome para ir juntos a la cafetería.

—Estoy bien. —Me levanto y, sin mirarlos, salgo de la clase. Si me cobijo en su cariño, me hundiré.

Salgo al patio y paso por el sitio donde me tiré la pintura encima. Los pintores, que están desayunando a pocos pasos, han vuelto a dejar los botes mal colocados. Enfadada, me voy hacia ellos.

—¿Se puede saber por qué después de lo del otro día seguís dejando las pinturas así de mal?!

Ambos me miran sin dar crédito a que una joven les esté chillando. Sí, tal vez me he vuelto loca, pero yo aproveché su falta de profesionalidad para tirarme la pintura encima. ¿Quién dice que a otra persona no le puede ocurrir lo mismo pero por accidente?

—¡Incluso el andamio está mal colocado!

Me acerco hacia el andamio sintiendo como me mira la gente, pero me es indiferente, no puedo ignorarlo y volver la vista hacia otro lado. Sé de construcción porque mi padre fue durante un tiempo pintor de fachadas y yo iba con él cuando no tenía con quién quedarme. Les señalo varias sujeciones que están mal colocadas y ambos me miran rojos como la grana.

—¿Qué sabrá una mocosa como tú, si ni siquiera miras por dónde vas? —El hombre se ríe y el compañero le secunda. ¿Pero estos de qué van?

Tras cerciorarme de que no hay nadie cerca que corra peligro, toco el punto exacto que sé que está más débil. Cuando lo ven tambalearse, se ponen blancos.

—Le faltan amarres.

—¿Es eso cierto?

Observo al director tras ellos; los pintores no saben qué decir.

—Vi a mi padre montar andamios muchas veces. Este no es seguro y puede caérsele a alguien encima. Si ayer se me cayó la pintura fue porque estaba mal colocado. De haber estado bien puesto, no se me hubiera enredado el plástico en los pies.

—Vengan conmigo, tenemos que hablar.

El director se los lleva y cuando me vuelvo y veo a la gente que me rodea pienso: «¡¿Qué narices he hecho?!».

CAPÍTULO 8



KEVIN

—¿También sabe de andamios? —pregunta sorprendida Magda—. Ella no quiere reconocerlo, pero se ha delatado, pues sabía que si el andamio estaba mal colocado, la pintura le caería encima..., aunque también se le podía haber caído el andamio entero... La verdad, fue un poco irresponsable.

Miro a Magda. Tiene razón. ¿Acaso Allie es una irresponsable?

El director llama a Allie para que vaya con él y los pintores y, tras dar un respingo, los sigue como si nada. Una vez más se ha puesto una coraza y camina entre los alumnos con la cabeza alta, como si nada le importara. Es muy extraño. Por un lado, cuando la he visto llegar esta mañana, me he alegrado por ella por tener esa capacidad de rehacerse y que todo le resbale; pero por otro, me ha hecho sentir incómodo. Por un instante me he preguntado quién es Allie en verdad.

—Vamos a comer. Me muero de hambre y esta tarde tenemos entrenamiento de baloncesto —me dice Jack. Asiento y lo sigo a la cafetería, tratando de ignorar este malestar—. ¿Y esa cara?

—Allie es muy buena actriz.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—No ha hecho un solo gesto de debilidad, o de que le afectara lo del otro día...

—Sí, no todo el mundo podría fingir tanta indiferencia como ella lo ha hecho... Aunque reconozco que los pintores se lo merecían. Ha callado muchas bocas.

—Eso sí.

Jack pide un par de cafés y cuando se los dan nos sentamos en una de las mesas.

—De todas formas, no le quedaba otro remedio que actuar así, ¿no? Me refiero para sobreponerse a las burlas...

Jack da un sorbo a su café y me mira.

—Kevin, no le des más vueltas. Es mejor que pases de ella. Todas las tías son iguales, no te puedes fiar de ellas. Sindy y Natalia nos engañaron, ¿recuerdas?

—Sí, lo sé.

—Créeme, Allie no es tan débil como aparentaba.

—No sé qué pensar.

—¿Acaso te cuadra la imagen de hoy con la que ha dado hasta ahora? Antes parecía un cordero yendo al matadero y, de repente, se ha convertido en una joven que se come el mundo. La gente se ha dado cuenta. En cuestión de dos días, ha pasado de ser un patito feo a un cisne. Demasiado rápido, ¿no?

Pienso en todo lo que sé de Allie. Es bien poco, pero siempre me ha parecido que quería pasar desapercibida, como si no quisiera involucrarse en nada, y esta mañana, al verla tan fría y tan distante, casi creyéndose superior a los demás, me ha recordado a Sindy. Con esa forma de andar, como si fuera alguien de la realeza... De pronto, me vienen a la cabeza las palabras que me dijo cuando ocurrió lo de Magda. Cuando me dijo que fue animadora y me repetía entre lágrimas que no era mejor que Sindy. Aquel día me parecieron una barbaridad; ahora no lo tengo tan claro.

—Allie ha entrado.

Miro hacia la puerta y, una vez más, la veo entrar con la cabeza alta, la espalda recta y sin mirar a nadie, y todos la observan intrigados. Cuando llega a la mesa de Magda y Luna, pasa de largo y se sienta sola en una mesa del final. Niego con la cabeza, desconcertado, pero aun así, no puedo dejar de admirar su barbilla alzada, su porte regio y cómo el pelo le roza los labios. Es como si la rodeara un aura que nadie es capaz de pasar por alto, que atrae las miradas de todos, y estoy completamente seguro de que Allie es consciente de ello.

—Me voy a clase, tengo cosas que hacer.

Salgo de la cafetería sin mirarla, a pesar de que siento sus ojos fijos en mí. En cierta manera, me siento traicionado; la imagen que tenía de ella ha cambiado como de la noche al día en muy poco tiempo. Y aunque siempre quiero pensar que el pasado solo me enseña, que no traza mi camino, no puedo evitar recordar lo defraudado que me sentí con Sindy.

ALLISON

No sé el tiempo que llevo corriendo. Hace rato que el aire se llevó mis lágrimas. No he podido comer; ni siquiera he podido quedarme en casa mucho tiempo. Necesitaba huir, correr, olvidar. No paro de pensar en lo ocurrido esta mañana. ¿Qué he hecho? Me he escudado tanto en Allison Warhol que he sido ella, he sentido como las miradas de los que me rodeaban pasaban de la burla a la admiración. Pero es que estaba tan afectada que no sabía cómo actuar. Y la charla con el director me ha dejado aún peor. Me ha acusado de querer justificar mi descuido con el de los pintores y me ha pasado la factura de la pintura. A los pintores, sin embargo, solo les ha dicho que revisen el andamio y que tengan más cuidado.

Sigo corriendo. Odio cómo me he comportado, no era yo. ¿Y quién soy yo? También soy esa persona; esa que parece inalcanzable y despierta miradas de admiración.

Estoy tan perdida en mis pensamientos que no veo la piedra hasta que tropiezo con ella y caigo de bruces. Uso mis manos para amortiguar el golpe contra el duro y desgastado asfalto y me aguanto el grito de dolor. Al verme el pantalón roto y lleno de

sangre por la parte de la rodilla, me siento desfallecer. Reúno valor para ver la herida y respiro aliviada al comprobar que no es profunda. Me levanto dolorida y miro a mi alrededor desorientada. No sé dónde estoy. No reconozco nada. Es una vieja carretera y no se ve un alma.

Empiezo a andar de vuelta a casa, pero después de la caída y sobre todo por no haber comido, mis pies tiemblan como gelatina. Doy unos pocos pasos hasta una roca cercana, donde me siento y saco el móvil. Compruebo aliviada que tiene cobertura y llamo a mi padre, pero no me responde. Cuelgo al recordar que me dijo que tenía una reunión importante. Busco el número de mi tío, pero no llego a marcarlo; él está también en esa reunión. Sigo pasando la agenda hacia abajo, pero la mayoría de la gente no conoce a Allie y tampoco tengo confianza como para llamarlos. Cuando llego al número de Kevin, lo observo dudosa. No puedo olvidar la forma en la que me miró en la cafetería: mientras que otros me observaban con admiración, él lo hizo serio, casi con indiferencia, algo poco habitual en él. Le ha desconcertado mi actitud, lo sé; pero si hubiera bajado la guardia me habría derrumbado. Las críticas y las risas sí me estaban afectando.

Guardo el móvil, trato de levantarme y doy un grito cuando cargo el peso sobre la rodilla herida. Me apoyo en la roca y me siento otra vez. Miro en la dirección en que he venido: tan lejos de mi casa no puedo estar. ¿O sí? Decido descansar un poco, pero conforme se me enfrían los músculos, me siento cada vez peor. Intento ponerme de pie una vez más y otra vez el dolor y el temblor de piernas me hacen sentarme. No puedo quedarme aquí, pronto caerá la noche. Saco el móvil y llamo a Kevin.

—Dime. —Cuando lo coge, su frialdad me hace dudar de lo que le voy a pedir—. ¿Allie?

—Nada, no quería nada. Siento haberte llamado.

Le cuelgo y me incorporo de nuevo. Esta vez, pese a los temblores y a que estoy desfallecida, consigo dar unos pasos... hasta que siento que todo a mi alrededor se tambalea. Aprieto los dientes para no desmayarme. La música del móvil me distrae y descuelgo el teléfono sin mirar siquiera quién es, casi por inercia.

—¿Qui... Quién es?

—¿Estás bien? —La voz preocupada de Kevin me llega como en la distancia.

—No lo sé... me he caído... no he comido... Tengo sed... —me callo cuando me doy cuenta de que estoy desvariando.

—¿Dónde estás?

—Eso tampoco lo sé.

—¿Por dónde has ido?

—He cogido la carretera vieja que hay cerca de mi casa.

—¿La carretera vieja que nadie transita ya? —Parece enfadado y no digo nada—. Voy para allí. No te muevas.

—Te aseguro que eso no pienso hacerlo —comento irónicamente y sonriendo con tristeza.

Cuelgo, me siento en el suelo y me abrazo las rodillas para intentar reponer fuerzas. La herida de la pierna me palpita, pero después de un rato deja de sangrar.

No sé cuánto tiempo estoy así, hasta que escucho el ruido de un coche. Este se detiene a pocos metros y Kevin no tarda en bajar de él y venir hacia mí.

—Maldita sea, Allie, por este camino no viene nadie. —A pesar del enfado y la reprimenda, noto la preocupación en su voz y se me humedecen los ojos. El muro de indiferencia que he construido se desmorona.

—No... no lo sabía —Kevin saca una botella de agua del coche y se agacha a mi lado. Mientras bebo, él examina mi rodilla lastimada.

—Vamos, es mejor que te cure esa pierna.

—Sí. —Kevin me tiende una mano y se la cojo. Cuando me levanto me caigo hacia su pecho y tiene que sostenerme y ayudarme a entrar en el coche, pero a pesar de ello, noto que mantiene las distancias conmigo.

—Toma, cómete esto, y no digas que no. —Me tiende un paquete de galletas de chocolate y, sin oponerme, me lo como y lo disfruto. Hacía años que no probaba galletas con chocolate.

Al llegar a mi casa, Kevin me ayuda a entrar. Una vez en el sofá me pregunta por el botiquín.

—No tengo...

Me mira serio, sale de la casa y le oigo tocar al timbre de Jenna. Al poco regresa con un botiquín y seguido de Nora y de la propia Jenna.

—¿Estás bien? —pregunta esta.

—Sí, yo puedo cuidarme sola...

—Sí, ya lo he visto —dice él.

Miro serio a Kevin y aparto la pierna cuando trata de subirme el pantalón. Kevin me ignora y me coge la pierna con firmeza pero sin hacerme daño y, resignada, lo dejo hacer.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta Nora.

—Que no se le ha ocurrido otra cosa que salir a correr por la carretera vieja y sin haber comido —contesta Kevin.

—Esa carretera es peligrosa, no deberías haber ido por allí —me comenta Jenna—. Voy a por algo caliente para que comas.

—No hace falta. Kevin me ha dado galletas, gracias.

—Está a régimen. ¿No ves lo gorda que está?

«¿Qué mosca le ha picado?».

—Kevin... —le advierte Jenna. Este niega con la cabeza y sigue limpiándose la herida con destreza; es evidente que lo ha hecho muchas veces cuando cuidaba a Neill—. No le hagas caso, cuando está preocupado, se pone gruñón. Ahora vengo.

—Yo me quedo —comenta la pequeña Nora sentándose a mi lado y tomando mi mano—. ¿Te duele mucho?

—Un poco. —Sonrío a la niña y aprieto su cálida manita con cariño.

Cuando Kevin termina de curarme la herida, se levanta y va a la cocina a tirar las gasas. Al poco llega Jenna con un *tupper*.

—Hoy he hecho sopa, te sentará bien.

Va hacia la cocina y me recuesto en el sofá. Estoy tremendamente cansada.

KEVIN

Observo dormir a Allie en el sofá. Aún no sé por qué todavía sigo aquí, pendiente de ella..., o no quiero saberlo. Lo cierto es que cuando Allie me llamó y noté que le había pasado algo, me entró pánico y me preocupé, pese a que desconfíe de ella y no sepa quién es en realidad: si la chica tímida que parece sola o la altiva que parece comerse el mundo y no necesitar a nadie...

Aunque esta tarde sí me ha pedido ayuda. Me ha sorprendido mucho que me llamara precisamente a mí. ¿No puede acudir a nadie más? Sé que no conoce a mucha gente aquí, pero aun así...

Allie abre los ojos y, al verme, se incorpora en el sofá.

—Sigues aquí —afirma sorprendida—, no recuerdo haberme dormido —dice tras tocarse el pelo.

—Sí, pero ya me iba. —Cojo mis cosas y me levanto para irme—. Si no necesitas nada más...

—Sé que mi actitud de esta mañana te ha hecho distanciarte...

La miro un instante y decido poner las cartas sobre la mesa.

—No sé quién eres. Esta mañana no parecías la Allie que creía que eras; parecías una chica fría e inaccesible, como si nada ni nadie te pudiera afectar.

—Bueno, tenía que representar ese papel para no desmoronarme.

—Lo curioso es que daba la impresión de que te encontrabas bastante a gusto en él.

Allie sonrío con tristeza.

—Tienes razón, lo hago a menudo. En mi otro instituto nadie esperaba que me comportara de otra manera.

—¿Y cuál de las dos eres en verdad?

—No lo sé —me reconoce—. Llevo tanto tiempo siendo como los demás esperan que sea, que no sé cómo soy realmente.

Nos quedamos en silencio.

—¿Es por eso por lo que te cambiaste de instituto?

—Aquí nadie me conoce —cuando dice eso, tengo la sensación de que no es del todo cierto, como si hubiera algo más; sin embargo, el dolor en su voz me hace callar—. Quería llevar una vida normal y averiguar quién soy en verdad. Después de lo que pasó con mi ex y con mis antiguos compañeros, descubrí que todo el mundo que creía que me apreciaba se acercaba a mí por interés. Me cambié de instituto pensando que, al menos, podría empezar de cero, pasar desapercibida y no tener que ser perfecta a cada instante. Pero entonces te conocí, y me desbarajustaste todo el plan. Creía que a fin de cuentas la gente era igual en todas partes, pero tú eres transparente, no tienes dos caras como las personas que he conocido en mi vida. Tú parecías interesado en conocerme de verdad... Y eso me desconcertó.

Allie toma aire y sigue con su relato. Parece muy melancólica y triste.

—No sabía que existieran personas como tú... aunque sigo pensando que, si me marchara, tú no me echarías de menos. —La miro sin contradecirla, aunque sé que sí la extrañaría—. En este poco tiempo, he empezado a pensar por mí misma, a hacer lo que yo quiero y no lo que los demás esperan de mí..., y me gusta. Pero también me asusta. Por eso ayer no fui a clase —reconoce—. No soy la persona fría que era esta mañana ni me gusta sentirme admirada, pero estoy acostumbrada a actuar así. Cuando salí del instituto me sentí mal...

—Por eso se te ocurrió irte a correr sin comer.

—Sí, quería alejarme de todo. Sé que crees que soy un poco rara..., yo ni siquiera sé quién soy —dice con tristeza.

—Nunca me he encontrado a nadie como tú —le reconozco—. Suelo saber cómo son las personas al poco de conocerlas, aunque a veces me equivoco...

—Yo hace años que no me paro a pensar cómo son las personas; solo me dejo llevar. Por eso acabé saliendo con mi ex. —La miro curioso y me explica—. Venía a mi casa a verme cuando acababan las clases, me decía cosas bonitas y me hacía sentir especial, querida. Muchos jóvenes habían buscado mis atenciones, pero él había sido el que más se lo había currado; ni siquiera me planteé si me gustaba o no. Cuando descubrí cómo era en realidad, me odié más a mí misma por haber estado tan ciega. Nunca me he arrepentido tanto de dejarme llevar como en ese momento.

—¿Y por qué lo haces entonces?

—Digamos que es importante para una persona que quiero mucho. No lo hago por gusto.

—¿Y no me vas a decir nada más?

—No.

Nos quedamos en silencio. ¿Qué se le dice a alguien que te confiesa que lleva años dejándose llevar, fingiendo ser una persona que no es porque otros así lo esperan?

—No le des más vueltas, Kevin, es mejor que no seamos amigos porque cuando termine el curso me irá, volveré a mi vida de antes y a estar sola. Así me costará menos

seguir mi camino.

Allie se levanta a mirar por la ventana y yo la observo desconcertado, reflexionando en todo lo que me ha dicho.

—No sé si creerte. Suena bastante increíble eso de que no sabes quién eres...

—Nunca he sido más sincera en toda mi vida. —No se vuelve a mirarme, pero no hace falta, sé que está diciendo la verdad.

—No me ha gustado como eras esta mañana. Pero me gusta como eras antes, como eres ahora. —Allie se vuelve y me mira con los ojos llorosos—. Tal vez, cuando acabe el curso, decidas plantarle cara a la vida que te espera y ser tú misma.

—Cuando descubra quién soy —dice con un amago de sonrisa.

—Sí. —Me acerco a ella. Se la ve muy frágil, de pie, en medio de la sala—. No me mientas. Si no quieres contarme algo, no lo hagas, y si no quieres mi compañía, dímelo..., conmigo quiero que seas tú misma.

Por alguna razón, las lágrimas que ha contenido hasta ahora tan bien ruedan por sus mejillas tras mis palabras.

—De acuerdo. Cuando esté a tu lado, mi interior no fingirá, contigo seré yo misma.

Le seco las lágrimas. Ha tenido una forma un poco rara de decir que será ella misma conmigo, pero me vale.

—Me alegra, porque odio las mentiras.

—Lo sé.

—Ahora deberías darte una ducha y tomarte la sopa que te ha traído Jenna.

—Sí, y un gran vaso de agua con limón y azúcar para las agujetas.

Sonríó y Allie me mira más relajada.

—No sé qué será de mí el día de mañana, pero conocerte es una de las mejores cosas que me han pasado en la vida. —Rápidamente agranda los ojos y se sonroja por lo que me acaba de confesar, antes de irse hacia la escalera—. Me voy a duchar..., hasta mañana.

Sube casi corriendo, pese a lo cansada y dolorida que debe de estar, y se encierra en su cuarto dejándome plantado en el salón.

Pienso en sus palabras y me reconozco a mí mismo que yo estoy empezando a sentir lo mismo respecto a ella. Solo espero no arrepentirme, pues tengo la sensación de que Allie me oculta algo..., aunque quizás no sean más que imaginaciones mías debido a lo que me pasó con Sindy.

CAPÍTULO 9



ALLISON

Miro a Kevin mientras me tomo una infusión en la cafetería. Está con su equipo de baloncesto. Ya han empezado los entrenamientos y aprovechan los recreos para planear las tácticas. Sé que mañana sábado jugarán el primer partido. Me gustaría ir, pero no puedo: tengo un compromiso con mi padre.

Desde que el otro día le conté la verdad —o gran parte de ella— hemos coincidido poco, pero siempre que me ve me saluda con calidez. Cuando nos paramos a charlar alguna vez entre clase y clase, no me escondo en mí misma y le respondo dejándome llevar. Me alegra haber hablado con él, aunque no tanto de lo que le dije antes de subir a ducharme. ¿En qué estaba pensando para confesarle algo así? El clima era tan íntimo que no pude frenar mi rápida lengua; cuando quise darme cuenta, ya lo había soltado. Por suerte, Kevin no me ha comentado nada sobre ello. Aun así, no hemos vuelto a vernos fuera del instituto. Es como si nuestra relación se limitara a este entorno; como si me respetara aquí dentro, pero ya no quisiera que sigamos siendo amigos fuera.

—¿Y no estás nerviosa por si es un depravado?

Luna alza la cabeza del móvil y mira a Magda.

—No, he visto fotos tuyas. Además, hemos quedado en el centro comercial.

—Ya, pero...

—No pasará nada.

Magda me mira y me encojo de hombros, sin saber qué decir. Según me contó Magda, Luna lleva muchos meses hablando con un chico por Internet y después de tanto tiempo han decidido conocerse esta tarde. A Magda no le hace mucha gracia.

—Intenta no quedarte en lugares con poca gente —le aconsejo.

—Eso haré, aunque Magda no me crea. —Luna le saca a lengua a Magda y esta pone morros.

—Soy tonta por preocuparme por ti.

—No te lo tomes así... —Le suena el móvil y se levanta para atender la llamada.

—Te necesito. —Miro a Magda imaginándome qué me va a decir—. Deberíamos seguirla.

—Es mejor que no...

—Pero ¿y si es un desgraciado y la secuestra, o algo peor?

Lo pienso un segundo. Puede tener razón. Al final me ha contagiado su desconfianza.

—Vale. ¿Cómo quedamos?

—¿Tienes coche?

—Sin gasolina...

—Entonces vamos en autobús. Casi mejor, así no verá tu coche aparcado.

—Vale.

Quedamos antes de que regrese Luna. Al salir del instituto, veo a Kevin a lo lejos con sus compañeros de baloncesto. Me despido de él con la mano y Kevin hace lo mismo. Tengo ganas de hablar con él, pero temo que mi confesión haya cambiado algo entre nosotros. Lo más seguro es que no quiera estar cerca de alguien que ni siquiera sabe cómo es realmente.

* * *

Andamos un poco agachadas por el centro comercial esperando no encontrarnos con Luna. Magda me ha dicho que ha quedado en la cafetería donde trabaja Kevin, pero no sabe si se tomarán algo allí o se irán a dar una vuelta por el centro comercial.

Desde lejos vemos a Luna en la puerta de la cafetería mirando nerviosa a un lado y a otro. Al poco sale Kevin a saludarla. Pese a la distancia, como cada vez que lo veo, noto a mi corazón dar tontos latidos que no sé de dónde proceden ni a son de qué.

—No sabía que era aquí donde trabajaba Kevin.

—Yo sí. Lo vi por casualidad la semana pasada.

Estoy tan embobada mirándolo atender unas mesas, que no me percaté de cuándo llega el muchacho con el que ha quedado Luna hasta que Magda me coge del brazo de repente.

—Es muy guapo. Luna se ha sonrojado. —Lo miro. No parece mucho mayor que nosotros y no se le ve mal chaval, aunque claro, puede ser todo fachada—. Parece que van a entrar a tomar algo. ¿Qué hacemos? Allí puede vigilarlos Kevin.

—Sí, demos un paseo.

—Me apetece ir a la tienda de Allison Warhol. Quiero ver el modelo que lució el martes.

—Yo...

—Venga, Allie. Tal vez no me quepa la ropa, pero siempre puedo comprarme algún complemento.

La sigo dudosa y me echo el pelo largo del flequillo sobre la cara. Por suerte llevo las gafas bien puestas y no como casi siempre, de diadema en la cabeza. Me quedo alucinada al ver lo llena que está. Solo he entrado en las tiendas de KGM para su inauguración. Si Allison Warhol se presentara en ellas un día cualquiera se formaría mucho revuelo y mi padre prefiere que evite ese tipo de situaciones.

Observo a las jóvenes y no tan jóvenes mirar los diseños. La sección de niñas está preciosa, así como la de complementos, la mayoría de los cuales he lucido en alguna ocasión. La tienda se divide en dos secciones principales, la de precios económicos y otra de prendas más caras, y luego hay dos despachos para diseños de fiesta o exclusivos o de vestidos que he lucido en alguna ocasión en los bailes.

Magda va derecha al expositor de pendientes y yo me pongo a mirar el de niñas. Enseguida me viene a la mente la pequeña Nora y no puedo evitar coger una diadema de color rosa para ella.

—Mira qué pendientes. Seguro que te quedarían muy bien —comenta señalándome unos azules. Sé cómo me quedan, los llevé hace un par de semanas.

—Son bonitos —digo sin mucho entusiasmo.

—Cómpratelos.

—No. —Ya los tengo, pero eso no se lo digo—. Prefiero comprar esto para una vecinita mía.

—Como quieras. ¿Te gustan estos para mí? —Se pone uno sobre la oreja y asiento.

Pasamos a los adornos para el pelo, donde Magda coge algunos. Cuando vamos a las cajas, la veo mirar con nostalgia la ropa.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! No mires así la ropa, no te entra.

Me vuelvo a Sindy y la veo a punto de salir de la tienda con varias prendas de la sección más cara en el brazo.

—A ti sí te entran, pero no te favorecen —le espeto cansada de sus tonterías.

—¿No? Ja, ambas sabemos que mientes. Yo soy perfecta. Si el diseñador que hace la ropa para Allison me hubiera visto a mí primero, seguro que me habría elegido para ser la inspiración de su marca.

¿Pero quién se cree esta tía que es? Miro una de mis fotos que cuelgan en la tienda: ahora mismo no soy esa, no tengo que callarme lo que pienso. Abro la boca para hablar, pero alguien me lo impide:

—Veamos qué tenemos aquí. —«¡Tío Jon! ¿Qué hace él aquí?». Me mira de reojo cuando se acerca a nosotras, pero no me delata—. Eres perfecta.

—Lo sé —contesta Sindy.

—Tú no, ella.

Magda pone los ojos como platos cuando mi tío la señala a ella de entre todas las mujeres que esperan en la cola. Todo el mundo sabe que él es el diseñador, y que diga algo como eso ha atraído muchas miradas.

—Estoy creando una nueva línea de ropa. La perfección está infravalorada, la mujer no debería estar esclavizada a los cánones de belleza para sentirse guapa. La hermosura no tiene por qué coincidir siempre con la perfección y creo que ya es hora de dejar de seguir unos cánones de belleza estipulados y crear patrones reales para mujeres reales.

Lo miro con admiración y Magda, con lágrimas en los ojos.

—Gracias, pero yo no...

—Tú eres perfecta. Pronto la marca hará ropa para todas las mujeres, pues no hay una mujer más bella que otra. Espero verte pronto, porque Allison lucirá la semana próxima mis nuevos diseños. Y sé que con lo hermosa que eres, te quedarán perfectos.

Magda asiente con la boca abierta, incapaz de hacer nada más, y mi tío, tras dirigirme una mirada fugaz de la que nadie se da cuenta, se va hacia uno de los despachos privados que hay en la tienda, seguramente a terminar algún encargo de un diseño exclusivo.

Sindy, por su parte, mira de arriba abajo a Magda y se va enfadada.

—No me lo puedo creer —dice Magda.

—Ya era hora —comento.

—¿Sabes cuánto tiempo he deseado poder ir a la moda? No tienes ni idea de la de regímenes que he hecho y, pese a eso, nunca adelgazo lo suficiente para poder ponerme estas ropas —comenta mirando a su alrededor—. Es un sueño hecho realidad, Allie. Que no tenga un cuerpo perfecto como Allison no significa que no quiera ir a la moda.

—Tienes toda la razón.

Salimos después de pagar. Magda va como flotando y yo, al verla tan feliz, siento como si mi corazón estuviera más ligero. No sé por qué nunca le había planteado esto a mi tío. ¿Tan ciega he estado siempre?

—Tengo hambre. ¿Crees que seguirá Luna en la cafetería de Kevin?

Alzo los hombros y Magda empieza a andar hacia allí.

—¡Magda, Allie! —Nos volvemos y vemos a Pedro venir hacia nosotras; Magda se sonroja instantáneamente. No es la primera vez que me percató de esto y Pedro también observa siempre a Magda de una forma especial.

—Hola. ¿Qué haces por aquí? —le pregunta Magda; yo le saludo con la mano.

—He venido a comprar unas cosas. —Nos muestra una bolsa que contiene una caja de zapatos—. ¿A dónde ibais?

—A tomar algo a la cafetería donde trabaja Kevin. ¿Vienes? —le digo y Magda me mira con disimulo.

—Sí, por qué no. ¿Habéis venido en coche? Si no, luego puedo llevaros a casa.

—Hemos venido en autobús, nos puedes acercar —responde Magda.

Yo asiento, pero trato de idear algo para que ellos dos se vayan solos. Cuando llegamos a la cafetería de Kevin, este nos mira al entrar y nos saluda antes de ir a atender un pedido. Nos sentamos en una mesa de dentro; Luna ya no está. Al poco, Kevin se nos acerca con prisa y nos pregunta qué queremos. Hoy el local está más lleno que el otro día y se nota que está muy liado.

—Yo quiero un zumo de naranja —le digo después de que hayan pedido Pedro y Magda, que no paran de mirarse y charlar entre ellos.

Kevin los mira y sonrío.

—Vente conmigo mientras preparo esto.

Le sigo hasta la barra. Está tan llena de gente que Kevin me dice que pase detrás con él.

—Hoy esto está de bote en bote —me comenta al tiempo que sirve las bebidas de Magda y Pedro—. ¿Estabais siguiendo a Luna?

—¿Tanto se nota?

Kevin me sonrío y atiende a un cliente mientras prepara mi zumo.

—Un poco.

Miro a Magda y a Pedro en la mesa y le confieso:

—Me siento un poco sujetavelas. Pedro se ha ofrecido para llevarnos de vuelta a casa en su coche, pero yo quiero dejarlos solos...

—Salgo a las nueve y media. Te llevo a cenar y así hablamos.

—No hay nada de que hablar. Entiendo que después de lo que dije el otro día...

—No entiendes nada, Allie.

Lo observo intrigada y abro la boca para preguntarle, pero otros clientes lo llaman.

—Mejor te dejo trabajar.

Kevin asiente y se va, y yo regreso con Pedro y Magda. Al poco Kevin viene con nuestras bebidas. Nos ha traído además tres montaditos y una bolsa de patatas.

—Yo no quiero...

—Es de jamón york, eso no engorda mucho —me informa antes de irse.

—¿Estás preocupada por la dieta, Allie? Si estás delgada. Ojalá yo estuviera como tú.

No voy con ropa ajustada al instituto, pero sé que se nota o se imagina mi físico.

—Cojo peso enseguida, así que no me queda más remedio que cuidarme.

—¡Uf, qué suplicio! Es una suerte que yo no engorde nunca, da igual lo que coma —comenta Pedro.

—Y también que seas tío. Si fueras chica estarías más pendiente para poder ir a la moda... Y hablando de moda. ¿Sabes qué?

Magda le cuenta a Pedro lo que nos ha pasado en la tienda con mi tío, mientras yo me tomo mi zumo y el montadito que me ha hecho Kevin. Miro de reojo y le veo atender como siempre, con una cálida sonrisa. Tiene don de gentes.

—¡Allie! —Magda se ríe cuando la miro—. ¿Nos vamos?

—Yo he quedado con Kevin... Idos vosotros. No tardará en salir.

—Si quieres, nos esperamos aquí contigo hasta que salga —propone Pedro.

—No, gracias, idos vosotros. —Pedro saca la cartera para pagar, pero pongo mi mano sobre la suya—. Hoy invito yo, otro día me invitáis vosotros. Y no acepto un no por respuesta.

Ambos me miran, pero finalmente asienten y se despiden de mí. Kevin me deja sin que se lo pida una botella de agua sobre la mesa y sigue a lo suyo. Cuando son las nueve y media pasadas lo veo desaparecer por el fondo de la cafetería. Intuyo que ha ido a cambiarse, así que me levanto y me acerco a la barra a pagar a su compañero, que acaba de entrar.

—Esa cuenta ya está pagada.

Asiento y me voy a esperar a Kevin fuera. Mientras lo hago, intento imaginar qué es lo que querrá decirme. Yo creía que lo habíamos dejado todo aclarado.

—Vamos.

Al volverme, veo a Kevin andando hacia la escalera mecánica. Lo sigo y me pongo a su altura.

—No tendrías que haber pagado nuestra cuenta.

—¿No? Vaya, me equivoqué —bromea.

—Gracias. Ya te debo varias invitaciones. Claro que para eso tendrías que querer venir conmigo...

—¿Y por qué no iba a querer?

Bajamos de la escalera mecánica y caminamos hacia el ascensor del *parking*.

—No sé..., como has dicho que teníamos que hablar...

Kevin me sonrío y llama al ascensor. Mientras lo esperamos, lo miro disimuladamente. Se ha puesto un pantalón vaquero, moderno, y lleva una camiseta negra algo ajustada. Puedo ver su musculatura y me llama la atención como nunca antes me la había llamado nadie. Sin quererlo, mi mente fantasea con acariciar su pecho... ¡¡Qué estoy pensando!! Doy un paso hacia atrás sintiendo de repente mucho calor y estoy a punto de chocarme con una mujer si Kevin no llega a cogerme del brazo.

—Cuidado.

El ascensor llega en este momento y entro deprisa, deseando no liarla más. Cruzamos el aparcamiento en silencio, hasta que llegamos al coche de Kevin, entramos y nos ponemos en camino.

—¿Dónde vamos?

—A cenar barbacoa.

—¿Barbacoa? —pregunto extrañado.

—Sí, unos amigos de mi hermano, y ahora míos, han organizado una de sus famosas barbacoas.

—Ya. Y seguro que todo lo que sirven engorda.

—Es muy posible.

—Yo no puedo...

—Mañana te compenso yendo a correr contigo..., pero esta vez por un camino que sea transitado.

—No hace falta. —Kevin me mira—. Bueno, si insistes, no me negaré.

Asiente y vuelve a poner los ojos en la carretera.

—¿Qué tal va tu rodilla?

Esta semana me ha preguntado varias veces por ella.

—Mejor. Sigue luciendo una fea herida, pero bien.

Kevin sonrío.

—Kevin..., ¿de qué querías que habláramos?

—De nada. Solo era una excusa para que no pudieras negarte a hablar conmigo.

—¿En serio? Pero ¿y qué hay de lo que te conté el otro día?

—Mientras conmigo seas tú misma y hagas lo que sientes, no me importa quién fueras antes o quién seas ahora. Nunca es tarde para encontrarse a uno mismo.

—Gracias por entenderlo.

—De nada. Pero no vuelvas a dejarte llevar, Allie, la vida es un regalo demasiado valioso. Si lo haces, un día te darás cuenta de que has desperdiciado tu vida por nada.

Asiento y miro la carretera. Kevin tiene razón y sé que cuando todo esto termine no podré volver a ser la misma que era y seguir llevando la vida que llevaba. Si ahora lo soporto, es solo porque tengo un respiro.

Cuando entramos en el pueblo y vamos hacia la zona de mansiones, me altero. ¿Dónde vamos?

—¿No me dijiste que íbamos a una barbacoa?

—Sí.

—Pero aquí...

—Es donde viven mis amigos.

Kevin está sonriente; yo, aterrada. ¿Sus amigos viven aquí? No entiendo nada. Eso me hace pensar en Jenna. A pesar de ser la hija de un marqués, ella ha elegido vivir una vida normal y salir adelante con su esfuerzo; lo sé porque mi padre se informó sobre quiénes eran mis vecinos antes de instalarme allí. Pero ¿quiénes serán los amigos de Kevin? ¿Jack? Sí, tiene que ser Jack.

Sin embargo, cuando se detiene y me indica la casa, sé que no se trata de Jack. Peor aún, yo he estado aquí de fiesta hace poco. ¿Me reconocerán?

CAPÍTULO 10



KEVIN

Allie se pone tensa al salir del coche y la observo con el ceño fruncido. Una vez más está rígida, distante y fría.

—Allie, deja de hacer eso.

—¿El qué? —me dice entre dientes.

—Has vuelto a ponerte tu máscara de indiferencia y superioridad.

Allie me mira asombrada y agacha la cabeza.

—Lo siento.

—No pasa nada, pero no tienes que esconderte. Son buena gente y el título solo es algo más en sus vidas, no algo que las caracteriza. Vamos.

Allie asiente, inspira hondo y parece relajarse, aunque solo le dura hasta que cruzamos la puerta de la casa. La miro mientras andamos hacia el jardín, donde nos ha dicho el mayordomo que están los demás. Allie camina con la espalda erguida, como si la gente tuviera que admirarla al pasar. ¿Por qué diablos hace eso? Me detengo y me pongo delante de ella. Allie me dirige una mirada fría, hasta que se da cuenta de ello y cambia de expresión.

—¿Prefieres que nos vayamos?

Allie me estudia y, mientras lo hace, yo no bajo la mano que tengo puesta en su brazo. Me gusta sentirla.

—No —dice al tragar el nudo que se le ha hecho en la garganta.

—¿Estás bien?

—No puedo evitarlo. Me sale de forma natural cuando creo que tengo que ocultarme.

—Aquí puedes ser tú misma, Allie, te lo aseguro. Puedes quitarte esa estúpida fachada. —Ella asiente pero no se separa de mí y yo tampoco hago nada por romper este momento—. Y dejar de ser una repelente.

Allie sonrío y por fin se relaja.

—¿Qué? ¡No soy repelente!

—Cuando te pones en plan de «Miradme, soy perfecta», sí.

—Gracias por ser tan sincero —dice con ironía.

—Para eso están los amigos, ¿no? —bromeo.

Allie no dice nada más y continuamos hacia el jardín. Por desgracia, nada más salir y ver a mis amigos vuelve a subir las defensas.

—Allie...

—Vale, ya lo dejo —dice sonriente y le devuelvo la sonrisa.

—¡¡Kevin!! ¿Juegas al fútbol con nosotros?

Me agacho a saludar a Matty. Erik lo sigue de cerca y Neill está a pocos pasos.

—Ahora voy.

Matty salta alegre y se aleja con el balón. Cojo a Erik en brazos y voy con él a saludar a sus padres. Allie camina a mi lado y lo observa todo, asombrada. No me extraña, esta fiesta no tiene nada que ver con las que se supone que celebran los marqueses.

Bianca se ha puesto un pantalón vaquero y una camisa vieja para no mancharse con las brasas de la barbacoa. A su lado están Albert, Robert, Adair, Matt y Ángel, que ha podido escaparse del trabajo para venir aquí.

—¡Hola, Kevin! —Me vuelvo a saludar a Becca, que viene hacia nosotros con una bandeja de comida.

—Hola, preciosa. —Le doy dos besos. Erik me pide que lo baje y, en cuanto lo hago, corre a reunirse con sus amigos.

—Becca, te presento a Allie. Allie, esta es Becca, una buena amiga mía.

—Encantada. —Becca le da dos besos a Allie, que otra vez se ha puesto rígida.

Al poco salen de la casa Laia, Jenna y Dulce con más comida. Presento a Allie a todos y cuando noto que empieza a sentirse cómoda hablando con Jenna, voy con los pequeños, que no paran de llamarme para que juegue con ellos.

Nora está a pocos metros mirándolos jugar con cara triste.

—Vamos, Nora, tú irás conmigo. —La niña toma mi mano feliz.

—¡Eh! No puede jugar.

—¿No? ¿Y eso por qué? —contesto a Matty.

—Porque las chicas son unas patosas. Si vas con ella, vas a perder.

—Yo no creo eso. Y para demostrároslo, os reto a un partido. Nora y yo contra vosotros.

—Nosotros somos tres, te falta uno —me responde Neill.

—¿Allie? —Esta me mira y le digo que se acerque—. ¿Sabes jugar al fútbol? —le pregunto cuando llega.

—No.

—Bien, irás con nosotros.

—He dicho que no sé jugar, Kevin.

—No pasa nada, ganaremos igualmente a estos pequeñajos.

—¡¡No somos pequeñajos!! —contesta Matty.

—¿Ah, no? Mientras no dejéis jugar a Nora, para mí lo sois.

—¡No es justo! —protesta Matty.

—Bah, déjales, nosotros somos mejores —le dice Neill sonriente.

Se van los tres y miro a Nora, que está pletórica por poder jugar.

—Les vamos a ganar, ¿verdad, Kevin?

—Pues claro —respondo y le revuelvo el pelo—. ¿Sabes lo básico al menos? —le pregunto a Allie.

—Sí, lo básico, sí.

—Con eso es suficiente.

—Pero la última vez que jugué al fútbol tendría la edad de Nora más o menos... —se excusa.

—Me da igual. Además, así haces ejercicio y puedes comer luego sin remordimientos.

—Piensas en todo, ¿no?

Asiento y les digo dónde tienen que colocarse. Allie se pone en la portería improvisada con dos conos naranjas y empezamos a jugar. Le paso a Nora el balón, pero Matty o Neill no tardan en quitárselo, van a portería y chutan. Allie consigue parar el balón cayendo al suelo. Me río y ella me devuelve la sonrisa. Seguimos jugando y cuando meto el primer gol y cojo a Nora para celebrarlo, Matty grita que es trampa.

—No sabes perder, Matty.

—Claro, porque siempre gano. ¡¡Papá, ven a jugar en nuestro equipo, que Kevin hace trampas!!

Matt se acerca sonriente y le pregunta a su hijo:

—A ver, ¿qué trampas hace Kevin?

—Meter goles, y eso que juega con chicas.

Matt se ríe por las ocurrencias de su hijo y se une al juego.

—Entonces mi papá también tiene que jugar. —Nora sale corriendo, coge a Robert del brazo y lo arrastra hacia el campo. Adair viene detrás.

—Jugad vosotros, yo tengo sed —Allie aprovecha la ocasión para ir donde están las chicas. Nora se queda con nosotros y empezamos a jugar un curioso partido en el que las trampas están servidas.

Matty, cansado de no meter goles, acaba dando al balón con la mano y le digo:

—Tramposo.

—Como tú —me contesta Matty sacándome la lengua.

Seguimos jugando un poco más hasta que decidimos ir a ayudar con la cena. Los pequeños siguen jugando; Nora, en cambio, sigue a su padre, pues sabe que no estando los mayores no la dejarán jugar, para variar.

Cuando llego a la mesa, Allie está preparando una ensalada con Jenna y se ríe por algo que esta le acaba de decir. Se la ve relajada, no hay rastro de esa máscara de frialdad y superioridad suya... Es increíble, ha encajado en el grupo sin más. Me quedo sorprendido por mi descubrimiento y, aturdido, aparto la mirada y decido ir a ayudar a otra parte, sin querer ahondar mucho en lo que acabo de sentir al verla con mis amigos.

ALLISON

Termino de preparar la ensalada con Jenna y Becca se acerca para recoger un poco la mesa y hacer sitio para la comida. Me siento muy a gusto con ellas. No me ha pasado como en las fiestas o celebraciones en las que he estado, es como si aquí todos dejaran sus responsabilidades tras la puerta y solo fueran ellos mismos. Y esto me gusta. Cuando aparcamos enfrente de la casa y supe de quién era, me aterrorizó. Albert siempre es muy serio en las reuniones sociales, pero en la intimidad no tiene nada que ver. Hay calidez en sus ojos, sobre todo cuando mira a su familia. Supongo que en las fiestas todos representamos un papel. El problema es que llegó un momento en que yo representaba ese papel siempre, solo me relajaba en contadas ocasiones y ahora, al presenciar este ambiente tan distendido, me doy cuenta de lo mucho que me equivoqué.

—¿Qué?, ¿pensabais empezar sin nosotros?

Me vuelvo a mirar a Jack, que acaba de entrar en el jardín. Viene acompañado de un joven rubio igual que él, salvo porque tiene los ojos castaños, como los de Albert. Si uno solo ya es impresionante, ver a los tres juntos te deja sin habla.

Jack me saluda y me presenta a su hermano Aiden, aunque yo ya le conocía de vista por haber coincidido con él en alguna que otra fiesta. Este me sonrío con calidez haciendo que se marque su hoyuelo.

—¿No tenías concierto hoy? —le pregunta Kevin a Jack.

—Lo han aplazado al viernes de la semana próxima. Mejor, así descanso un poco.

—Cualquiera diría que no disfrutas con la música —ironiza Albert.

—Sí, me encanta. Sobre todo lo de atraer a tantas chicas guapas. Más de uno querríais estar en mi pellejo —dice pícaro.

—Ni lo sueñes —le contesta Robert.

Jack le sonrío y va hacia la barbacoa.

—Qué buena pinta tiene la ensalada —dice Aiden. Su comentario me sorprende. Tiene una calidez especial, no es tan serio como sus hermanos, pero aun así, parece más maduro de lo que le correspondería para su edad.

—Gracias, las ensaladas son una de mis especialidades.

—Las de mi novia, también. No come otra cosa. —Y sonrío con tristeza.

No sabía que tuviera novia. Le he visto muchas veces hablando con una joven rubia en las veladas, pero si se trata de ella, aún no han hecho el anuncio oficial.

—Allie es muy estricta con su dieta —bromea Kevin.

—El otro día hicieron que me la saltara comiendo galletas de chocolate —le reto.

—Sí, después de tropezarte con una piedra y casi partirte la crisma.

—¿En serio te pasó eso? ¿Estás bien? —me pregunta Becca.

—Sí, tuve suerte de que un caballero de brillante armadura y con un paquete de galletas de chocolate viniera a por mí. Lo mejor de todo fueron las galletas, sin duda —digo mirando sonriente y relajada a Kevin, que me devuelve la sonrisa.

—Mamá, tengo hambre. —Nora pone morros a Jenna.

—Ya queda poco para cenar. Ten un poco de paciencia.

—Aquí hay patatas —le digo acercando un plato.

—No, que si no luego no come. Gracias.

Miro a la pequeña y recuerdo lo que le compré.

—Tengo algo para ti, Nora.

—¿Para mí? —pregunta abriendo mucho los ojos.

Entro en la casa a buscar mi bolso. La niña me sigue ilusionada y cuando lo abro, mira dentro como si esperara encontrar un tesoro.

—¡Es de la princesa Allison! —exclama dando saltitos cuando le tiendo la bolsa y se da cuenta de que es de la tienda de mi padre.

—Sí, es de ella.

La pequeña chilla de alegría cuando saca la diadema, me pide que se la ponga y sale corriendo emocionada al patio a enseñársela a los demás. Me quedo rezagada pensando en su ilusión. Si con una diadema consigo hacer feliz a una niña, tal vez no lo haya hecho tan mal en estos años.

Cuando salgo al patio, Jenna se acerca a darme las gracias por el detalle.

—No tienes por qué dármelas.

Nos sentamos a cenar y Kevin se sienta a mi lado con una bandeja de pan y otra de salchichas.

—¡Yo no voy a comer eso! —exclamo cuando me pone un par de salchichas en el plato, pero como parece ignorarme, le digo—: Kevin...

—Perdona, no te he oído, debo de tener los oídos taponados —responde echándome otra más.

—Como me coma esto, mañana pienso tenerte toda la mañana corriendo.

Kevin sonrío pero no dice nada.

Al final accedo a tomarme las salchichas y acabo picando más cosas. Todos comemos con los dedos, entre risas y bromas. Hacía tanto tiempo que no disfrutaba así, que no comía sin pensar en estar perfecta, en mi régimen y en mantener las formas... Me siento feliz. Se nota que los amigos de Kevin son muy buena gente. Laia no para de hablar de su boda y su novio, Adair, la mira con cariño, aunque a veces finge que está cansado del tema, para picarla. A Ángel lo había visto en la tele, aunque es más guapo en persona. Lo he pillado más de una vez acariciando la tripa de Dulce de forma distraída, como si no pudiera evitar sentir a su hijo. Se respira mucho amor y complicidad en el ambiente y eso hace que me sienta rara. La última vez que vi esa clase de amor yo era pequeña; incluso he llegado a dudar que mis padres se quisieran alguna vez así. Porque mi madre se marchó cuando su cómoda vida cambió. No aceptó que mi padre quisiera luchar por sus sueños y creo que, cuando alguien te quiere de verdad, te apoya en todas las circunstancias, sean las que sean.

—¿Qué piensas? —me dice Kevin—. Llevas un rato pensativa.

—En mis padres —le digo—. Me preguntaba si alguna vez se quisieron. Se divorciaron hace tantos años que ya no me acordaba de lo que es estar rodeada de personas que se quieren. Pero no me quejo. Mis padres me quieren y me cuidan, cada uno a su manera, y sé que aunque mi madre viva lejos, piensa en mí.

—¿Qué edad tenías cuando se divorciaron?

Esa pregunta me trae a la mente un recuerdo que decidí olvidar hace tiempo. Era mi octavo cumpleaños y mis padres discutían en la cocina por algo tan simple como dónde ir a merendar para celebrar mi cumpleaños. En esa época se peleaban por cualquier cosa. Cuando creían que dormía, discutían hasta altas horas de la noche... Pero aquel día fue mucho peor. Mi madre acabó tirándole a mi padre la tarta que me había comprado y después hizo su maleta y se fue. Ese año pasé mi cumpleaños encerrada en mi cuarto llorando y, aunque mi madre luego me pidió perdón, ya nada fue igual. Ella ya no regresó a casa.

—Ocho —respondo—. Se separaron cuando yo cumplí ocho años.

—Eras pequeña.

—Aun así, he sido afortunada.

—Sí, lo sé, pero eso no significa que no te duela. Cada uno se queja siempre de lo que le ha tocado en la vida.

—Ya.

—Al final has comido más que yo —bromea para que deje de estar seria.

—Mentira. Tú no has parado de comer.

—Mañana tengo partido y hay que reponer fuerzas.

—Nosotros iremos a verte —comenta Becca.

—Y yo —se apresura a decir Matty.

—Cuando mamá dice «nosotros», eso te incluye a ti también —le informa Matt a su hijo.

—Por si acaso.

No puedo evitar sonreír por las ocurrencias que tiene el pequeño. Es igual que su padre y se ve a la legua que es un trasto.

Sacan unos pasteles cuando terminamos de cenar y acabo cogiendo uno, hasta que me doy cuenta de lo que he hecho y lo miro en mi mano.

—Vamos, Allie, estás deseando darle un bocado.

—Sí, pero... —Es como si algo me lo impidiera. Enseguida pienso en todo lo que debe de engordar y un segundo después, lo veo desaparecer en la mano de Kevin.

—Abre la boca.

—¿Qué...? —No puedo acabar la frase, pues Kevin aprovecha el momento para que muerda el pastel. Lo cojo de su mano y lo miro enfadada.

—No ha sido tan difícil, ¿no?

—Toda la mañana corriendo te pienso tener —le digo cuando trago el trozo que tenía en la boca.

Kevin simplemente se ríe. Al final acabo degustando el resto del pastel y cojo otro ante la atenta mirada de Kevin.

Dulce empieza a hablar de su trabajo y del acto benéfico que va a celebrarse este domingo. Había escuchado hablar de su obra, de cómo rehabilitó una antigua mansión para que las personas sin medios pudieran tener una segunda oportunidad en la vida. Nunca he estado allí y, escuchándola hablar sobre ello, me siento algo mal por haber pensado antes que hacía algo bueno por hacer feliz a una niña. Dulce hace mucho más sin esperar nada, salvo que la gente ayude a sus acogidos.

Cuando llega la hora de irse, Jenna se ofrece a llevarme, ya que vivimos una al lado de la otra.

—Vale.

De reojo, veo a Kevin abrir la boca para negarse, pero luego asiente.

—Está bien.

—Por cierto, no puedo quedar mañana por la mañana —miento, pues ahora mismo tengo las emociones a flor de piel y necesito tiempo para aceptar esto—. Acabo de recordar que ya tenía planes, pero espero que ganéis.

—Eso seguro —me contesta Jack.

Al despedirme de Kevin, espero que diga algo, como que mejor me lleva él o que por qué no puedo quedar, lo deseo tanto, que ando aún más deprimida hacia el coche de Jenna porque en el fondo sé que no lo hará. Esto que siento no es bueno, no puede haber nada mientras mienta a Kevin, mientras les mienta a todos. Él nunca podría querer a alguien que ni siquiera existe. ¿Dónde me estoy metiendo?

CAPÍTULO 11



KEVIN

Saco los balones de baloncesto para que jueguen todos los niños que hay en la cancha.

Hoy ha venido mucha gente a la fiesta que ha organizado Dulce para recaudar fondos. Todos los amigos de Adair están aquí; también los padres de Dulce y Ainara, la hermana de Jenna, que desde que se casó con un buen hombre parece otra. Lo primero que hizo fue hacerse cargo de su hijo, al que había dejado en casa de sus padres tras su alumbramiento porque se veía incapaz de cuidarlo; luego no tardó en quedarse de nuevo en estado, y esta vez ni se planteó dejar al bebé con sus progenitores. Según Jenna, se la ve feliz como nunca antes. Aunque Jenna y Ainara nunca han sido las mejores hermanas del mundo, su relación ha mejorado mucho últimamente. Elen y Liam no tardarán en llegar; desde que Elen es princesa, se ha involucrado mucho en los proyectos de Dulce.

—¡¡Mira quién viene por allí!! —comenta Magda acercándose a mí seguida de Luna; ambas han venido a animar en el partido de baloncesto—. ¡¡Es Allison Warhol!!

—No me puedo creer que esté aquí —dice Luna.

Efectivamente, Allison sale seguida de su séquito de fotógrafos al patio trasero de la casa, donde están las pistas de baloncesto y la zona de juegos. No puedo evitar mirarla con interés; es más hermosa de lo que las fotos pueden captar de ella. Lleva el cabello pelirrojo suelto y retirado de un lado. Hoy se ha puesto un pantalón moderno y una camiseta muy elegante pero que no se le ciñen al cuerpo, como es habitual. Camina con arrogancia y mira a su alrededor con altivez; aun así, no puedo dejar de admirar sus ojos bicolors que, pese a la distancia que nos separa, relucen como si fueran dos piedras preciosas.

Aprieto la mandíbula cuando me doy cuenta del interés con que la miro. No es más que una princesa malcriada, no debería sentirme atraído por ella. Yo nunca me fijaría en alguien así.

—Es guapísima. ¿Y has visto la ropa que lleva? ¡¡Es lo que me dijo su diseñador!! Luna, tenemos que ir a la tienda cuanto antes a hacernos con ella.

—Sí, claro —Luna asiente con la cabeza, sonriente.

Los tres observamos como Allison posa cerca de las canchas de baloncesto y luego en la zona de juegos con algunos niños que se han acercado a ella.

Su visita es rápida y, como siempre, no habla con nadie, no comenta nada, solo deja que la admiren como si fuera un cuadro en un museo y se esfuma. ¿Qué clase de vida es

esa? Debe de gustarle; si no, no lo haría. Nadie hace algo así por obligación.

Dulce viene hacia mí sonriente.

—Allison Warhol ha posado en varias habitaciones de la casa. Esto traerá nuevos socios y más aportaciones económicas. ¿A que es genial?

—Solo lo ha hecho para que se vendan más modelos suyos. ¿No vamos a jugar esta tarde? —le pregunto para que dejemos de hablar de Allison y nos centremos en el partido que voy a jugar con los chicos.

Dulce me observa seria con sus ojos violetas y asiente. Sé que no es propio de mí ser así de borde, pero odio no poder quitarme a Allison de la cabeza ni olvidarme de su mirada. ¿Por qué mi mente me tortura de esta manera?

ALLISON

Llego al instituto el lunes por la mañana. Aún recuerdo la cara con la que me miró ayer Kevin cuando aparecí siendo Allison Warhol. Me costó mucho no sonreírle y no saludarlo desde lejos, pero me refugié en mi apariencia fría y distante de siempre. Espero que, cuando salgan las fotos, la gente que desconocía la existencia de la asociación de Dulce la ayuden. Además, me vestí adrede con la ropa que ha diseñado mi tío para todo el mundo.

No tardo en ver a Kevin al final del pasillo. Estos dos días que he estado sin hablar con él lo he echado de menos. Parece increíble que solo lo conozca de hace dos semanas; es como si siempre hubiera estado presente en mi vida.

Camino hacia él con el corazón martilleándome en el pecho. No puedo evitarlo, mi pulso se acelera cada vez que lo veo o cuando pienso en él, cosa que últimamente sucede muy a menudo.

Quiero saber qué opina de lo que hice ayer. Me pregunto si habrá apreciado el detalle de que Allison fuera hasta allí para promocionar la obra de Dulce y conseguir que recaude más fondos. Espero que sí.

—Buenos días —saludo a Kevin y a Jack.

—Buenas. —Kevin me baja las gafas de la cabeza y cuando me las pone sobre la nariz, me parece percibir una leve caricia de sus dedos en mi mejilla, pero me convenzo enseguida de que solo ha sido un gesto involuntario—. Así no conseguirás ver mejor.

—No logro acostumbrarme —le digo, poniéndome mejor las gafas cuando Kevin aparta la mano—. ¿Qué tal el partido?

—Ganamos —me responde Jack y se despide de nosotros para entrar a clase.

—¿Qué tal el fin de semana? —me pregunta Kevin sin dejar de mirarme.

—Bien, con mi padre. ¿Y tú qué tal? He oído que ayer fue Allison Warhol a la mansión de Dulce. ¿Ves como no es tan mala como la pintabas? —lo digo sonriente, pero

cuando Kevin me observa con el gesto duro y los ojos fríos, pierdo la sonrisa.

—Solo lo hizo por interés. Así la gente pensará que tiene buen corazón y subirán las ventas de su marca de ropa.

—¡Pero esto puede traer más colaboradores a la causa de Dulce! ¿Acaso eso es malo?

—A ella le sobra el dinero. Si de verdad quería hacer una buena acción, podía haber hecho una donación de forma anónima y nadie se hubiera enterado. Pero no, tuvo que posar con ese nuevo modelo para atraer más miradas.

Me enfurezco y lo miro con rabia.

—Pues yo creo que en ningún momento pensó en lo que podía sacar a cambio.

—Allie, no quieras ver cosas que no son.

—Y tú no te empeñes en ver más de lo que hay.

—Allie...

—Déjame. No tengo ganas de hablar contigo de este tema. Tú ves lo bueno en todo el mundo menos en ella. ¿Por qué?

—Porque no la soporto, Allie. Tan simple como eso.

Tras decir esto, Kevin entra en clase y me quedo en el pasillo, afectada. ¿Por qué odia tanto mi persona? ¿Por qué odia todo lo que tenga que ver con Allison Warhol?

Voy hacia el aseo, pues necesito serenarme. Cuanto más conozco a Kevin, más me afecta todo lo que hace. Aunque me cueste reconocerlo, se ha colado en mi interior sin darme cuenta, y saber que cuando descubra la verdad me odiará y me repudiará porque, como dice él, simplemente no me soporta, me llena de una profunda tristeza. Mientras siga llevando este disfraz, seré alguien que le puede agradar como amiga, pero un día, cuando la verdad salga a la luz, Kevin no podrá mirar a Allison pensando que soy yo, la Allie de siempre. Lo sé.

KEVIN

Busco a Allie en el recreo. Magda me dijo que se fue pero no sabía adónde. Desde que discutimos esta mañana ha estado distante. No sé por qué cada vez que hablamos de Allison Warhol acabamos discutiendo. Tal vez sea porque ella, al igual que yo, piensa que es una estupidez juzgar a alguien que no conozco y que, por tanto, debería serme indiferente.

Encuentro a Allie sentada en el césped, con la espalda apoyada en un árbol y un libro abierto sobre las piernas. El pelo moreno le cae sobre la cara y, una vez más, lleva las gafas puestas de diadema. Empiezo a pensar que no las necesita.

A pocos metros de ella hay una pequeña flor amarilla que se ha abierto paso entre la hierba. Me agacho a cogerla y, al llegar al lado de Allie, la dejo caer sobre su libro. Ella la coge y luego alza la vista.

—Es la flor de la paz —le digo sonriente y sintiéndome un poco estúpido por darle algo así.

Allie sonrío y la acaricia entre sus dedos.

—Gracias.

—He estado pensando y creo que, para evitar que el césped se quede sin flores, es mejor que no hablemos más de Allison Warhol.

Allie agacha la cabeza y noto como un halo de tristeza pasa por sus ojos, pero es tan rápido que me pregunto si no lo habré imaginado.

—Yo también creo que es lo mejor. Además, así conservamos las flores. —Allie me sonrío y cierra el libro dejando la flor dentro—. Así se conservará.

Me sorprende que quiera guardarse un detalle tan tonto, pero a la vez me agrada.

Le tiendo la mano para ayudarla a levantarse y ella la coge sin dudarle. Siento su pequeña mano en la mía y un leve cosquilleo me hormiguea la palma. Ahora que ya está de pie, sé que debería soltar su mano, pero ninguno hace nada por romper este débil contacto.

Finalmente, Allie se separa y empieza a andar hacia la cafetería.

—Te debo muchas invitaciones, ¿te apetece un café? Invito yo. —Me sonrío y asiento al tiempo que la sigo. No sé qué tiene Allie que me hace desear estar a su lado. Ya no creo que sea solo que me intriga. Cada día que pasa y me descubro buscándola entre la gente sin querer, me hace pensar que empiezo a sentir algo más... y no sé si quiero que ese «algo más» crezca.

ALLISON

Entro en el centro comercial con Luna y Magda. Esta última está eufórica; primero, por la fiesta de esta noche —es viernes y hemos quedado con Pedro para ir—, y segundo, porque va a poder comprarse ropa de moda en la tienda que tanto le gusta.

Las sigo, mirando los diferentes escaparates. Esta semana ha sido algo agitada: entre los estudios y los actos a los que tenía que acudir como Allison Warhol, me ha quedado poco tiempo. Kevin también ha estado liado con el trabajo, los estudios y, ahora, los entrenamientos de baloncesto, y solo le he visto en el instituto pero, pese a eso, siempre que hemos podido uno de los dos se ha acercado a hablar con el otro. Es como si lo hubiéramos convertido en una costumbre diaria. Lo peor es que cada día que pasa se cuela más en mi corazón, por más que yo lo proteja para no sufrir. No puedo evitar llegar al instituto feliz sabiendo que lo voy a ver, recordar su sonrisa cuando no está cerca y ansiar nuestro próximo encuentro.

—¡Ya hemos llegado!

Entramos detrás de Magda, que se ha vuelto loca en cuanto ha visto la tienda y se va derecha a mirar la nueva sección. Me fijo en que hay muchas mujeres en ella. ¿Por qué

nunca hemos reparado en esto?

Magda coge una camisa y se la prueba por encima, le debe de quedar preciosa.

—Mírala, está entusiasmada —me dice Luna con disimulo—. Magda intenta más que nadie estar a la moda y verse bonita, pero le es imposible. Aparte de que le cuesta mucho adelgazar, en cuanto deja un poco la dieta, le engorda todo lo que come.

—Yo llevo tantos años a régimen que ya no sé lo que es comer lo que te apetece en todo momento.

—Yo, sin embargo, todo lo que como lo quemo. Es lo que tiene ser tan nerviosa. —Luna me sonrío y vamos hacia Magda, que no para de llamarnos y ya tiene las manos llenas de cosas. Su felicidad me hace sonreír y noto como mi corazón se ensancha un poquito.

—Deberías comprar algo para esta noche. Así impresionarás a Kevin —me dice Magda guiñándome un ojo.

—Yo no quiero impresionar a nadie —le digo cogiendo una camiseta.

—Sí, claro, y a mí no me gusta Pedro, y a Luna no la vuelve loca su «ciberamigo».

—Solo somos amigos... —Empiezo a decir, pero me corta.

—Te he visto buscarlo con la mirada todos los días y cómo le sonrías con cara de tonta cuando te mira. A mí no me engañas, sé reconocer las señales de los enamorados —certifica Magda muy segura de sí misma.

—No quiero que me guste —reconozco.

—¿Por qué? —me pregunta Luna, que ha cogido también un par de camisetas.

—Porque no es para mí.

—Pues que sepas —añade Magda— que a Kevin también le he pillado mirándote alguna vez sin que te des cuenta... Yo creo que entre los dos hay algo.

Al oír eso, mi corazón comienza a latir más rápido y siento unas tontas mariposas revolotear en mi estómago, pero enseguida niego con la cabeza y pongo los pies en el suelo.

—No es posible. A él no le gusto yo.

Y esa es la verdad. De gustarle, le gusta la persona anónima por la que me hago pasar en el instituto, no yo misma.

—Bueno, lo que tú digas. Pero ponte guapa para dejarlo con la boca abierta de todos modos. —Me tiende un pantalón negro—. Toma este pantalón ajustado, te quedará genial.

—No quiero ir ajustada.

—Pruébate. Si te pasas tanto tiempo a régimen, ¿por qué no lucirlo? —me dice sonriente Magda, y al final lo cojo. También me da un par de camisetas.

Cuando tenemos las manos llenas, vamos hacia los probadores. Aunque ya sé que los pantalones me quedarán bien —los he lucido alguna vez—, me meto en uno de ellos para

disimular y me los pruebo igualmente, junto con una camiseta azul. Sé que, de no llevar estas lentillas oscuras, el color resaltaría mis ojos y se verían más azules que verdes. Me gustaría dejar de llevar este disfraz y el de Allison Warhol, salir a la calle como quiera, como me dé la gana, y no llevar más artificios, pero no puedo. Ahora mismo ni puedo ni quiero dejar ninguno de los dos. Lo peor es que últimamente me he preguntado cómo hubiera sido mi vida de no haberme hecho este tatuaje y no haber empezado este juego.

—¡Sal, Allie, que te veamos y me veas! No me puedo creer que me quepa el diseño que Allison Warhol llevó este domingo en la mansión de Dulce. Claro, que a mí no me queda tan bien como a ella.

Cuando salgo, Magda está preciosa: los colores resaltan su pelo castaño y hacen que sus ojos brillen con calidez.

—Estás mucho más guapa que ella.

—Eso lo dices porque eres mi amiga. ¡Tú sí que estás increíble! —Magda me gira y me siento algo incómoda—. ¡Menudo culo! Está mal que yo lo diga, pero ¡madre mía! ¿Me lo cambias?

Me río.

—Claro, por qué no.

—Vas a dejar a Kevin con la boca abierta. Estoy deseando ver su cara y la de Sindy. No se espera que tengas ese cuerpazo. Como siempre lo escondes...

—No sé si...

—Si no te lo compras, yo no me compro este.

—A ver que os vea —comenta Luna apareciendo con otro de los modelos, que le favorece porque, al estar tan delgada, no se pega a su cuerpo y realza su figura—. Yo también me pido tu culo.

—Qué manía os ha dado con él.

Me meto en los probadores y me miro al espejo como tantas otras veces, pero esta vez hago algo que nunca he hecho hasta ahora: preguntarme si le gustará a Kevin.

KEVIN

Observo a Jack preparando su guitarra en el escenario, mientras empieza a llegar la gente para ver el concierto que darán esta noche. Jack es muy meticuloso con sus instrumentos, no como los demás componentes de la banda, que están más preocupados por atraer la atención femenina que por cuidar que todo esté en orden. Desde luego, el grupo está triunfando gracias a Jack: tocan canciones versionadas por él y además, aunque no sea el cantante, por norma general suele ser el que más atenciones atrae. Las tiene locas. Muchas dicen que parece un pirata y ahora que se ha puesto un pendiente de brillante, más. Sé que Jack no solo canta y toca la guitarra, también toca el piano y

compone canciones, pero cuando le pregunto por qué no prueba suerte en solitario, me cambia de tema. Es como si no quisiera triunfar solo.

Jack levanta la cabeza y me dice que suba con él. Cuando me acerco, me pide que le ayude a revisar los instrumentos de los demás.

—Deberías saber tocar algún instrumento. ¡Menuda panda de idiotas me he buscado!
—Jack observa a sus compañeros, que están ligando con unas jóvenes y haciéndose fotos con ellas.

Una vez que está todo listo, me bajo del escenario. La discoteca se ha empezado a llenar y varias jóvenes gritan el nombre de Jack, pero este hace como que no las oye y sigue a lo suyo.

Cruzo las pequeñas vallas protectoras de un salto y me encuentro cara a cara con Allie.

—Hola. Te vi en el escenario cuando entré.

—Hola. Sí, Jack necesitaba que le echaran una mano. —La observo mientras la saludo. No lleva las gafas y va más maquillada que otras veces, haciendo que resalten sus rasgos. Maldigo su brillo de labios, pues me hace desear probarlos para comprobar si son tan jugosos como parecen. Mi vista recorre su cuerpo. Lleva una camiseta azul algo ajustada y un pantalón negro que deja poco a la imaginación y que me quita el aliento. Enseguida noto que no soy el único que se ha percatado del cuerpo de Allie y siento celos, algo totalmente nuevo para mí, ya que nunca me había ocurrido con mis anteriores parejas.

—Estás preciosa —le digo entre dientes mientras de reojo me doy cuenta de que Carlos trata de fotografiar el culo de Allie con su móvil—. Un momento.

Voy hacia Carlos y le quito el móvil.

—¿Se puede saber qué haces? —me pregunta incrédulo.

—Es una falta de respeto que fotografíes a alguien si no lo desea.

—Fotografiaré lo que me dé la gana.

—Déjalo, Kevin, no importa —me corta Allie poniendo su mano sobre la mía—. Gracias.

—De nada.

Miro molesto el escenario. No es típico en mí actuar así, pero al ver a Carlos haciéndole fotos a Allie he sentido rabia y celos.

—Qué ganas de que empiece —comenta Magda—. Hola, Kev, estás muy guapo esta noche. Como siempre, ¿no, Allie?

Allie le dirige una mirada asesina y luego asiente.

—Estás muy guapa, Magda —le digo.

—¿Verdad que sí? Me siento una princesa. Hoy me puedo comer el mundo.

Al poco llega Pedro. Este mira a Magda igual que yo hace un momento miré a Allie. Es evidente que entre ellos dos hay algo... ¿También lo hay entre Allie y yo? No, no es lo mismo.

—Kevin, dile a Jack que me regale la púa. Me hace ilusión tener una —dice Luna.

Llamo a Jack y este baja de un salto del escenario. Las jóvenes de nuestro alrededor se vuelven locas y empiezan a chillar y a llamarlo.

—¿Qué pasa?

—No tires la púa cuando acabes el concierto. Luna la quiere.

Jack mira a Luna y saca una púa de repuesto del bolsillo trasero de su vaquero.

—¿Te vale esta? Es por si no me acuerdo y la lanzo como siempre.

Luna la coge.

—Gracias.

—¡Yo también quiero una! —grita una joven cerca de nosotros dejándonos sordos.

Jack la mira y accede a firmar algunos autógrafos a su grupo. Una de ellas le pide que le firme en el escote y Jack lo hace de manera mecánica. No es lo peor que le han pedido. La gente sigue empujando y, de manera instintiva, acerco a Allie hacia mí pasando una mano por su diminuta cintura.

Allie alza la cabeza y me observa con sus penetrantes ojos negros. Cuando nos empujan de nuevo, no duda en poner una de sus pequeñas manos en mi pecho y refugiarse así de los empujones. Me siento muy bien con ella entre los brazos; demasiado bien.

El concierto no tarda mucho en empezar, pero ni Allie hace nada por apartarse ni yo porque lo haga. Conforme avanza, me veo alzando la mano y acariciando la mano que Allie tiene puesta en mi pecho; ninguno de los dos tiene interés en mirar al escenario. Noto como Allie se estremece y se agita su respiración. Miro una vez más sus labios. Me muero por besarlos, pero por eso mismo no lo hago. Una vez que la bese no habrá marcha atrás y no sé si estoy preparado para lo que Allie me hace experimentar. Son tan intensas todas las sensaciones que despierta en mí, que me siento perdido. No sé si quiero esto, pero lo cierto es que tampoco hago nada por detenerlo.

CAPÍTULO 12



ALLISON

No me estoy enterando de nada del concierto, solo soy consciente de las caricias de Kevin, de su duro pecho y de su mano en mi cintura. No puedo pensar en nada más. Él ahora es el centro de todo mi universo. No sé cómo hemos llegado a esto, pero no quiero que este momento termine. Me encanta su olor, me hace desear abrazarlo aún más fuerte y besarlo, y ese deseo me aterra. No quiero dar nombre a lo que siento, pero eso es lo de menos: aunque a veces nos neguemos a definir los sentimientos, estos siguen existiendo igualmente en nuestro interior.

La música se detiene de repente. Me vuelvo hacia el escenario para ver qué pasa y me quedo petrificada. No puede ser. ¿Qué hace mi ex en el escenario? Lleva la chaqueta de mi antiguo instituto y le siguen varios jugadores y animadoras, entre ellas, la que yo creía que era mi mejor amiga.

Me separo de Kevin bruscamente y empiezo a huir hacia la salida antes de que me vean, abriéndome paso entre la masa de gente.

—Dentro de dos semanas nos enfrentaremos en la cancha. —Escucho decir a mi ex—. He venido a ofreceros la oportunidad de que no os presentéis y así ahorraros la humillación.

La gente le abuchea y se va hacia delante, moviéndome de un lado a otro.

—¡Buh! ¡Fuera! ¡Hemos venido al concierto!

—¿De verdad esperas ganarnos? —responde Jack riéndose de ellos—. Anda, lárgate y deja de hacer el ridículo, que no das miedo, sino lástima.

Me giro cuando oigo que la gente se calla de pronto y retiene el aliento, y veo a mi ex cogiendo de la camisa a Jack. Rápidamente Kevin se sube al escenario y se pone en medio.

—Guarda toda esta energía para el partido, no vaya a ser que los que acabéis humillados seáis vosotros —les dice Kevin.

Mi ex mira a Kevin a los ojos y tras sonreír se aparta y suelta la camiseta de Jack, que ha dejado arrugada.

—Te pasaré el recibo. Me has jodido la camiseta. Y da gracias que si no te he partido esa cara de estúpido que tienes es porque no quiero llenar de sangre mi escenario ni joderme la mano con la que toco la guitarra.

Por la forma que tiene de decirlo Jack, sé que, si hubiera querido pegarle, mi ex no habría tenido ninguna oportunidad; le habría partido la cara por bravucón, porque se nota que tanto Kevin como Jack se están conteniendo.

Me doy la vuelta y sigo andando hacia la salida. No sé qué pude ver en mi ex. Cierto es que cuando estaba conmigo nunca se mostró así... Supongo que me engañó para camelarme. Él nunca estuvo disfrazado delante de mí, como hago yo, y, sin embargo, sí tenía una máscara que no me dejó ver cómo era en realidad. Verlo a él y a mi antigua amiga me ha traído recuerdos de quién soy.

Estoy llegando a la puerta cuando alguien me coge del brazo y me aparta con fuerza para salir él primero. Y cuando veo por el rabillo del ojo de quién se trata, es tal la rabia que no puedo reprimir el impulso de agarrarle de la muñeca y hacerle una llave.

Mi ex acaba en el suelo, tumbado boca abajo y con mi rodilla en su cuello. La gente nos rodea y se ríen de él. Él dice que me aparte, que le suelte, pero no reacciono hasta que alguien me coge por detrás y me levanta. No es otro que Pedro.

—¿Qué te avergüenza más, que te hayan derribado o que lo haya hecho una mujer? —le digo retadora.

La gente se ríe a carcajadas. Mi ex se levanta furioso y me mira con rabia, y le respondo de la misma forma. ¿Cómo una vez pude mirarlo con calidez? ¿Cómo pude ser tan tonta de confundir atracción con amor?

De pronto pienso en si me reconocerá, pero en el fondo sé que no. Él nunca vio de verdad; solo veía mi preciosa cobertura y lo que representaba. Tras mirarme con asco y sin reconocermelo, como ya esperaba, se marcha seguido de sus amigos. Mi amiga no se va con él; su cara muestra lo mucho que le ha desagradado ver a su valiente novio derrotado por una chica. Que se fastidie, por lo que me hizo.

Pedro me suelta cuando ya se han ido, y el concierto continúa. A nuestro lado aparecen Magda y Luna.

—¡Ha sido alucinante! Te admiro —comenta Magda.

Miro a mi alrededor, buscando a alguien, o mejor dicho, buscando a Kevin. ¿Dónde se ha metido? Me sorprende que no se haya acercado también, pero ahora mismo tengo los sentimientos a flor de piel por lo ocurrido, así que casi lo prefiero.

—Me voy a casa. Nos vemos otro día.

—Te acompañamos, por si esos desgraciados siguen por aquí..., aunque ya he comprobado que no necesitas protección —me comenta Pedro, servicial.

—Gracias.

Salimos de la discoteca los cuatro, pues Magda y Luna también han querido venir, y vamos hacia mi casa. Cuando llegamos les digo si quieren pasar a tomar algo y acceden. Acabamos en la parte trasera, hablando y tomando refrescos. Aunque tengo la cabeza en otra parte, tampoco me apetece estar sola y empezar a ordenar mis pensamientos.

—Te hemos visto abrazada a Kevin. Hacéis muy buena pareja...

Miro a Luna pero no digo nada.

—Cuando te fuiste, Kevin se quedó desconcertado, pero no te siguió porque pensó que huías de él. ¿Huías de él? —me pregunta Magda.

No lo había visto de ese modo. Es posible que, después de estar todo el concierto abrazados, Kevin pensara que me fui asustada por los acontecimientos y, aunque en parte puede ser, también es cierto que deseaba que ese instante no hubiera acabado nunca.

—No, no huía de él. Me agobiaba el ambiente.

—Ah, pues es lo que me pareció —me dice sincera Magda, y Luna asiente.

—Deberías decirle que no huías de él. —Miro a Magda. Sí, es lo que debería hacer, pero no quiero sentir más por él, aunque me duele en el alma hacerlo; es mejor que nos distanciamos y que crea que sí huía de él.

—Es mejor dejarlo estar —digo, intentando que mis palabras no trasluzcan mi tristeza.

Magda asiente y da un trago a su refresco.

—Nosotros nos acercamos por si nos necesitabas, y menos mal que lo hicimos. Si no, a saber qué le hubieras hecho a ese imbécil.

—Se lo merecía —contesto a Magda.

—No te digo que no. Ojalá alguien lo haya grabado en vídeo —comenta Pedro.

Seguimos hablando un rato más. Cuando se marchan, el silencio de la casa me golpea y empiezo a darle vueltas a todo lo vivido esta noche. Ver a mi ex me ha afectado, desde luego, pero lo que más recuerdo son las sensaciones que me provocaron las caricias de Kevin. A pesar mío, me estoy enamorando de él y eso me asusta, me asusta mucho. Porque cuanto más lo ame, más me dolerá verlo marchar.

* * *

Llegamos a la mansión de mi padre tras una tediosa fiesta y con un terrible dolor de pies por los tacones altos, pero el modelo de noche que mi tío ha diseñado necesitaba que llevara tacón alto. Además, me ha costado mucho mantenerme impasible como siempre. Esta fiesta no se diferencia de las anteriores en las que he estado, pero antes no llevaba una doble vida.

—Vamos a la biblioteca y te quitas esos andamios —comenta mi padre refiriéndose a mis zapatos.

Me los quito en cuanto entro en la biblioteca. Mi padre va hacia el mueble bar y yo, hacia el sofá.

—¿Cómo van las clases?

—Bien, bastante bien.

—¿Y lo demás?

—Bien... Estoy conociendo gente muy buena y no dejo de pensar en que les estoy mintiendo.

—¿De verdad lo estás haciendo?

—No me muestro como soy...

—No te muestras como eres por fuera, pero sí como eres en tu interior. Cuando vas a las fiestas luciendo modelos como ese, también finges, ¿no?

—Sí, lo sé...

—¿Pero? —Me incita mi padre.

Lo miro. Siempre ha sido más que un padre para mí, ha sido mi mejor amigo, siempre le he contado todo lo que me preocupaba, pero esta vez no encuentro las palabras para describirle lo que siento por Kevin.

—¿Estás así por un chico? —Abro tanto los ojos, que mi padre se da cuenta de que ha acertado y sonrío—. Así que es eso.

—Es posible...

—Puedes confiar en mí.

—Vale, sí —admito por primera vez, tanto para él como para mí—. Creo que me estoy enamorando de un chico.

—¿Cómo se llama?

—Kevin.

—¿Y cuál es el problema?

—Que no soporto mentirle, pero sé que, si le dijera la verdad, él se alejaría de mí. No sé qué hacer.

—¿Estás segura de que lo perderías si le dijeras la verdad?

—Sí. Lo conozco poco, pero Kevin odia la mentira y odia lo que yo represento. Odia a Allison Warhol. Le enfurece hablar de ella, no sé por qué.

—¿Y qué piensas hacer?

—No sé lo que él siente. No creo que yo le guste...

—¿Ya estás con eso?

—Vale. Pero yo solo soy la chica nueva del instituto y antes o después desapareceré y volveré a mi antigua vida.

—¿Y entonces?

—Que guardaré cada instante que pase a su lado para cuando cada uno siga su camino.

Mi padre me acaricia la mejilla y le dejo hacer, tratando de no desmoronarme.

* * *

Me despierto sobresaltada cuando entra una sirvienta de mi padre para avisarme de mi cita de esta mañana. Me levanto aún con sueño, pues no he dejado toda la noche de pensar en Kevin y las caricias de la otra noche. Me muero por abrazarlo, por besarle... no dejo de preguntarme qué estará haciendo o si pensará en mí, aunque esto último debería darme igual.

Dejo que me ayuden a vestirme; como siempre, me dejo llevar sin más. Me arreglan el pelo usando una diadema modernita de color plata. Me pongo los pendientes a juego con la cadena y bajo a tomar un desayuno rápido antes de irme.

Al entrar en el comedor, veo a mi padre terminando su café.

—Buenos días, cariño. ¿Qué tal has dormido? —me saluda y me aparta una silla para que me siente.

—No muy bien —contesto.

Desayuno un poco y nos vamos al evento al que nos han requerido. Por suerte, estoy tan pendiente de fingir indiferencia que no pienso en nada más. Dejo que las horas pasen como si nada existiera a mi alrededor. Como si yo fuera un mueble...

He perdido la cuenta de las fotos que me han hecho, de las veces que me han señalado y de las veces que han hablado de mí como si no tuviera oídos para escuchar. Mi padre me ha mirado alguna vez con preocupación. A él no le gusta mucho esto, ya ha tratado de hacerme desistir muchas veces, sin éxito. Cuando el acto termina, volvemos a casa y cojo mis cosas para irme. Un coche con las lunas tintadas me espera para llevarme de vuelta a mi otra vida. Me cambio en el coche, sin olvidar la peluca, y cuando salgo, dejo en el asiento de atrás los restos de Allison. Para bien o para mal, he regresado a esta vida, una vez más.

* * *

Llevo un rato haciendo los deberes cuando recuerdo que anoté fechas de entrega de trabajos en la agenda del móvil. Me levanto a buscarlo y lo encuentro en el fondo de mi bolso. No lo he usado en todo el fin de semana, he estado tan liada que ni lo he mirado. Lo desbloqueo y veo que tengo un par de llamadas perdidas de Kevin y un mensaje, todos del sábado. Debió de suponer que si no le respondía era por la misma razón por la que hui de él el viernes. Leo el mensaje:

Me he enterado del incidente de la discoteca. ¿Estás bien?

Kevin.

Termino de leerlo nerviosa y me pregunto si debo llamarlo o no. Finalmente lo hago y me siento, pues mi tripa acaba de retorcerse ante la perspectiva de escuchar su voz.

—Hola. —Su saludo es seco y enseguida me arrepiento de no haber mirado el móvil antes.

—Perdona, acabo de ver las llamadas. No acostumbro hacerle mucho caso al móvil. Como no suele llamarme nadie...

—No pasa nada.

—Sí pasa. No quiero que creas que no quería cogértelo o que el otro día me marché de la discoteca por ti.

—Da igual.

—Claro, da igual.

Nos quedamos en silencio y decido no ahondar más en este tema. Está claro que Kevin no pensó que huía de él.

—¿Estás bien después de tu encontronazo con ese imbécil?

—Eso deberías preguntárselo a él —bromeo. Kevin se ríe.

—Sí, eso me han contado.

—No pude evitarlo.

—Eres peligrosa —dice riendo.

—¡Yo no le pegaría a nadie! No soy así...

—Lo sé, solo bromeaba.

Me relajo un poco. Parece que, después de todo, la situación es como siempre, no la han empañado ni la otra noche ni ignorarle todo el fin de semana.

—¿Qué hacías? —pregunto.

—Estaba terminando unos ejercicios antes de cenar. ¿Y tú?

—Lo mismo. Ahora cenaré algo. —Escucho a la madre de Kevin llamarlo, así que decido despedirme rápido—. Nos vemos mañana en clase. Buenas noches.

Kevin se queda en silencio, como si quisiera decir algo, pero finalmente solo me da las buenas noches y cuelga.

* * *

Llego al instituto con una ansiedad creciente en el estómago ante la perspectiva de ver a Kevin. No puedo hacer nada para refrenar este deseo de cruzarme con él, de saludarle. Hoy más que nunca necesito verlo y ver en sus ojos que lo que sucedió el viernes entre los dos no nos ha distanciado.

Al entrar en el edificio, inevitablemente busco a Kevin entre la gente, pues su coche ya lo he visto aparcado fuera. No tardo en localizarlo hablando con unas compañeras que se lo están comiendo con la mirada, y no me extraña. Los vaqueros que se ha puesto hoy le quedan como un guante. Siento celos. Aunque me cueste reconocerlo, la punzada que he sentido en el estómago no puede ser de otra cosa. Decido ignorar esta sensación recordándome, por si lo he olvidado, que Kevin y yo solo somos amigos.

Paso por su lado y, como si supiera que estoy cerca, alza la vista y me mira directamente a los ojos, y su bella sonrisa le ilumina la cara cuando me saluda. Se queda donde está cuando le digo hola y entro en el aula. Aunque no me haya seguido, el que me haya sonreído me hace sentirme mucho mejor. Decido olvidar lo sucedido el viernes; es mejor no tratar de dar una explicación a un hecho aislado, a algo que sucedió sin más y que fue un instante robado a la realidad. Aun así, no puedo dejar de mirar a Kevin disimuladamente cuando nadie se da cuenta.

En el recreo voy a la cafetería con Luna, Magda y Pedro y nos sentamos en nuestra mesa de siempre. Enseguida noto que Sindy me mira con cara de pocos amigos, pero me da igual. Que me mire como quiera.

—Fue increíble lo que hiciste la otra noche —me dice un joven de otro curso cuando me siento, y me muestra una foto de su móvil—. Creo que alguien lo grabó, pero de momento solo han pasado fotos.

Observo su móvil y sonrío al ver la cara de miedo de mi ex. La verdad es que me siento algo mejor, teniendo en cuenta la humillación a la que él me expuso.

—¿Te la paso? —me pregunta el chico. Dudo un segundo. ¿Y si se la pasara a mis contactos de mi antiguo instituto de forma anónima? Pero solo es un segundo, yo no soy una persona vengativa.

—No, gracias.

El joven no me insiste más y se marcha. Sé que he tomado la decisión correcta.

—Eres la heroína del día. Has pasado de ser la patosa de la pintura a la luchadora karateca —me dice Magda—. Creo que tarde o temprano la gente se dará cuenta de que lo de la pintura lo hiciste aposta.

—No lo hice aposta —digo entre dientes bajando la mirada.

—Yo también opino que sí —dice Kevin, que se sienta en la mesa frente a mí al lado de Pedro.

Por un momento me pregunto por qué no lo hace a mi lado, pues no hay nadie. «O no lo había», pienso cuando se sienta Jack justo después de Kevin. Sonrío, no voy a dejar que el distanciamiento de Kevin me moleste. Hablamos de las clases y Kevin me trata como a Magda y a Luna. Una prueba más de que lo que pasó el viernes no fue significativo. Al menos siempre me quedará ese recuerdo.

* * *

Me siento a esperar a Magda y a Luna, que han ido a por un café. Yo no tengo hambre. Han pasado casi dos semanas desde lo que sucedió en la discoteca durante el concierto. Kevin y yo no hemos vuelto a vernos fuera del instituto. Lo echo de menos. Muchas veces, cuando tocan al timbre, espero que sea él y ante esa idea mi corazón se dispara. Pero nunca es él. Kevin me saluda siempre con una sonrisa y me trata con amabilidad y simpatía, igual que hace con todo el mundo. Para bien o para mal, algo cambió esa noche y echo de menos las cosas como estaban antes, pero me digo que este

distanciamiento es lo mejor que nos puede pasar. Kevin no merece interesarse por alguien como yo.

—Mañana es el gran partido —dice Magda cuando llega a nuestra mesa. Cierto, mañana es el partido contra mi antiguo instituto—. ¿Vas a ir? —me pregunta echándose la sacarina en el café. En ese momento llega Kevin con un café y, como estos días pasados, se sienta lejos de mí.

—No lo sé...

—Si vas, es mejor que no lo hagas sola —comenta Luna—. Puede que ese idiota quiera la revancha contigo.

—Eso es cierto —apunta Kevin.

—No creo que me haga nada —digo sin mirarlos.

—Si pierden, la pueden tomar contigo, y seguro que Kevin y su equipo no van a dejar que gane —dice Magda.

—No creo que vaya —digo al fin, pero sí, claro que me gustaría ir y animar a Kevin y a su equipo contra mi antiguo instituto.

El problema es que mañana tengo una cena con mi padre y, si voy, solo podría estar un rato y no me daría tiempo a disfrazarme. Estoy cansada de llevar esta doble vida.

* * *

—¿Qué ha pasado entre Kevin y tú? —me pregunta Magda mientras vamos de vuelta a clase.

—Nada, somos amigos...

—Se os ve más distantes que antes —apunta Luna.

—Eso no es malo. Lo malo sería que me ignorara —digo sonriendo para que no noten lo mucho que me afecta todo esto.

—Es muy raro, y más después de lo que pasó en el concierto. No te quería decir nada, por si era algo pasajero... —comenta Magda dejando la frase en el aire, dando a entender que no ha sido así.

—No pasa nada. —Magda y Luna se miran, dejando claro que ellas no piensan como yo.

Sonrío y voy hacia la clase. Ahora mismo no me apetece que la gente me recuerde cómo han cambiado las cosas entre Kevin y yo y cómo el abrazo más maravilloso nos ha separado... Por mucho que esta separación sea lo mejor que nos podría pasar.

* * *

Me pongo una gorra y las gafas mientras mi padre me observa desde el asiento trasero. En cuanto me vio supo que me pasaba algo y se lo conté. Al ver su cara de dolor,

me arrepentí. Él se culpa de que yo no pueda llevar una vida normal. Le resté importancia sonriéndole, pero es imposible engañar a mi padre. Cuando entré en el coche para irnos, vi en el asiento trasero una sudadera, una gorra y unas gafas de sol. Me sonrió y me dijo que me podía pasar un rato y ver qué tal iba todo.

—¿Lista?

Asiento y me coloco bien el pelo pelirrojo bajo la capucha de la sudadera.

Mi padre ha mandado al chófer parar en una calle poco transitada cerca del instituto. Salgo del coche y voy hacia el pabellón de baloncesto. Hay mucha gente fuera de él y sé antes de entrar que estará lleno. Los partidos de baloncesto atraen mucha expectación. Por lo que he calculado, deben de haber empezado el último cuarto del partido. No sé quién va ganando. Paso cerca de unos compañeros de mi antiguo instituto cuando entro, pero ninguno me mira; ya aprendí hace mucho tiempo que las personas solo ven lo que quieren ver. Nadie me espera aquí.

Miro hacia la cancha y no tardo en ver a Kevin en el banquillo dando unos consejos al equipo antes de que empiece el último cuarto. Las gafas me dan seguridad para mirarlo sin miedo a delatarme. Está guapísimo con su equipación de baloncesto en colores azules y dorados. Me siento en las gradas sin dejar de observarlo. Solo cuando van a colocarse en su sitio para jugar, me vuelvo hacia el marcador. Empate. La cosa está muy ajustada.

El partido se reanuda y disfruto tensa del evento. Mi ex va de chulo y trata de hacer faltas a Kevin y a Jack cuando el árbitro no está pendiente. Está claro que intenta provocarlos a propósito para sacarlos de sus casillas. No sé como no ha conseguido hacerlo hasta ahora, pues tras observar unos minutos cómo juega, es evidente que esto no es cosa de esta última parte.

Salto del asiento cuando mi ex pega un codazo a Kevin; este se revuelve pero se contiene justo antes de golpearle. Me tenso. Jack pasa el balón a Kevin y este marca un triple. Lo celebra mirando a mi ex, como diciéndole que él la energía la gasta en la pista. Cuando entramos en el último minuto de partido, piden tiempo. El equipo de mi antiguo instituto gana solo por un punto, pero el equipo de Kevin tiene la posesión del balón. Si hace una buena jugada, pueden ganar. Tras fijar la estrategia, se dan las manos y vuelven a la cancha. Kevin hace un gesto a Jack y este asiente. El partido se reanuda. Pasan el balón a Jack, Kevin se desmarca y se queda quieto en la línea de triple. Jack no lo duda y le pasa el balón, Kevin lo coge y, sin pensar mucho la jugada y antes de que llegue quien le marca a él, tira. Siento como el mundo contiene la respiración y el tiempo parece detenerse. Como si los segundos hicieran un ruido sordo y el balón fuera a cámara lenta. El último segundo se agota y... ¡Kevin consigue un triple!

Salto emocionada, ganándome malas caras de las personas que tengo a mi alrededor. Kevin lo celebra feliz con sus compañeros. Es maravilloso jugando. Me gustaría ir a felicitarlo, pero no puedo; él no debe saber que he estado aquí.

Vuelvo al coche de mi padre. Nada más entrar me pregunta el resultado y cuando le digo que han ganado, se alegra por esta victoria. Me cambio mientras mi padre me sujeta una especie de biombo y vuelvo a ser la Allison Warhol que ni sufre ni padece.

Alguien que cada vez siento más lejos de mí.

AGRADECIMIENTOS

En especial a mi marido y mi familia, por vuestro apoyo incondicional, por ilusionaros con cada uno de mis logros y vivirlos como propios. Por quererme tanto como yo os quiero a vosotros.

A mi editora Adelaida Herrera y a Click Ediciones por confiar en esta serie y amarla tanto como la amo yo. Y a Mónica Yáñez, por ser tan maravillosa y corregir mis novelas para que brillen con luz propia.

A todos mis lectores y a toda la gente que me apoya, por dejaros seducir con mis novelas y vivirlas con la misma intensidad con que yo lo hago cuando les doy vida. Gracias por entender mi mundo y por estar a mi lado. Por vuestros comentarios y opiniones que me ayudan y me animan a querer mejorarme en cada libro.

A todos vosotros, ¡¡gracias por ser simplemente maravillosos!! Y a los nuevos lectores, encantada de que os unáis a mi pequeña gran «familia».



Nació el 5 de febrero del 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación. Imaginativa y despierta no tardó mucho en empezar a decantarse por el mundo literario, ya que con 9 años empezó a escribir un pequeño teatro y con 12 años escribía poesías y frases sueltas. Pero no fue hasta los 18 años hasta que «descubrió» el ordenador cuando escribió su primera novela en serio, siendo este el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor. Publicó una serie de 9 libros de forma gratuita en su blog «Mi error», que cuenta con miles de descargas por todo el mundo y ha conseguido con ello un mayor reconocimiento.

Libros publicados en papel:

- **El círculo perfecto** (Editorial Ambar 2010)
- **Me enamoré mientras dormía** (Editorial Nowe Volution Enero 2014)
- **Me enamoré mientras mentías** (Editorial Nowe Volution Noviembre 2014)
- **Por siempre tú** (Ediciones Kiwi Marzo'15)

Administradora de la web literaria de éxito «teregalounlibro.com» que cuenta con más de un millón de visitas.

Además, la autora ha conseguido colocarse en las **primeras posiciones de las listas de más vendidos en Amazon y iTunes** con sus novelas «Me enamoré mientras dormía» y «Por siempre tú» y su novela «Me enamoré mientras mentías» ha sido nominada a mejor novela romántica juvenil este año en club romántica.

Más sobre ella: <http://www.moruenaestringana.com/>

Su frase:

«La única batalla que se pierde es la que se abandona»

Y ella no piensa abandonar su sueño.

PRÓXIMAMENTE

Queridos lectores:

Esperamos que hayáis disfrutado mucho con la lectura y os animamos a seguir leyendo la serie «Mi error».

Aquí tenéis los próximos lanzamientos.

Volumen VII

Mi error fue no ser yo misma. Parte I (13/09/16)

Mi error fue no ser yo misma. Parte II (27/09/16)

Volumen VIII

Mi error fue tu promesa. Parte I (11/10/16)

Mi error fue tu promesa. Parte II (25/10/16)

Volumen IX

Mi error fue ser sólo tu mejor amiga. Parte I (08/11/16)

Mi error fue ser sólo tu mejor amiga. Parte II (22/11/16)

Volumen X

Mi error volumen X. Parte I (12/12/16)

Mi error volumen X. Parte II (27/12/16)

Serie Mi error

Mi error fue no ser yo misma. Parte I

Moruená Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruená Estríngana, 2016

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Lolly / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2016

ISBN: 978-84-08-15580-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Mi error fue amar al príncipe. Parte I

Moruena Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II

Moruena Estríngana

Mariposas en tu estómago (primera entrega)

Natalie Convers

Ella es tu destino

Megan Maxwell

Heaven. El hilo rojo del destino

Lucía Arca

La suerte de encontrarte

Helena Nieto

La chica de los ojos turquesa

Jonaira Campagnuolo

Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón

Alexandra Roma

Una canción bajo las estrellas

Laura Morales

Viaje hacia tu corazón

Moruena Estríngana

Aura tira los tacones y echa a volar

Alexandra Roma

Suki Desu. Te quiero

Kayla Leiz

Tú eres mi vez

Judith Priay

El algoritmo del amor

Diana Al Azem

La magia de aquel día

Clara Albori